



MORIRSE
ES DE
MAL
GUSTO



FRANCESC MARÍ

Click
EDICIONES

Índice

[Personajes](#)

[Noticias](#)

[En la mansión Richmond](#)

[De camino a la mansión](#)

[En la mansión](#)

[En el pasillo](#)

[En la sala de estar](#)

[Explorando la mansión](#)

[Otra vez en la sala de estar](#)

[En el exterior](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Francesc Marí

Morirse es de mal gusto

Click
EDICIONES

Personajes

Bernard, mayordomo.

Charles Richmond, productor de cine, jefe de los Estudios Richmond.

Edna Blackwell, actriz principal de los Estudios Richmond, esposa de Kenneth Wilcox.

Gladys Goodwind, actriz recién descubierta por Charles Richmond.

Grace Pennington, empleada del departamento de vestuario de los Estudios Richmond, prometida de Melvin Drake.

Jacob, chófer.

Jacqueline, criada.

Kenneth Wilcox, actor principal de los Estudios Richmond, marido de Edna Blackwell.

Melvin Drake, guionista empleado por los Estudios Richmond, prometido con Grace Pennington.

Mildred, cocinera.

Fallece Amanda Richmond

La esposa del acaudalado productor de cine, Charles Richmond, ha fallecido la pasada madrugada en una clínica de Nuevo México, tal y como indican los comunicados oficiales facilitados por los representantes del productor.

A la espera de que el director de los Estudios Richmond haga una comparecencia pública, son muchos los rumores que rodean la desaparición de la señora Richmond de la esfera pública hace ya más de seis meses.

¿Fin del matrimonio Wilcox-Blackwell?

¿Ha llegado al final el matrimonio entre Kenneth Wilcox y Edna Blackwell? Eso es lo que todos nos preguntamos desde que el pasado fin de semana ambos actores fueron vistos en diferentes fiestas de la ciudad de Los Ángeles. Todo apunta a que, una vez más, las infidelidades por ambos lados han llevado a que el matrimonio entre las dos principales estrellas de los Estudios Richmond vuelva a ponerse en duda. Desde que los actores se casaran en privado en su finca de Beverly Hills, son muchas las voces que han asegurado ver un montaje publicitario por parte de los estudios.

Los Estudios Richmond presentan *César*

Hoy mismo, en una rueda de prensa ofrecida esta tarde frente a las puertas de sus estudios, Charles Richmond ha hecho pública cuál será su nueva producción, *César*. Como ha afirmado el productor, la intención de esta

película es traer al presente la grandeza de la antigua Roma para que el espectador pueda disfrutar de la historia.

A falta de confirmar quién se hará cargo de la dirección del libreto firmado por Melvin Drake, Richmond ya ha anunciado que la película estará protagonizada por sus estrellas Kenneth Wilcox, en el papel de César, y Edna Blackwell como Cleopatra; además, en ella presentará a su último descubrimiento, Gladys Goodwind, como Calpurnia.

En la mansión Richmond

Bernard entró como un torbellino en la cocina empujando su puerta abatible. Era lo que tenía ser el mayordomo, podía tener acceso a todo... No, mejor aún, debía tener acceso a todas las partes de la casa para controlar que todo estuviera en su lugar, y más cuando esa noche su señor recibía invitados.

—Mildred, ¿cómo está la cena?

La interpelada giró sobre sus talones, dejando a su espalda los fuegos con ollas y cazuelas hirviendo y provocando todo tipo de ruidos típicos de la cocina, y mostró una cara de odio.

Mildred era una mujer que aún no había llegado a la cincuentena, pero que parecía haberla superado hacía años. Rechoncha y de cara redonda, llevaba el cabello castaño recogido bajo una cofia blanca; el delantal contrastaba con el uniforme gris de estrechas rayas.

—¿Que cómo está la cena? ¡¿Que cómo está la cena?! Pues mal, Bernard, está muy mal —dijo amenazándolo con el dedo índice a medida que lo arrinconaba contra la puerta de la nevera.

—¿Se puede saber qué sucede? —respondió Bernard cogiendo por los regordetes brazos a la cocinera.

—Pues que aunque falta... —hizo una pausa mientras miraba su reloj de pulsera— menos de media hora para que lleguen los primeros invitados, me faltan la mitad de los ingredientes para todos los platos.

—¿Cómo? —preguntó sin alterarse el mayordomo—. ¿No pediste todo lo que necesitabas?

Mildred lo perforó con la mirada.

—¿Cómo podía hacerlo con fiebre? Estuve toda la semana en cama, Bernard. Tú debías encargarte de la compra.

—Pero ¿cómo podía saber qué debía comprar para la cena de hoy?

—Muy sencillo, lumbrera, repasando la lista que te dicté por teléfono hace dos días, mientras me pedías que estuviera recuperada para estar hoy aquí.

Bernard miró extrañado a Mildred.

—¿Lista? ¿Qué lista? —preguntó alzando las manos en señal de inocencia.

Mildred soltó un fuerte alarido a la vez que se echaba hacia atrás, volcando su cuerpo sobre la encimera de la cocina, de donde cogió un enorme cuchillo de carnicero.

—Mildred, ¿qué estás haciendo?

Mildred esbozó una sonrisa mientras se acercaba de nuevo a Bernard empuñando el enorme cuchillo. Sin dar tiempo a reaccionar al mayordomo, la cocinera lanzó por los aires el cuchillo, que voló durante unos metros antes de clavarse en la puerta de la nevera, a pocos centímetros de la oreja de Bernard.

—¡Esa lista! —aulló desesperada Mildred apuntando con su dedo al lugar en el que había clavado el cuchillo.

Bernard giró con suavidad la cabeza, con miedo de que la cocinera siguiera lanzando el resto de la cubertería, y vio que en la puerta de la nevera, atravesada por la afilada hoja del cuchillo de carnicero de Mildred, había una pequeña hoja de papel con una lista de su puño y letra en ella.

—¡Ah! Esta lista —respondió arrancando la hoja de un tirón.

Mildred asintió con la cabeza.

—Bueno, verás, ya sabes que yo no solo estoy en la cocina, sino que me encargo de toda la casa y...

—No me vengas con excusas; ayer mismo a esta hora yo estaba tomándome todos los medicamentos posibles para estar disponible esta noche, para preparar la cena que el señor Richmond había pedido con tanto detalle. Por lo que no intentes convencerme de que tenías otras cosas más importantes o que fue culpa de Jacqueline...

—¡Eso es! Le di el encargo a Jacqueline, y debió de olvidarse —musitó Bernard convenciéndose a sí mismo.

—¡Ah, no! Deja a Jacqueline en paz, fuiste tú quien te olvidaste de los ingredientes, y más te vale que encuentres una solución a este problema o al que serviré esta noche en la fuente del señor Richmond será a ti —afirmó sin titubeos Mildred agarrando otro cuchillo y apuntando con él a Bernard.

Aunque el cuchillo no era igual de grande que el que había clavado en la nevera, Bernard sabía de sobra que Mildred era lo suficientemente hábil con aquellas afiladas hojas como para cumplir la palabra, por lo que su cabeza empezó a hacer funcionar sus engranajes para resolver el problema.

—Bueno —empezó a decir el mayordomo tragando saliva—, ¿y si, y solo es una idea, preparas otra cosa?

Mildred alzó el cuchillo hacia la garganta de Bernard.

—Prueba con otra cosa, mayordomo de pacotilla.

—¿Perdón? —preguntó ofendido Bernard—. ¿Mayordomo de pacotilla? Yo estudié en los mejores colegios de Inglaterra y...

—No me vengas con cuentos, Bernard, que aunque el señor Richmond parezca no darse cuenta, todos sabemos que eres de Indiana. —Bernard tragó saliva con más fuerza—. Venga, sigo esperando una solución a nuestro problema, o el hecho de que revele tu origen será la menor de tus preocupaciones.

Bernard dudó, sintiendo como el frío metal del cuchillo se acercaba cada vez más a su pescuezo.

—Bien, qué te parece si aviso a Jacob y hago que te lleve con el coche más rápido del señor Richmond a la ciudad a comprar lo que necesites.

—¿Y por qué no vas tú?

—Muy sencillo, estimada Mildred, tú sabes exactamente lo que necesitas y, de ese modo, yo me encargaré de entretener a los invitados para que te dé tiempo a terminar... ¿Qué te parece?

Mildred escrutó a Bernard como si estuviera calculando exactamente qué podría sacar el mayordomo de esa táctica. Sin embargo, antes de que pudiera responder, la puerta de la cocina se abrió de nuevo y apareció el señor Richmond vestido con sus mejores galas y una sonrisa perfecta, listo para recibir a sus invitados, seguido de cerca por la criada, Jacqueline.

—¡Humm!, qué bien huele aquí. Mildred, esto es obra tuya, ¿verdad?

Por un instante el mayordomo y la cocinera no supieron cómo reaccionar, pero enseguida se cuadraron recuperando su compostura formal, aunque por detrás Bernard sentía como el cuchillo de Mildred empezaba a cortar algunos hilos del tejido de su chaqué.

—Sí, señor Richmond —respondió Mildred sonriendo.

—¿Son los platos que te pedí?

—Así es, señor Richmond.

—¿Estará todo listo para cuando lleguen mis invitados?

—Por supuesto, señor Richmond —respondieron al unísono Bernard y Mildred.

—Excelente. —Sin más, Richmond se dio la vuelta y añadió antes de salir de la cocina—: Estaré en mi despacho, Bernard; avísame cuando lleguen los primeros invitados.

—Así será, señor Richmond.

Jacqueline, la atractiva criada, que lucía un atrevido conjunto negro de sirvienta, demasiado corto para sus tareas, con delantal y cofia con puntas blancas, iba a ir tras su señor, pero Bernard intervino.

—Por favor, Jacqueline, ¿podrás llamar a Jacob para que venga un segundo a la cocina? Lo encontrarás en sus aposentos, encima del garaje.

—Sí, Bernard —respondió educadamente la chica antes de salir de la cocina.

Satisfecho, el mayordomo miró a Mildred con la esperanza de que bajara el cuchillo, pero seguía apuntándolo con él.

—¿Qué? Estoy resolviendo nuestro problema.

—No, Bernard, «tu» problema.

Sin que el mayordomo supiera cómo replicar a aquella amenaza, Mildred clavó el cuchillo con fuerza en la encimera.

—Voy a por mi abrigo, procura que no se queme nada —dijo quitándose el delantal.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Y Jacob?

—Dile que le espero en la puerta de servicio.

—Pero...

—Ya sabes, Bernard: cocina o muere.

Con aquellas duras palabras, sobre todo para alguien que no tenía idea ni de freírse un huevo, la cocinera dejó a Bernard plantado en mitad de la cocina mientras las ollas le amenazaban con sus borbotones.

Tembloroso, giró sobre sí mismo y miró los fogones. Había dos grandes ollas que desprendían un denso vapor blanco, una cazuela en la que hervía agua y una sartén en la que chisporroteaba el aceite friendo algo que parecía carne... ¿O pescado? Bernard no tenía ni la más remota idea.

Sin saber por dónde comenzar, el mayordomo puso los brazos en jarra y miró a su alrededor, como si por arte de magia apareciera una cocinera amable, simpática y tan guapa como Jacqueline que se hiciera cargo de aquello para que la ogressa de Mildred no tuviera que volver nunca.

—Menuda zorra —espetó al descubrir que también estaban en marcha los dos hornos—. Tendría que haber ido yo a buscar los ingredientes. A ver cómo se hubiera quitado de encima al señor Richmond y sus invitados.

El ruido de los taconcitos de Jacqueline obligó a Bernard a volverse justo en el instante en que la criada volvía a la cocina seguida por el chófer

del señor Richmond, cuya cara de pocos amigos definía exactamente lo que pensaba sobre Bernard y el hecho de haberle molestado en su noche libre.

—Aquí está Jacob —anunció Jacqueline haciéndose a un lado para dejar pasar al gigantón del chófer.

—¿Qué quieres, Bernard? —preguntó con desgana con su voz grave.

—Jacqueline, hazme el favor y encárgate de la comida unos segundos hasta que termine con Jacob —ordenó Bernard a la criada señalando a la cocina, y dirigiéndose al chófer añadió—: Verás, debido a un pequeño error de coordinación, deberías llevar a Mildred a la ciudad para que compre algunos ingredientes.

Jacqueline, con cara de terror, pasó a su lado desprendiendo un agradable olor a rosas, su perfume.

—¿Qué? Estoy en mi día libre; por ley podría negarme, y lo sabes —gruñó el chófer.

—Lo sé, lo sé, pero es de máxima importancia, es para la cena del señor Richmond.

—¿Y no podría haberlos comprado otro día?

—Ya sabes cómo es —contestó Bernard encogiéndose de hombros—, tiene una edad y a veces se le van las cosas de la cabeza.

Al escuchar aquellas palabras, Jacqueline soltó una risita al ver la puñalada traperera que estaba lanzando Bernard a la cocinera.

Jacob se lo pensó durante unos segundos, frunciendo el ceño con dureza, hasta que dijo:

—De acuerdo, pero que sepas que me lo descontaré otro día y tú serás el responsable de darle las explicaciones pertinentes al señor Richmond de por qué debe conducir hasta el trabajo él mismo.

—Sí, sí, ningún problema. —Se acercó al chófer y empezó a empujarlo fuera de la cocina—. Ve, ve; Mildred te espera en la puerta de servicio.

Jacob gruñó algo ininteligible pero claramente de protesta y salió de la cocina.

Una vez más, Bernard había conseguido deshacerse de los problemas y se dio la vuelta, frotándose las manos. Con una sonrisa lasciva en los labios se acercó por detrás a Jacqueline y le soltó una sonora manotada en el trasero. La criada dio un salto al sentir la mano del mayordomo, pero no se molestó, simplemente le dio un par de cachetes en la mejilla con la espátula que sostenía en la mano derecha.

—Que sepas, Bernard, que eres un chico muy malo.

—Y más que lo seré —dijo medio gruñendo, como si fuera un animal, antes de agarrar a la criada y levantarla del suelo para sentarla en la encimera.

—¡Está frío! —protestó ella.

—No te preocupes, ahora lo calentamos —replicó él sonriendo.

Jacqueline soltó una risilla falsamente vergonzosa.

—¿Y si viene alguien? —preguntó Jacqueline.

—No te preocupes, el señor Richmond no se moverá de su despacho hasta que yo mismo le avise, y Mildred y Jacob tardarán un buen rato en regresar.

Jacqueline volvió a soltar una risilla y abrazó con fuerza a Bernard por el cuello.

Entonces, mayordomo y criada se enzarzaron en todo tipo de arrumacos y abrazos, más propios de un dormitorio que de una cocina; sin embargo, como bien había dicho Bernard, nadie les molestaría en un buen rato.

—¡Oh, Jacqueline! ¡Cómo te echaba de menos! Tantos días fingiendo ser solo compañeros de trabajo.

—¿Por qué no explicamos lo nuestro? Así, al menos podríamos dormir juntos.

—Pero ¿qué dices, dulce criatura? Si lo dijéramos, el señor Richmond nos bajaría el sueldo —respondió el mayordomo sin separar su cara del cuello de la criada—. Además, así, cuando nos vemos nuestros encuentros son tan pasionales como el primer día.

Jacqueline ronroneó al sentir los labios de Bernard en su cuello.

—Tan ardientes como..., como... Ayúdame, querida, ¿cómo es de ardiente nuestro amor?

La criada dudó unos segundos, mientras sus ojos miraban a su alrededor en busca de inspiración.

—Nuestro amor es tan ardiente como el fuego que sale de una sartén y carboniza los azulejos de la pared —dijo al fin la criada.

—Bueno, eso no es muy romántico, pero es algo muy ardiente —confesó Bernard, sumergiéndose en el perfume de Jacqueline, hasta que reparó en aquellas palabras—. ¿Tan ardiente como el fuego que sale de una sartén y carboniza los azulejos de la pared?

—Sí —afirmó ella con voz sensual.

—¡Oh, mierda! —exclamó Bernard soltando a Jacqueline y mirando a la cocina—. ¡La cocina está ardiendo!

—Creía que lo tenías controlado.

—Pero si te he dicho que lo vigilaras —protestó el mayordomo.

—Me has pedido que lo vigilara hasta que terminases con Jacob, y suponía que ya lo habías hecho, ¿no? —dijo molesta Jacqueline.

Bernard sacudió las manos nervioso.

—Ahora no importa, da igual, busca trapos y apaguemos esto antes de que el olor a quemado se extienda.

Un tanto desanimada, Jacqueline bajó de la encimera y buscó unos trapos mientras Bernard intentaba apagar el fuego con lo primero que había encontrado, el delantal de Mildred.

De camino a la mansión

Un flamante Lincoln Zephyr descapotable acabado de salir de la factoría de la compañía en Michigan recorría las calles de Los Ángeles tan rápido como su motor se lo permitía. Las luces de las farolas resplandecían sobre la reluciente carrocería de color rojo. A pesar del mal tiempo, llevaba la capota bajada y se podía ver quién era el orgulloso propietario de aquella belleza de la nueva era industrial estadounidense. Sentado en el asiento del conductor había un joven que no debía ir más allá de la treintena, vestido con un elegante pero poco habitual traje Donegal Tweed con chaleco de tonos marrones y una simpática pajarita a juego con el color de su coche. Aunque la lógica nos diría que si alguien de esa edad podía conducir un coche como aquel, debería ser una de las personas más felices, al menos de la Costa Oeste, la expresión que reinaba en la cara del joven no decía exactamente eso. Con las manos tensamente agarradas al volante, el conductor mostraba una ceñuda mirada, y no por la falta de luz, sino por lo que le corroía por dentro desde que había sido convencido para asistir a la cena a la que se dirigía.

Cuando dio una vuelta más a lo que estaba pensando, el conductor gruñó. No había hecho otra cosa en toda la tarde, y cada vez más a medida que se acercaba la hora de partir.

«Al menos no voy solo, ella viene conmigo», pensó para sus adentros intentando consolarse, pero no era suficiente para que le pasara el mal humor que lo había embargado desde que había aceptado.

Sin poderlo evitar, emitió otro gruñido.

«Lo mejor será que me calme; si me ve así, va a ser aún peor»; tenía en mente la más que posible reprimenda de la que lo había convencido para asistir a la cena, su prometida.

Sin soltar la mano izquierda del volante, con la derecha activó la radio esperando captar algo de música, con la esperanza de que aquello lo relajara lo suficiente para estar presentable.

«Dicen que amansa a las fieras», se dijo burlándose de sí mismo a la vez que una suave melodía de *jazz* sonaba a través de los altavoces de su coche.

A medida que los rápidos dedos de un pianista hacían sonar su melódico instrumento a través de las ondas de radio, el conductor fue perdiendo la noción de lo que pensaba e intentó imitarlo golpeando con los índices el volante del coche, olvidándose por completo de las pocas ganas que tenía de ir a la cena a la que había sido invitado por su jefe.

El sol iba descendiendo por el horizonte hundiéndose en el Pacífico. El Lincoln Zephyr rojo, que dejaba tras de sí las rítmicas notas de *jazz*, llegó a su primer destino, la Residencia para Señoritas Woxbourg, donde vivía su prometida desde que se había mudado a la ciudad procedente de Nueva Inglaterra. Era ese tipo de sitio en el que el orden y el cumplimiento de las normas eran lo más importante, así como el respeto y el saber estar. Y aunque no se educaba a nadie, ya que la mayoría de los residentes eran mujeres adultas, solteras pero adultas, la directora y propietaria, la señora Woxbourg, intentaba por todos los medios inculcar las buenas formas a todas sus «señoritas», como las llamaba.

Suavemente, el coche se acercó a la puerta principal, donde lo esperaba su pasajera. El conductor respiró aliviado; la última vez que había ido a buscar a su prometida había tenido que bajar del coche y entrar hasta la recepción, el único lugar en el que se permitía el acceso a los hombres, donde la señora Woxbourg lo sometió a un tercer grado hasta que Grace apareció. En esta ocasión, su prometida, Grace Pennington, lo estaba esperando de pie junto al acceso de la residencia, vestida con una gabardina azul marino y con su boina roja encasquetada en la cabeza, impidiendo por completo que su cabello rubio saliera a relucir, como era costumbre. Ahora que lo pensaba, no recordaba haberla visto nunca sin ella.

Detuvo el coche sin parar el motor y bajó para abrir la puerta del acompañante.

—Señorita Pennington, su carroza la espera —anunció pomposamente.

—Sabes que puedo abrir la puerta yo sola —replicó Grace.

—Sí, lo sé, pero aun así prefiero seguir siendo educado —respondió él —, al menos mientras la señora Woxbourg nos observa desde la ventana de su habitación.

Al escuchar aquello, Grace giró levemente la cabeza y vio que en la hilera de ventanas de la primera planta, justo encima de la recepción, la figura de la señora Woxbourg se perfilaba tras un visillo. Sin embargo, mientras ella había querido ser discreta, su prometido no, y en ese preciso instante estaba

saludando con la mano a la implacable propietaria y directora de la residencia.

—Eres de lo que no hay, Melvin —dijo Grace con una sonrisa mientras se acomodaba en el coche.

—Lo sé, y te encanta —contestó descaradamente él, volviendo a su sitio. Grace rio.

—Venga, despídete de la señora Woxbourg, que hasta mañana no volverás a estar bajo su yugo.

Grace no pudo evitar volverse y saludar hacia la ventana, en la que aún se podía ver la figura de la propietaria de la residencia.

—Debe detestar que trabajes en Hollywood —insinuó Melvin.

—Le gusta más bien poco que viva en ese «frívolo» mundo —respondió con sarcasmo Grace—. Pero ¿sabes lo que aún le fastidia más? —preguntó.

—¿El qué?

—Que tú también lo hagas y no puedas salvarme.

Melvin soltó una alegre risotada al escuchar las palabras de su prometida.

—¿En serio?

—Sí, sí, ya van un par de veces que quiere hablarme de ti y preguntarme si me convienes o no.

—¿Y a ella qué le importa?

—Mucho; imagínate que un día, siendo tan malo como eres por trabajar en el mundo del cine, te metes en mi habitación... Mejor dicho, en su residencia. ¡Qué ignominia! —añadió entre risas.

Melvin apretó el acelerador y salió del recinto de la residencia divertido por haber tomado el pelo a la señora Woxbourg.

De nuevo en la carretera, sintiendo como el aire fresco del anochecer los rodeaba, Grace no pudo evitar mirar de reojo a su prometido. Melvin parecía más animado que cuando había hablado con él la última vez; reía, hacía bromas sobre Woxbourg, se sentía rodeado por la música.

—Pareces más alegre —afirmó sin estar muy convencida de ello.

—¿A qué te refieres? —preguntó dedicándole una rápida mirada antes de volver a poner los ojos en la carretera.

—Estos días has estado muy enfurruñado con lo de la cena del señor Richmond.

—¡Ah, eso! Bueno, todo se pasa.

—¿De verdad? —preguntó ella alegre.

—Sí. —Melvin hizo una pausa antes de añadir—: Aunque sigo sin tener ganas de ir.

«Ya estamos de nuevo», se dijo para sus adentros Grace; cogió aire para armarse de valor e intentar, por enésima vez, hacer ver a Melvin que su presencia era esencial en la cena, tanto como en la película.

—Es una cena para celebrar el inicio de la producción de una gran película cuyo guion has escrito tú de cabo a rabo, ¿no?

Melvin, cambiando la expresión de la cara por una con el ceño fruncido, no hizo otra cosa que emitir un gruñido.

—¿Eso es que sí o es que no? —insistió Grace un poco molesta.

Melvin giró la cabeza para responder, pero justo cuando fue a abrir la boca, el sonido de un trueno retumbó no muy lejos de allí.

—Parece que el tiempo va a empeorar —afirmó Grace; quería cambiar de tema, sabiendo que la discusión sobre ir o no a la fiesta podía alargarse tanto como la oscuridad de la noche.

—¿Lo ves?, ya te dije que no teníamos que ir a la cena —espetó Melvin creyendo que aquello era una razón de peso.

—¿Quieres dejar de quejarte? Lo llevas haciendo desde que supiste que te habían invitado —replicó Grace, y añadió—: Tenemos que ir, y punto.

—¿Tenemos que ir? No se me ha perdido nada en esta cena.

Grace soltó un resoplido de exasperación.

—¡Oh! Eres imposible.

Melvin, a sabiendas de que había conseguido hacer enfadar a Grace, la miró de reojo.

—Sabes que odio cuando tienes razón.

—Lo sé —afirmó ella sin mirarlo.

—Lo grave es que es más a menudo de lo que me gustaría.

Grace giró el cuerpo, puso el brazo sobre el respaldo del asiento y miró con atención a su prometido.

—Entonces deja de protestar de una vez, vayamos a cenar y pasémoslo bien.

Melvin soltó de nuevo un gruñido de resignación.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó ella; se empezaba a cansar del comportamiento de Melvin.

—Vale, de acuerdo. Pero admite que, dejando de lado el tema de la película, estas fiestas son detestables. Todas son tan falsas como las personas que asisten a ellas. Llenas de cumplidos de más y nada sinceros. No sirven

para nada. Para lo único que sirven es para que el pomposo anfitrión se vanaglorie de ellas.

Grace levantó una ceja.

—¿Richmond, pomposo? Admito que está podrido de dinero, pero siempre es muy educado.

—Pura fachada, querida, pura fachada. Su sonrisa es más falsa que un escenario de cartón piedra.

Grace siguió mirando con extrañeza a Melvin.

—Si no, ya me dirás para qué sirve vivir en un islote alejado de la costa. —Ella se encogió de hombros—. Simplemente para aparentar. Así de sencillo.

—Por cierto, ¿sabes dónde está? —preguntó Grace; jugaba una vez más la baza del cambio de tema.

—No he ido nunca, pero sé que está pasado Malibú. Me han dicho que es inconfundible.

—¿También de noche?

—Eso parece. En mitad de la carretera de la costa hay un desvío cuya única dirección es el océano; sin embargo, es hacia la casa de Richmond.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, confía en mí.

Grace miró con suspicacia a Melvin, pero prefirió no decir nada, subió el volumen de la música y se dejó llevar por el aire que flotaba a su alrededor, mientras que su prometido se centraba en la conducción.

Por extraño que parezca, sobre todo para Grace, resultó que Melvin tenía razón, y media hora más tarde de recogerla en su residencia cruzaban Malibú a toda velocidad para adentrarse en una carretera cuyo único destino podía ser el mar si no fuera porque estaba asfaltada y porque a lo lejos se veían unas luces que parecían de una casa. Aunque, bien mirado, también podía tratarse de un enorme yate atracado en un muelle.

—Bueno, parece que ya estamos llegando —anunció Melvin.

—Tú no vayas muy deprisa, no sea que acabemos en el agua.

—No seas agorera. Estoy seguro de que es por aquí. Aquellas luces son de la mansión de Richmond.

Grace miró su pequeño reloj de pulsera.

—Vale, te creo, pero ve más despacio, vamos bien de tiempo.

Aunque confiaba en que podía pisar a fondo en aquella carretera casi privada y a oscuras, Melvin accedió a los deseos de su prometida y aminoró, y suerte que lo hizo. Segundos después de que redujera la velocidad, dos de los

puntitos que parecían las luces de la mansión aumentaron de tamaño al acercarse a gran velocidad, a la vez que el atronador sonido de un motor se abalanzaba sobre ellos.

—¡Mierda! —exclamó Melvin dando un volantazo, sin saber si la anchura de la carretera permitiría la maniobra. Grace se agarró a él.

En aquellos pocos segundos en los que, claramente, un coche procedente de la mansión casi impacta con ellos, gracias a los focos del Lincoln de Melvin habían podido ver como un enorme Cadillac Fleetwood pasaba a toda velocidad a escasos centímetros de su vehículo.

Melvin, aún sintiendo la adrenalina por todo su cuerpo, optó por aminorar de tal forma que su coche se detuvo.

—¿Qu-qué ha sido eso? —preguntó Grace temblando por el susto.

—Seguramente un invitado que opina como yo y ha preferido marcharse a quedarse a cenar.

Grace lo miró con odio.

—No sé cómo eres capaz de hacer bromas cuando casi nos matamos.

—Los nervios —se justificó Melvin.

Tras unos cuantos minutos en los que los dos intentaron recomponerse tras el sobresalto, Melvin arrancó de nuevo el motor de su coche y emprendió la marcha, esta vez mucho más lentamente que hasta entonces.

A medida que fueron avanzando en dirección a las luces, la silueta de la casa del señor Richmond empezó a perfilarse, demostrando que, en parte, Melvin tenía razón en cuanto a la pomposidad del lugar. Encima de un islote que parecía flotar en mitad del océano, un jardín, en el que, a pesar de encontrarse en California, el color verde predominaba, rodeaba una casa de estilo europeo. En realidad, se podría hablar de castillo, ya que las grandes piezas de mampostería de la construcción, así como su estilo, hacían pensar en aquellos castillos que poblaban el viejo continente desde hacía siglos.

—¡Madre mía, menuda mansión! —dijo Melvin soltando un silbido de admiración.

Grace no dijo nada, pero, a medida que circulaban por el camino de acceso que rodeaba una fuente de agua a juego con el resto, no podía dejar de sentirse trasladada a la campiña francesa.

Aparcados a un lado de la entrada había unos cuantos coches, seguramente del resto de los invitados.

—¿Ves esos coches?, llegamos tarde —dijo Melvin.

—¿Ahora tienes prisa por llegar? —replicó Grace con una sonrisa socarrona de triunfo.

En cuanto detuvieron el vehículo frente a la escalinata de entrada, unas pequeñas gotitas de lluvia empezaron a caer. Melvin siguió avanzando hasta aparcar en uno de los huecos libres y se dispuso a cerrar la capota.

Sin esperar a que su prometido actuara como tal, Grace bajó del coche y subió las escaleras para llamar al timbre, haciendo sonar unas campanillas más propias del Londres de mediados del siglo XIX que de Los Ángeles del siglo XX.

—No me esperes, no —se quejó Melvin.

Grace no respondió, sobre todo cuando la puerta principal se abrió y apareció un hombre alto y envarado, vestido con un chaqué oscuro y el cabello engominado hacia atrás. Por el porte parecía un mayordomo británico, aunque al escuchar su voz Grace dudó de ello.

—Buenas noches, señorita Pennington, soy Bernard, el mayordomo del señor Richmond —sorprendió con su presentación a la prometida de Melvin, y más aún cuando después preguntó—: ¿Y el señor Drake? El señor Richmond me dijo que vendrían juntos.

—Así es, está subiendo la capota del coche para que no se moje el interior con la lluvia.

Sin añadir nada más, Bernard bajó las escaleras hasta la zona de aparcamiento y se dispuso a ayudar a Melvin con la capota, pero este ya había terminado.

—No hace falta, pero muchas gracias igualmente.

—De nada, señor Drake.

Melvin subió la escalinata para reunirse con Grace. Bernard lo adelantó para darles paso al interior de la mansión; sin embargo, resbaló y aterrizó de bruces a los pies de Grace, que no pudo evitar sonreír. Rápidamente, como si estuviera acostumbrado a caer, el mayordomo se recompuso y les invitó a pasar. Melvin y Grace entraron y descubrieron un enorme vestíbulo con un luminoso parqué y una decoración exquisita, con una escalinata al fondo que subía a las plantas superiores, como los que salían en las películas, aunque este era de verdad y no un escenario montado en un estudio.

—Si son tan amables de esperar aquí, el señor Richmond les recibirá enseguida.

Bernard desapareció por una de las puertas laterales del vestíbulo y dejó a Melvin y Grace completamente abrumados por la mansión.

—¿Es pomposo o no es pomposo? —preguntó Melvin con una sonrisa de triunfo en sus labios mientras Grace miraba a su alrededor.

En la mansión

Bernard recorrió los pasillos de la mansión Richmond, que en su mayoría parecían más un museo que un hogar, debido al gran número de antigüedades de todo tipo que los poblaban. El mayordomo iba a toda velocidad, era casi como si patinase sobre el pulido parqué. En esos momentos no sabía dónde estaban el señor Richmond y los demás invitados y quería encontrarlos antes de que se toparan con el señor Drake y su prometida en el vestíbulo. Hacía un buen rato que los demás habían llegado. Eran tres actores: el galán Kenneth Wilcox, la dama Edna Blackwell y la actriz revelación, Gladys Goodwind. Mientras esperaban a que Drake y su prometida llegasen, el señor Richmond había optado por mostrarles el resto de la casa, y así, de paso, vanagloriarse de sus lujos, de las piezas que tenía por todos los rincones y, en definitiva, de su poder adquisitivo.

Subió las estrechas escaleras de servicio hacia la primera planta, ya que en la planta baja no había visto a nadie, excepto a Jacqueline, que aún seguía en la cocina intentando arreglar el estropicio que solo ella había organizado hacía un rato, pues Bernard no se consideraba culpable del pequeño incendio. Corrió cual poseso por uno de los numerosos pasillos que distribuían las habitaciones de aquel lujoso castillo, más propio de Luis XIV que de un productor de cine estadounidense, hasta que vio al señor Richmond y los demás, que iban de una sala a otra. Pegó un frenazo para aminorar la marcha y encontrarse con su señor y sus invitados de la forma más digna, pero calculó mal, sus pies resbalaron sobre el parqué más de la cuenta y se estrelló contra un carísimo mueble de origen chino expuesto en la pared, haciendo que la valiosa cristalería que había en su interior tintinease amenazadoramente.

Desde el suelo, con las nalgas contra el mueble, Bernard miró hacia arriba, temiéndose lo peor y esperando a que las copas y los vasos empezaran a caer sobre su cabeza; sin embargo, el entorchocar de cristal fue disminuyendo hasta que se fundió con el silencio del pasillo, dejando oír la voz del señor Richmond que se acercaba adonde él se encontraba. Se levantó rápidamente, se arregló la ropa y empezó a andar hacia su señor, lanzando un último vistazo al mueble contra el que había chocado. Estaba como si nada

hubiera sucedido. Le fastidiaba haberse caído otra vez. Habitualmente ya le pasaba que daba algún que otro traspié, pero tantos en tan poco rato era exagerado. Ese no debía ser su día.

Como si siempre hubiera sabido a la perfección dónde se encontraba su señor y como si no hubiera sucedido absolutamente nada, Bernard se encaminó por el pasillo hacia Richmond, que estaba hablando de la consistencia de las paredes a sus invitados.

—Señor Richmond, lamento interrumpirle, pero el señor Drake y la señorita Pennington acaban de llegar.

Richmond lo observó de reojo, un tanto molesto por la interrupción, y respondió:

—Acompáñelos a la sala de estar, ahora nos reuniremos con ellos.

Bernard dobló la espalda bajando la cabeza con suavidad.

—Sí, señor.

Y desapareció de nuevo por el pasillo en busca de los recién llegados. Rezando por no tener otro resbalón como el de antes, empezó a correr de nuevo por los pasillos en cuanto salió del campo de visión del señor Richmond. Y aunque bajó las escaleras principales de una forma más atropellada de lo que hubiera deseado, su cara no volvió a tocar el suelo y tampoco nadie lo vio hacer el lechuguino por la escalinata.

Aminorando la marcha, Bernard llegó al inmenso vestíbulo del castillo y descubrió que Melvin y Grace seguían en el mismo lugar en el que los había dejado, parados ahí, en mitad del recibidor, aún con los abrigos y los sombreros puestos, contemplando la sala, sin saber si podían o no moverse. Por suerte no lo había visto el señor Richmond, de lo contrario, eso ya hubiera rematado el día de Bernard. Dos caídas y una bronca. En un caso así lo mejor hubiera sido morir, porque sabía que Richmond no lo despediría.

—Lamento la espera —se disculpó acercándose a ellos—; si me permiten los abrigos...

Bernard alzó los brazos hacia ellos a modo de perchero improvisado.

—¡Oh, sí! Por supuesto —respondió rápidamente Melvin, a la vez que ayudaba a Grace a quitarse la gabardina, pero esta dio un respingo cuando Bernard terminó la frase:

—... el sombrero, y la boina.

La chica no pudo evitar dedicar una tensa mirada al mayordomo.

Melvin, que se estaba quitando la chaqueta y se la daba a Bernard, cerró los ojos y se mordió el labio inferior:

—¿Eeeh? No, la boina no la mencione...

—¿Qué sucede con mi boina? —interrumpió Grace cada vez más tensa, encarándose con Bernard.

—Demasiado tarde —apuntó Melvin tapándose la cara de vergüenza, aunque nadie estuviera escuchándolo.

—No sucede nada en absoluto, señorita Pennington, solo preguntaba si desea que me lleve la boina al ropero, ya que aunque las mujeres pueden seguir llevando sus sombreros y tocados bajo techo, las boinas no entran en ese grupo, y, por lo tanto, es de mala educación ir con ella en un lugar cerrado —explicó con cierto retintín, a la vez que se acercaba para quitarle la boina a Grace.

Pero, en un rápido movimiento, la chica agarró con fuerza la boina con ambas manos.

—Atrévase —dijo en tono amenazador a Bernard.

Al verlo, Bernard la miró con suspicacia:

—Como usted desee, no voy a ser yo el que le impida quedar como una maleducada.

—Gra-gracias —respondió Grace sin soltar la boina y sin saber de qué manera tomarse las palabras del mayordomo.

Bernard alzó una inquisitiva ceja, pero no quiso continuar con el tema.

—Acompáñenme, si son tan amables —dijo indicándoles hacia el lado izquierdo del vestíbulo, en el que se alzaba una gran puerta de madera antigua labrada.

Los dos invitados avanzaron, mientras que Bernard, dando un par de rápidas zancadas, adelantó a la pareja y les abrió la puerta que daba acceso a la sala de estar de una forma un tanto ceremoniosa.

—Si son tan amables de esperar aquí, el señor Richmond les recibirá enseguida —explicó Bernard, dejando pasar a su interior a Melvin y Grace—. Pueden servirse lo que deseen —añadió señalando una mesa repleta de botellas, vasos y copas.

La sala era una combinación de sala de té, sala de juegos y biblioteca, más propia de la Inglaterra de finales del siglo XIX; sin embargo, era, como poco, impresionante.

Grace y Melvin pudieron ver que estaba distribuida como en tres áreas. En la más cercana a ellos había una mesa con un buen surtido de botellas de bebidas espirituosas, copas y vasos, así como unos cuantos canapés. En el centro de la sala, dos sofás estaban encarados a la chimenea, y, en el otro

extremo, justo al lado de otra puerta, había una mesita con cuatro sillas, claramente dispuesta para jugar a las cartas. En la pared externa, cuatro grandes ventanales permitían ver el exterior, aunque lo único que se podía discernir era una oscura noche encapotada.

—Gracias, Bernard —respondió alegremente Melvin al ver el aperitivo.

—A su servicio, señor —respondió bajando la cabeza antes de añadir mirando a Grace—: Señorita.

Grace le correspondió con una incómoda sonrisa mientras observaba atentamente la estantería que había al lado de la puerta del fondo, repleta de viejos libros.

Bernard se disponía a abandonar la sala, pero justo cuando abría la puerta con la mano que aún tenía libre, Melvin lo detuvo:

—Perdona, Bernard, puedo hacerte una pregunta.

El mayordomo no supo si era una pregunta o una afirmación, así que miró a Melvin y simplemente asintió.

—Cuando veníamos por la carretera desde la costa, un enorme y oscuro Cadillac Fleetwood, muy parecido al que tiene el señor Richmond, casi nos echa de la carretera, ¿no sabrás quién ha podido ser?

Bernard tragó saliva. Alguien había visto el coche del señor abandonando la finca; se podría descubrir que la cocinera había abandonado la casa y se habían quedado sin cena. Sin embargo, por la pregunta de Drake, por suerte, parecía que no había visto quién iba en él, así que se echó un farol:

—Puede que Jacob, el chófer del señor Richmond. Hoy libraba, y tal vez se ha tomado la libertad de utilizar el coche del señor para uso propio —respondió encogiéndose de hombros, a la vez que sacudía la cabeza como si lamentara la mala forma de actuar de algunos empleados del señor Richmond.

—¿Eso es normal? —preguntó sorprendido.

—¿En Jacob? —preguntó de forma retórica Bernard—. Más de lo que el señor Richmond desearía.

Melvin hizo un gesto de extrañeza, pero no preguntó nada más. Bernard optó por echar balones fuera.

—No se preocupe, no suele volver demasiado tarde, ni en un estado demasiado ebrio —explicó el mayordomo, que cada vez iba haciendo la bola más grande.

—¿Ebrio?

Bernard asintió:

—Sí, pero no puedo contarle mucho más, ya me entiende —respondió el mayordomo, guiñándole un ojo en busca de complicidad.

—Sí, sí, por supuesto —respondió Melvin sin entenderle.

Bernard sonrió agradecido.

—Si desean cualquier cosa, pulsen el timbre que hay al lado de la puerta de la sala y enseguida vendremos a servirles —les indicó señalando un pequeño timbre metálico labrado de estilo *art déco* que había al lado de la puerta por la que había accedido—. El señor Richmond estará con ustedes en un instante —les recordó antes de desaparecer por la puerta, dejando a la pareja de prometidos solos y ensimismados con la espectacularidad de la sala.

No hablaban entre ellos. Grace seguía molesta por el amago de encontronazo con el mayordomo, y Melvin no sabía muy bien cómo iniciar una conversación sin que su prometida le saltase a la yugular. Sin embargo, al final hizo de tripas de corazón y lanzó la pregunta menos apropiada en aquel momento:

—Que mencionen tu boina no significa nada, ¿lo sabes, verdad?

Grace se volvió con un rápido movimiento y lo observó con odio.

—¿Crees que me la pongo a propósito para provocar? —fue su respuesta.

—¿Será que no es así? —replicó su prometido.

—Cuando quieres eres un cínico —le espetó molesta Grace antes de volverse de nuevo hacia la estantería de libros.

—Sí, lo soy, y a mucha honra —respondió en tono de burla Melvin, antes de encararse hacia el pequeño pero bien surtido mueble-bar.

Tras unos segundos examinando las botellas, soltó un silbido de admiración:

—Ahora entiendo por qué Richmond puede permitirse ser productor de cine —dijo levantando una botella de coñac de importación.

Aunque hacía un segundo habían medio discutido, se querían, así que Grace no tardó en responder:

—Lo mismo pienso yo —dijo sacando un libro antiguo, pero para nada polvoriento, de uno de los estantes.

Melvin y Grace se miraron uno al otro desde extremos opuestos de la sala de estar y, con una sonrisa pícara en los labios, se intercambiaron sendos objetos haciéndolos volar por los aires. El lanzamiento de Grace fue demasiado largo y obligó a su prometido a dar unos pasos hacia atrás, provocando que pulsase el timbre, haciendo retumbar una aguda y potente campanita.

Casi inmediatamente después, mientras ambos se miraban sin saber cómo actuar frente a lo que podía suceder, Bernard entró por la puerta por la que había salido apenas unos instantes. Con una sonrisa los observó detenidamente antes de preguntar:

—¿Qué desean?

Melvin y Grace, aún sorprendidos, no articularon palabra; solo habían podido hacer una cosa antes de la aparición del mayordomo: esconder la botella de alcohol y el libro tras sus espaldas.

—¿Todo bien? —insistió Bernard.

Melvin y Grace asintieron a la vez de forma tensa.

Bernard los examinó, sospechaba algo, pero no sabía exactamente qué.

—Me ha parecido oír el timbre y...

La pareja de prometidos sacudió la cabeza de forma negativa.

Bernard siguió observándolos, pero al ver que no podría averiguar lo que había pasado, se encogió de hombros y prefirió cambiar de tema.

—Aprovecho la ocasión para informarles de que el señor Richmond estará aquí en unos instantes, está atendiendo a los demás invitados.

Sin esperar a que ninguno de los dos respondiera, Bernard abandonó la sala de estar, permitiendo a Melvin y Grace respirar aliviados. De forma casi instintiva, se volvieron a pasar los objetos por el aire para devolverlos a sus respectivos lugares. Mientras Grace guardaba el libro en el estante correspondiente, Melvin observó la botella que volvía a tener entre sus manos.

—Loch Lomond... El mayordomo ha dicho que nos sirviéramos lo que quisiéramos, así que, de perdidos al río —murmuró Melvin con una sonrisa en los labios.

—¿Dices algo? —preguntó Grace, que intentaba ver lo que había más allá de la oscuridad que rodeaba la mansión.

—No... Bueno, sí... ¿Deseas tomar algo, querida?

Sin dejar de mirar al exterior, Grace respondió:

—Ya lo sabes, un poco de ginebra con una rodaja de limón.

Al oír las palabras de su prometida, Melvin empezó a trastear con las botellas y las copas, preparando lo que Grace había pedido.

—Parece que el tiempo va a ir a peor —dedujo Grace al ver que en el cielo no se veía ninguna estrella.

—Ya te he dicho que no deberíamos haber venido.

Molesta por volver a escuchar las mismas palabras, Grace se volvió y miró directamente a los ojos de su prometido. Empezaba a estar cansada de la

misma cantinela.

—¿Quieres dejar de quejarte? Lo llevas haciendo todo el camino; además, ya estamos aquí.

—Sabes que sigo pensando que no se me ha perdido nada aquí.

Grace soltó un suspiro de desesperación, a la vez que se dejaba caer en uno de los sofás, agotada de escuchar las continuas protestas de Melvin.

—¿Has pensado que sin tu historia no existiría la película? —reflexionó Grace frotándose el puente de la nariz.

Melvin no respondió, solo emitió un gruñido de protesta. Siguió preparando la bebida de su prometida y se la llevó, momento que aprovechó Grace para detenerle y mirarlo a los ojos sin soltarle la mano.

—Es tu historia —insistió Grace—, es tu película. Tenías que venir.

Al escuchar aquellas palabras, Melvin se soltó de un brinco.

—¿Mi película? —preguntó con ironía a la vez que cruzaba la sala—. Mira mi nombre: casi se necesita una lupa para leerlo —añadió malhumorado señalando el cartel de la película que los había traído hasta la mansión Richmond, que descansaba en un caballete cual obra de arte.

—No seas tan quisquilloso —dijo con desgana Grace a la vez que daba un sorbo a su bebida—. Al menos tu nombre aparece en el cartel. ¿Cuántos guionistas aparecen en los carteles de sus películas?

Melvin iba a replicar una vez más, pero se detuvo. Odiaba cuando Grace tenía razón en algo, así que prefirió callarse y dar un largo sorbo al *whiskey* que se había preparado. Algo de lo que no se arrepintió, ya que una gota de aquel duro bálsamo valía todos y cada uno de los dólares que había pagado Richmond. Mientras se relamía los labios miró a contraluz el contenido del vaso.

—Maldita sea, qué bueno está esto.

Al escuchar las palabras de su prometido, Grace soltó una risilla.

—¿De qué te ríes? —preguntó un tanto molesto Melvin.

—De nada, querido, de nada en absoluto.

Melvin la observó de reojo.

—Dejando de lado el tema de la película, ya sabes que desprecio estas fiestas y las personas que asisten a ellas...

—Ya estamos otra vez con lo mismo —interrumpió Grace—. El señor Richmond no es falso y pomposo.

Melvin tosió señalando la inmensa evidencia pomposa que los rodeaba.

—Vale, sí, es asquerosamente rico, pero por ello no tiene por qué ser falso.

—De acuerdo, eso crees, vale. Pero espera y verás.

Como si con aquellas palabras lo hubiera anunciado, la puerta del otro extremo se abrió de par en par y apareció Bernard, seguido por el señor Richmond, que, elegantemente vestido, fumaba un enorme puro que desprendía un fuerte olor a tabaco.

—Bernard, sigue con tu trabajo, todo tiene que estar listo para la cena. Y diles a los demás invitados que el señor Drake, su prometida y un servidor los estamos esperando aquí.

Bernard sacudió la cabeza obedientemente con tanta fuerza que se golpeó contra el respaldo de una de las sillas. Los demás se quedaron mirándolo sin saber si preguntar si estaba bien o no, pero el mayordomo no les dio tiempo y desapareció por la puerta frotándose la frente.

Por unos segundos, Richmond observó la puerta por la que se había ido su mayordomo, pero después regresó a la realidad luciendo la mejor de sus sonrisas.

—Hombre, hombre, hombre, por fin ha llegado nuestro guionista. Melvin Drake, bienvenido —anunció con su voz de barítono sacudiendo la mano de Melvin.

Y como si hubiera olvidado por completo las palabras que acababa de pronunciar, Melvin sonrió igual o más que su anfitrión.

—Señor Richmond, estaba deseando venir a su fiesta y reunirme con todos los que harán posible que la modesta historia que escribí se convierta en esta maravillosa película.

Al oír aquellas palabras vacías, tan falsas como la sonrisa de Melvin, Grace no pudo evitar sonreír con sorna antes de soltar un suspiro y murmurar:

—Serás mentiroso.

Las palabras de Grace pasaron desapercibidas por los dos hombres, que seguían ensimismados lanzándose florecillas.

—No sea modesto, sabe que sin usted, Melvin, no la tendríamos. En muchos sentidos, esta es su película.

Tras el comentario del señor Richmond, Grace, que estaba tomando un sorbo de su bebida, se atragantó salpicándose toda la cara, lo que atrajo la atención sobre ella.

Educadamente, Melvin la señaló con la palma de la mano a la vez que la presentaba:

—Por cierto, esta es mi prometida, la señorita...

—Por supuesto, la señorita Pennington, que trabaja en vestuario — intervino el señor Richmond—. Encantado de volver a verla.

Grace, que se había levantado, se quedó sorprendida de que el presidente la conociera tan bien; solo pudo dejar que este le besara la mano educadamente.

—¿Me-me conoce? —preguntó de forma entrecortada—. Si solo soy una pequeña trabajadora del estudio.

Richmond sonrió antes de decir:

—Señorita, para dirigir el mejor estudio de Hollywood, lo primero es conocer a todos y cada uno de sus trabajadores, por muy pequeños que ellos crean ser, sobre todo cuando tienen una belleza tan cautivadora como la suya —concluyó Richmond dedicándole una sonrisa de complicidad.

Grace, todavía ensimismada por el atrayente carácter del señor Richmond, no pudo más que devolver su mejor sonrisa a la vez que se sonrojaba, provocando que su prometido, celoso por la inmediata complicidad de su jefe con Grace, hiciera el amago de interponerse entre ellos. El sonido de las voces de los demás invitados que se aproximaban por el pasillo le detuvo.

—¡Ah, perfecto! Deben de ser los demás.

Entusiasmado al escuchar que podía por fin reunir a todos sus invitados, el señor Richmond se frotó las manos satisfecho y se acercó a la puerta para abrirla.

—Esperen un segundo aquí; antes de cenar me gustaría dedicarles unas palabras a todos ustedes para...

Súbitamente sus palabras se vieron interrumpidas cuando la puerta se abrió de repente y le atizó un buen golpe en toda la cara.

—¿Es-está bien, señor Richmond?

Mientras Richmond se frotaba la cara, más por vergüenza que por dolor, respondió:

—Sí, sí, estoy bien, estoy bien.

Sin prestar atención a su señor, Bernard entró atropelladamente dejando paso a los demás invitados, que ni tan solo dirigieron una mirada a su jefe, que permaneció de pie a un lado de la puerta, mirando con odio a su mayordomo.

La primera en entrar fue la gran actriz de los Estudios Richmond y de todo Hollywood, Edna Blackwell, envarada y con mirada altiva, que, sobre su alto y esbelto cuerpo lucía un vestido de noche ligero con tirantes, de tonos

oscuros y cintura baja, cuya única decoración era un largo collar de perlas que daba un par de vueltas alrededor de su fino cuello. Tras soltar una bocanada de humo del cigarrillo que sostenía con estilo en una boquilla, les dio a ambos dos distantes besos en las mejillas, sin apenas rozarles con las suyas.

El siguiente en entrar fue el marido de la anterior, el actor estrella del estudio y uno de los galanes mejor pagados del cine, Kenneth Wilcox, luciendo la mejor y más brillante de sus sonrisas, aunque todos supieran que tras esos dientes había un cerebro incapaz de recordar una simple línea de un guion. A pesar de ello, era el mejor vistiendo trajes. En concreto llevaba uno azul marino con la americana cruzada, sin chaleco, camisa blanca y una corbata sutilmente estampada. En su mano izquierda sostenía una elegante pipa. Al contrario que su esposa, estaba apagada. Después de que Edna saludara a Melvin y Grace, Kenneth fue el siguiente en besar la mano de ella y darle un fuerte apretón al guionista sin dejar de sonreír.

Finalmente, la tercera en aparecer fue Gladys Goodwind, el más reciente descubrimiento de Richmond, que la había traído a Los Ángeles y la había añadido a su colección de actores y actrices, y de la que se esperaba que fuera la nueva revelación. Su aspecto tímido y temeroso de cuanto la rodeaba hacía pensar lo contrario. Aun así, ahí estaba, vestida con un recatado vestido de color azul pastel con mangas abombadas hasta los codos, un lacito rosa en el cuello, una falda muy por debajo de las rodillas, y, coronando todo el conjunto, un anticuado peinado. La chica estaba tan nerviosa que, cuando se dispuso a saludar a la pareja de prometidos, por un segundo no supo qué hacer y acabó saludándolos como si pertenecieran a alguna monarquía europea.

Todos fueron pasando frente a ellos sin articular ninguna incomprensible palabra de saludo: no hacía falta más, todos se conocían por haberse visto en el estudio. Solo Edna se detuvo un instante más de la cuenta frente a Grace para dedicarle unas palabras:

—Bonita boina. Es curioso que trabajes en el departamento de vestuario.

—¿Qu-qué has querido decir? —preguntó Grace, que no estaba lista para esas palabras. Le estalló un tic nervioso en la cara y se agarró la boina por si acaso.

Al ver la reacción, mientras se alejaba de ella, Edna le dedicó una maliciosa sonrisa, a la que Grace iba a responder. Melvin la detuvo para evitar lo peor.

Tras los saludos, los invitados fueron indicando a Bernard lo que les apetecía tomar y este lo preparó raudo y veloz mientras ellos se sentaban lo

más cómodamente posible. Edna se recostó en uno de los dos sofás, Gladys se sentó con las piernas bien juntas, como si estuviera aún en el colegio, en el otro sofá, mientras que Kenneth optó por quedarse de pie apoyado en la repisa de la chimenea que reinaba desde el centro de la sala.

El señor Richmond, que ya parecía haberse recuperado del golpe recibido, aunque seguía frotándose la cara de vez en cuando, se acercó al cartel de la película, tosió para aclararse la garganta y se dispuso a decir unas breves palabras que había ensayado unas horas antes.

—Estoy encantado de tenerles aquí. Sin ustedes esta película no sería posible. Y si por algo será recordado 1940, será por el estreno de *César*.

Al escuchar estas palabras, y frente al silencio del señor Richmond, los presentes se vieron obligados a aplaudir. El motivo de los aplausos pareció cambiar cuando la que entró en escena fue Jacqueline, luciendo su atrevido vestido de criada y sosteniendo una bandeja llena de canapés, dispuesta a ofrecérselos a los invitados. Aunque, en realidad, estuviera interesada en ofrecerlos más a unos que a otras.

—Sin duda, señor Richmond, nadie dejará de hablar de esta película en años —dijo Kenneth sonriendo—. Será una película que hará historia. La mejor película histórica de la historia —apuntó satisfecho con su broma, buscando la complicidad de los demás, que no consiguió encontrar.

—Muy agudo, querido, muy agudo —contestó Edna con sorna a la vez que soltaba un resoplido de desesperación.

Mientras Kenneth intentaba hacerse el gracioso sin éxito, Jacqueline empezó un paseíllo triunfal entre los presentes. La exuberante y descarada criada fue acercándose a todos ofreciendo lo que llevaba en la bandeja. A las mujeres apenas les daba tiempo a coger los canapés, pero se acercó a cada uno de los hombres casi insinuándose con su más que provocativo vestido. Y si ellas la miraban sorprendidas casi con desprecio por su comportamiento, queriendo no verla, ellos no podían dejar de mirarla.

La primera víctima de las insinuaciones de Jacqueline fue su jefe, el señor Richmond, que intentaba responder a las palabras de Kenneth sin desconcentrarse.

—Sin duda, Kenneth, sin duda —contestó entre tartamudeos—. Tenemos al mejor César, a la mejor Cleopatra y, algo que nadie se espera, una deslumbrante Calpurnia —dijo señalando a los tres actores—. Con este cartel, la historia de Melvin y un excelente equipo técnico, del que la señorita Pennington forma parte, nada puede fallar.

Cuando el señor Richmond terminó de hablar, Jacqueline se apartó de él, dio unos cuantos y sensuales pasos hacia el centro de la sala y prosiguió su sensual numerito centrándose en Kenneth, que perdió inmediatamente su pose de galán para sustituirla por la del memo que realmente era.

—Todo esto sería cierto, señor Richmond, si no fuera por el pequeño detalle de que no tenemos director —dijo Edna haciendo que las miradas pasaran de Jacqueline a ella.

—¿Aún no hay director? —preguntó sorprendido el guionista.

—Tal y como lo oyes, Melvin —respondió Edna con rapidez—. Lo tenemos todo menos un director que dirija tu gran historia.

—Esa es una pequeña nimiedad sin importancia —interrumpió Richmond—. ¿Cuántas películas se empezaron a rodar sin director?

—¿Y cuántas de ellas tuvieron éxito? —replicó de nuevo Edna.

—Eeeh, bueno... —titubeó Richmond.

—¿O se terminaron de hacer? —insistió la actriz.

—Esto... —Richmond dudó de nuevo, era difícil rebatir a Edna, y más cuando tenía razón.

Justo en ese preciso instante, Jacqueline pasaba su bandeja frente a la nariz de Grace, pero cuando esta se dispuso a coger un canapé, la criada pasó de largo y se acercó apresuradamente a Melvin. Aunque hacía rato que Jacqueline se paseaba frente a los hombres, el guionista no esperaba —o no deseaba— que le tocara tan pronto, así que aguantó el tipo frente a las insinuaciones de la solícita criada. Su prometida le dedicó la peor de sus miradas. En primer lugar, porque era su novio, y, en segundo lugar, porque no había conseguido hacerse con un canapé.

Mientras Melvin se enfrentaba a la criada y a su prometida, el señor Richmond se había quedado sin palabras que dirigir a Edna, que lo observaba con satisfacción.

—Ninguna, querido Charles, ninguna —dijo la actriz—. Sin director esto solo puede ser un barco que se hunde en el fracaso, y además lo hace sin capitán.

—Querida Edna —contestó Richmond molesto por la actitud de la actriz—, por una vez, solo por una vez, sé un poco positiva y ten esperanzas.

Como respuesta, Edna soltó una falsa carcajada cargada de sarcasmo, algo que colmó la paciencia de Richmond, que se dispuso a responder. Jacqueline, tras dejar la bandeja en el mueble-bar, se acercó a él y lo

interrumpió. La criada ya había terminado de insinuarse a todos y cada uno de los presentes, pero parecía que tenía algo más que añadir antes de irse.

—Si me permite, señor Richmond —dijo haciendo un gesto como si quisiera dirigirse a los invitados.

—Por supuesto, tú dirás, querida —contestó Richmond un tanto descolocado.

—El señor Bernard me ha pedido que les comunique que la cena estará lista enseguida, y que él mismo vendrá a comunicárselo —anunció a bombo y platillo algo que todos esperaban.

Richmond la observó un tanto sorprendido por la intranscendencia de la noticia. Una vez hubo terminado, ella se fue pavoneándose para que todos la mirasen.

—Bien. Muy bien, muchas gracias, Jacqueline —fue cuanto pudo decir.

Los demás hicieron algo parecido. La verdad era que ya empezaba a ser hora de sentarse a la mesa y esperaban que Bernard apareciese para comunicarles que ya podían pasar al comedor, por lo que les dejó un tanto confusos que la criada anunciara el anuncio del mayordomo.

Para centrar un poco la situación y a sus invitados, Richmond actuó como debía hacerlo un anfitrión en casos como aquel.

—Como han oído, dentro de poco, si el ánimo de nuestra querida Edna lo permite, vamos a pasar a celebrar el próximo inicio del rodaje de *César*. Que, como Kenneth ha dicho, será la mejor película histórica de la historia.

Todos aplaudieron más por compromiso que por auténtico entusiasmo, excepto Kenneth. El actor, henchido de orgullo de que Richmond citase su broma, sonrió de oreja a oreja y aplaudió con fuerza antes de frotarse las manos y soltar una sonora carcajada de satisfacción.

—Soy un genio —dijo Kenneth sin poder controlarse.

Al escuchar aquellas palabras, Edna se disponía a despreciar una vez más a su marido, pero algo la interrumpió. Un luminoso relámpago resplandeció a través de los ventanales, obligando a todos los presentes a mirar al exterior. Segundos después, el potente sonido de un trueno retumbó en la sala, creando un extraño e incómodo silencio. Todos se quedaron impresionados al ver y escuchar ese portento de la enfurecida naturaleza, sin embargo, solo Gladys pareció asustarse lo suficiente como para temblar y acurrucarse en el sofá en el que estaba sentada.

—Ese ha caído cerca —dijo Melvin rompiendo el hielo. El comentario pasó por alto, ya que los demás seguían aturdidos.

Las que sí llamaron la atención fueron las risotadas del señor Richmond, al que miraron entre molestos y extrañados.

—Tranquilos, queridos amigos, estamos en un lugar seguro, esta casa puede soportar mucho más que una tormenta, por muy grande que sea.

—¿Y cómo puede estar tan seguro de ello, señor Richmond? —preguntó Gladys todavía temblando.

—Porque ha soportado grandes guerras durante siglos...

—Y un viaje por mar —dijo Edna interrumpiendo a Richmond.

—Perdón, ¿un viaje por mar? —preguntó aún más sorprendida Gladys.

—Así es —respondió satisfecho Richmond—. Esta casa ha sido transportada desde la campiña francesa piedra a piedra, y reconstruida aquí.

Gladys se llevó la mano derecha a la boca para evitar mostrar su sorpresa, aunque no fue la única que se quedó sin palabras.

—Dígame agorero —dijo Melvin rascándose la cabeza—, pero ¿no es un poco inseguro reconstruir un castillo del medievo en un islote del Pacífico?

Al escuchar a su guionista, el productor soltó una nueva carcajada más sonora que la anterior.

—Comprendo sus reparos, pero no deben preocuparse; la isla, aunque no lo parezca, se encuentra por encima de la línea de la playa —explicó Richmond—. Los que de verdad tienen que preocuparse son los que tienen mansiones en primera línea de mar —añadió sin poder evitar reírse.

—Y si sube el nivel del mar, ¿no nos puede ocurrir nada? —preguntó Grace un tanto nerviosa.

Richmond intentó controlar sus risotadas, aunque solo las pudo apaciguar un poco antes de responder a Grace.

—Tranquílcese, señorita Pennington, lo máximo que puede ocurrir es que nos quedemos aislados aquí cuando la marea cubra la carretera de acceso —dijo abriendo los brazos con sinceridad—. En ese caso, solo deberemos esperar a que los primeros rayos de sol lleguen, cuando la tormenta se haya amainado y la marea haya vuelto a bajar.

Melvin miró fijamente a su prometida al escuchar aquello, y Grace pudo leer con claridad en sus ojos:

«Ya te dije que no deberíamos haber venido».

A lo que Grace respondió dedicándole la más aguda de sus miradas:

«No empieces».

Sin percatarse de las miradas que se dedicaban los dos prometidos, Richmond prosiguió con satisfacción su explicación:

—Además, tenemos habitaciones de sobra para que todos ustedes puedan pasar la noche aquí —miró a todos y cada uno de los invitados—: sean simpáticas señoritas, jóvenes prometidos o parejas bien casadas.

A lo que Edna respondió con una amplia y falsa sonrisa, como si no quisiera pasar la noche junto a su marido.

—Habiendo resuelto la cuestión del alojamiento —intervino Kenneth hablando más serio de lo que tenía acostumbrados a los demás—, ¿qué sabemos de la cena? —preguntó como si fuera la pregunta más relevante que se podía hacer en ese momento, a la vez que se ponía de espaldas a la puerta de entrada.

—Tú siempre pensando con el estómago —le reprochó su esposa.

—Tampoco me dejas pensar con nada más —replicó con ironía él.

—Lo siento, querido —contestó Edna relamiéndose los labios con lo que estaba a punto de decir—, pero tampoco daría para tanto.

Richmond vio la que se avecinaba. Aquello tenía todos los visos de terminar como una de tantas discusiones en las que habitualmente se enzarzaban marido y mujer, así que intervino. Para llamar la atención de sus invitados, el productor aplaudió con fuerza. Ninguno lo miró, pero sí tuvo consecuencias. La puerta frente a la que estaba Kenneth se abrió de par en par golpeando al actor en la espalda, haciéndolo tropezar con la alfombra y aterrizar con la cara en el regazo de Gladys, que, de forma casi automática, se irguió sonrojada.

Kenneth, al verse en aquella incómoda situación, quiso disculparse:

—Disculpa, Gladys, yo no quería...

Cometió el error de decírselo mientras apoyaba su mano en el muslo de la chica, que al sentir la mano de Kenneth le soltó una sonora bofetada, haciendo que se levantara de golpe. Edna se carcajeaba sin parar.

—Ya veo el tipo de hambre que tienes, querido —le espetó con sorna.

Melvin intentó aguantarse la risa, y aunque Grace pretendió que se comportara, el guionista no pudo contenerse, se puso rojo y empezó a reírse.

—Creo que si esto sigue así, sí que habrá sido una buena idea venir.

Al oírlo, Grace le dedicó una mirada cargada de odio.

Bernard, que se había quedado atónito junto a la puerta, a la que aún tenía sujeta por el pomo, no supo cómo reaccionar frente al desastre que había provocado. Tras el estupor inicial, todo volvió a la normalidad: los que se reían dejaron de hacerlo de forma descarada, las que se sonrojaron habían

recuperado su tono normal de piel y Kenneth, víctima de la situación, se había acabado de levantar y de arreglarse el traje.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Fue Bernard el que cometió el error de hacerlo.

—Lo lamento mucho, señor Wilcox, no pretendía... —dijo entre titubeos—. Me ha parecido que me llamaban y...

—¿Que lo llamaban?! ¡¿Que lo llamaban?! —exclamó el señor Richmond enfurecido—. ¿Desde cuándo lo llamo con una palmada?

Bernard se encogió de hombros confundido. Richmond lo observaba rojo de cólera.

—Desaparezca de mi vista —le ladró controlándose—, de inmediato.

Tras aquellas breves palabras, Bernard no se lo pensó dos veces y salió por donde había entrado.

Después de que el mayordomo se fuera, Richmond suspiró, obligándose a relajarse. Tras unos segundos, miró a sus invitados habiendo recuperado la compostura.

—Disculpad a Bernard, es un buen muchacho, pero muchas veces me saca de mis casillas. —Y, sonriendo, añadió—: Cualquiera diría que se hace el estúpido adrede.

—¿Y por qué no lo despides, Richmond, y contratas a un mayordomo mejor? —dijo Edna preguntando lo mismo que todos pensaban.

Ante la pregunta, Richmond se atragantó con su propia saliva y respondió entre toses:

—Eso es más fácil de decir que de hacer. Bernard sabe que... Que... —Richmond titubeó; había caído en la cuenta de que había metido la pata.

—¿Qué sabe? —preguntó de forma inquisitiva Grace.

—Sabe..., sabe... —y terminó como si se le hubiera ocurrido de golpe—: sabe cómo cuidar de una casa, no hay mayordomos como él.

Todos lo observaron intrigados, sospechando que su anfitrión escondía algo.

—Seguro que hay miles de mayordomos como él —insistió Edna.

—Siento contradecirle, Edna —replicó Richmond molesto—, hay bien pocos como él —concluyó zanjando el tema.

El tema de la conversación, su mayordomo, reapareció en la sala, abriendo con sumo cuidado la puerta para no provocar un nuevo estropicio. Pero Jacqueline, que lo seguía demasiado de cerca, se topó con él y ambos acabaron amontonados en las sillas.

Bernard y la criada levantaron la mirada y sonrieron temblorosamente, pero se encontraron con la mirada severa de su señor, que los observaba a punto de desquiciarse.

—Disculpen de nuevo —dijo con poca seguridad el mayordomo a los presentes antes de mirar fijamente a su señor—. Veníamos a comunicarles que la cena...

—¡Por fin! Una buena noticia —exclamó Kenneth interrumpiendo a Bernard.

Al escuchar las palabras del actor, Bernard tragó saliva y dudó unos instantes antes de seguir hablando.

—Lamento decir que no traigo buenas noticias —dijo tosiendo. Jacqueline se escondía tras él—. La cocinera ha tenido que ir al continente en el último momento a por unos ingredientes antes de preparar la cena y...

Temiéndose lo peor, el señor Richmond lo interrumpió:

—¿Ha regresado?

Bernard miró de nuevo a su señor, temiendo la respuesta que sabía que tenía que darle:

—No, la carretera se ha inundado: tanto ella como el chófer se han quedado en el continente.

—¿Cómo?! —ladró Richmond perdiendo los nervios.

—No-no-no ha podido regresar a tiempo —contestó tartamudeando el mayordomo.

—¿Y la cena? —preguntó Richmond siguiendo con el tercer grado.

—No está lista —respondió Bernard.

—¿Nada? —insistió el productor.

Bernard y Jacqueline se miraron el uno al otro durante un segundo, como si se pusieran de acuerdo en qué responder, justo antes de mirar a su señor y negar a la vez con la cabeza.

—¿Ni el entrante? —preguntó Richmond.

Sus sirvientes negaron con la cabeza por segunda vez, como unos niños que no han hecho los deberes y lo confiesan a su profesor.

—¿Ni el primer plato?

Bernard y Jacqueline volvieron a negar con la cabeza.

—¿Ni el plato principal?

El mayordomo y la criada repitieron el mismo movimiento de cabeza. Richmond empezaba a enrojecer de furia.

—¿Ni tan siquiera el postre?

Tras estar sin abrir la boca durante un buen rato, Bernard optó por responder con palabras, con la esperanza de que su jefe se calmara un poco.

—Lo siento, señor Richmond, todo cuanto hay para cenar son los aperitivos y los canapés que hemos preparado con Jacqueline.

Al escucharlo, Richmond permaneció en silencio, abriendo exageradamente los ojos y clavando sus pupilas en sus criados. Y cuando parecía que iba a responder, solamente se pasó la mano por el cabello echándose hacia atrás, nervioso.

—¿Qué?! ¿No hay nada para cenar? —intervino Kenneth acercándose a la pareja de criados, justo antes de abalanzarse sobre el mayordomo, al que cogió por los brazos, sacudiéndolo como un muñeco de trapo.

—Tómalo con calma, Kenneth —intentó calmarlo su esposa, sin mostrar el más mínimo esfuerzo por acercarse a él.

El actor hizo caso a las palabras de su esposa y soltó al mayordomo, que se mantuvo de pie, frente a él, un poco inestable y medio mareado, simplemente ayudado por Jacqueline. Por su parte, Kenneth se sentó al lado de Edna, apoyando la cabeza entre sus manos.

—Querido Bernard —dijo Richmond manteniendo la calma—, ¿seguro que no hay ninguna posibilidad de que Jacqueline y tú encontréis en la cocina alguna cosa de comer para nuestros invitados?

La pregunta de Richmond iba claramente en serio; sin embargo, Bernard y Jacqueline, tras escucharlo, lo miraron y no pudieron evitar estallar en carcajadas.

—Perdonad, pero ¿qué es lo que me he perdido? —preguntó ofendido Richmond por el descarro de sus criados—. Si sois tan amables de contármelo.

Percatándose de que habían metido la pata hasta el fondo, Bernard y Jacqueline recuperaron su pose educada, clásica, de los mejores criados.

—Lo siento, señor —respondió Jacqueline—, pero en más de una ocasión hemos intentado ayudar a la cocinera, y la mayoría de esas veces ha sido cuando usted ha estado a punto de despedir a Mildred —confesó la criada. Bernard asentía con seriedad a su lado.

Al descubrirlo, Richmond alzó las cejas y se quedó pasmado. Solo pudo reaccionar sentándose en una silla para intentar recuperarse de la sorpresa, poniendo lentamente la cabeza entre las manos.

—No sé qué hacer: con invitados en casa y solo puedo ofrecerles unos cócteles y unos canapés... Espero que puedan disculpar mi error al invitarlos aquí esta noche —dijo sin mirar a los presentes.

Los invitados empezaron a mirarse los unos a los otros, sin saber qué hacer o qué decir a su anfitrión, ya que, además de eso, también era su jefe, por lo que consolarlo como a un niño al que le han salido mal las cosas los pondría en una situación más bien incómoda. Así que guardaron silencio mientras Richmond hablaba consigo mismo en murmullos, hasta que, uno tras otro, fueron comprendiendo la gravedad de la noticia que acababan de recibir y lo que ello implicaba. Todos habían llegado a la misma conclusión a la vez: lo único que había para comer hasta la mañana siguiente se encontraba en la mesita de aquella sala de estar.

Como buitres atraídos por la carroña, todos, los más caballeros y las mejores damas, se abalanzaron sobre los canapés y las bebidas como si no hubiera un mañana, dispuestos a comer todo lo que pudieran antes que los demás.

Mientras devoraban la comida, Richmond contempló lánguidamente el espectáculo que un error de cálculo del que se sentía plenamente culpable había provocado. No se levantó para comer como los demás. No hubiera dicho nada, sus invitados estaban en el derecho de devorar aquella comida, pero vio algo que no le agradó ni lo más mínimo.

Entre los buitres que había revoloteando alrededor de la mesa había dos que tampoco se habían quedado rezagados, incluso se podría decir que habían llegado antes que los demás. Saltándose a la torera todas las normas de la etiqueta y el protocolo, Bernard y Jacqueline se habían unido a la rapiña, llegando a arrebatarse comida a alguno de los invitados.

—¿Se puede saber qué es lo que están haciendo, Jacqueline y Bernard?
—preguntó molesto el productor.

Los criados, que al principio parecían no haberle oído, cuando su jefe insistió, se volvieron un poco a regañadientes, sabiendo que perderían terreno respecto a los demás.

Jacqueline ya no parecía la hermosa criada, ya que con el delantal a modo de cesto había empezado a acumular canapés con una mano, metiéndose de vez en cuando un par en la boca.

Por su parte, Bernard, al no disponer de delantal que pudiera utilizar como alforja, tenía la boca llena de tal modo que apenas podía cerrarla. En una mano tenía una copa de champán llena hasta el borde, a punto de rebosar, y en la otra un canapé a punto de ser engullido.

—Lo lamento, señor —empezó a decir Bernard de forma ininteligible antes de tragar sonoramente y proseguir—, pero sin la cocinera nosotros

también nos quedamos sin cena.

Al escuchar la respuesta de su mayordomo, Richmond se llevó una mano a la frente, casi arreándose una bofetada. Se lamentó:

—Sigo preguntándome por qué los mantengo a mi servicio.

Como respuesta, Bernard sonrió con malicia, sugiriendo algo más que su dudosa habilidad como criado para seguir trabajando en la casa, antes de seguir comiendo en la pequeña mesa de servicio. Mientras, Jacqueline, mucho más educada, se acercó rápidamente a su jefe, ofreciéndole un plato con algunos canapés de su delantal y una copa de champán, además de una sonrisa llena de más canapés de los que había en el plato.

—Gracias, Jacqueline —dijo Richmond con un suspiro a la vez que cogía el plato que le ofrecía su criada.

Jacqueline tragó.

—De nada, señor Richmond —respondió antes de volver con los demás.

Sin poder evitar lanzar un suspiro tras otro, Richmond contempló el plato que tenía en las manos. Cinco canapés manoseados lo observaban con los respectivos condimentos aplastados, esperando a que se los comieran.

«Menuda imagen estoy dando hoy... Suerte que no hay periodistas», pensó para sus adentros.

Sin apenas hambre, Richmond cogió uno de color anaranjado y se lo llevó a la boca. Podía ser que no hubiera cena, pero lo que fuera que acabara de comerse estaba de muerte, por lo que no se lo pensó dos veces para comerse otro. Y después otro, y un cuarto, hasta que se los comió todos y los bajó con un buen trago de champán.

Más animado al ver que lo que estaba ofreciendo a sus invitados era realmente bueno y que estos estaban disfrutando con auténtico frenesí la comida, se levantó y se dirigió a ellos, aunque no lo estuvieran mirando.

—Bueno, queridos amigos, así es la vida —dijo con la copa medio vacía alzada en el aire—, disculpen por no poder ofrecerles una cena como se merece esta ocasión, pero espero que no me lo tengan en cuenta.

Aunque no esperaba la más efusiva de las respuestas, Richmond no pudo evitar que se le resquebrajara un poco el ánimo cuando todos se volvieron con la boca llena dándole la razón y balbuceando entre migas que no se lo tenían en cuenta, añadiendo algo más que el anfitrión no comprendió. Aunque no le gustó, no le sorprendió de sus criados, pero que sus actores, su guionista y una modélica empleada de vestuario actuaran igual, como mínimo lo descolocó.

—Si le sirve de consuelo, señor Richmond, los canapés son deliciosos... —dijo al fin Gladys de forma comprensible tras tragar un número indefinido de canapés.

—Y la selección de bebidas, inigualable —añadió Kenneth alzando la copa en señal de aprobación.

A pesar de la situación más bien rocambolesca, así como la absurda escena que estaba contemplando, Richmond sonrió complacido al ver que sus invitados no se lo estaban pasando tan mal.

—Al fin y al cabo, ¿lo importante no es la compañía? —empezó a decir Kenneth, demostrando una sorprendente habilidad para hablar y comer a la vez—. Además, tenemos buena comida y buena bebida.

Richmond agradeció el comentario de su primer actor dando un buen sorbo de su copa.

Pero todos no eran de la misma opinión, ya que Edna soltó una sarcástica carcajada tras oír las palabras de su marido, esparciendo migas de lo que tenía en la boca a medio masticar.

—Exacto, querido, tampoco es tan grave —intervino limpiándose los labios, preparándose para su siguiente comentario irónico—: solo pasaremos una larga y aburrida velada, acompañada de mucho alcohol y poca comida... ¿Qué podría ser peor?

Sin permitir que Kenneth o cualquiera de los demás replicara, un potente y luminoso rayo centelleó al otro lado de los grandes ventanales que presidían la sala, obligando a que todos los presentes se volvieran a mirar. Antes de que nadie se atreviera a pronunciar palabra, un poderosísimo trueno retumbó haciendo temblar los cristales durante unos segundos, antes de que la luz se apagara, sumiendo a todos en la más profunda de las oscuridades.

Al encontrarse en aquella situación, todos permanecieron quietos; sin embargo, Grace y Gladys no pudieron controlarse y lanzaron sendos chillidos de terror. Y mientras Grace se agarró al brazo de Melvin, Gladys hizo lo mismo con el de Kenneth.

Tras los gritos no se escuchó nada más, solo el repiquetear de las gotas de lluvia en los cristales y el ulular del tormentoso viento.

—¿Qu-qué ha sucedido? —preguntó Gladys aún con voz temblorosa.

—Se ha ido la luz, querida —respondió Kenneth apoyando la mano sobre la de la joven actriz.

—¿A quién llamas *querida*, querido? —preguntó Edna claramente molesta y con ganas de meter cizaña.

—¡Por Dios, Edna! Solo ha sido una forma de hablar. Gladys está preocupada —replicó su marido.

—Sí que te preocupas por ella, ¿no?

—No, no era mi intención... —empezó a disculparse Gladys, pero Edna la interrumpió.

—Tranquila, Gladys, la intención no era tuya, sino suya.

—Cálmense, por favor —intervino Richmond—, se ha ido la luz, el generador enseguida empezará a funcionar y volverá la corriente. Si no es así, Bernard irá a arreglarlo.

Richmond permaneció en silencio, esperando que su mayordomo confirmara sus palabras para calmar a los invitados, cuya tensión iba en aumento. Bernard no dijo nada.

—¿Verdad, Bernard? —insistió Richmond, controlando un ataque de ira homicida hacia su mayordomo por no responder a las palabras de su señor. — Bernard siguió sin responder—. ¿Bernard? Venga, no sea cobarde, no me dirá que le asusta una tormenta —preguntó en tono conciliador Richmond, esperando que su mayordomo reaccionara. Para sorpresa de todos, no lo hizo.

De repente las luces se encendieron, revelando por qué Bernard había permanecido en silencio. El mayordomo, tan alto como era, estaba tendido en el suelo en mitad de la sala. Una mano la tenía llena de canapés aplastados. No muy lejos de la palma abierta de su otra mano, había tirada una copa de champán vacía.

Al verlo de ese modo, todos supusieron lo peor. La mayoría ahogó la voz, pero Grace y Gladys lanzaron de nuevo un grito, abrazándose con más fuerza a los que ya tenían amarrados, Grace a Melvin y, de nuevo, Gladys a Kenneth. Por su parte, Edna, olvidándose por completo del mayordomo, los observaba sorprendida por la más que evidente confianza entre su marido y la joven actriz.

—¡Oh, no! —exclamó Richmond contemplando a su mayordomo mientras protegía a Jacqueline, que ocultaba su rostro en el hombro de su señor.

—Por favor, Charles, no seas tan alarmista, no era tan buen mayordomo —contestó Edna.

Al oírla, Richmond la observó aparentemente molesto por el comentario fuera de lugar; no obstante, respondió:

—Lo sé, lo sé, pero mis alfombras valen un ojo de la cara —afirmó mirando la comida y la bebida derramadas en el suelo.

Melvin puso los ojos en blanco y Grace se enfureció soltándose de su prometido, exclamando:

—¿Es que no tienen sentimientos? Una persona ha muerto y...

—No te apresures tanto, cariño, puede que solo esté inconsciente — interrumpió Melvin—. Puede haberse asustado por la tormenta o que le haya sentado mal la bebida.

—¿Y co-cómo podemos comprobar que es así? —preguntó aún asustada Gladys sin soltar el brazo de Kenneth.

Sin responder a la más que evidente pregunta de Gladys, todos se fueron mirando unos a otros, esperando a que alguien dijera o hiciera algo, pero no fue así. Por lo que, inmediatamente después, observaron atentamente al mayordomo como si esperaran a que este les confirmara si estaba muerto o no.

—Alguien tendrá que comprobarle el pulso y ese tipo de cosas —se atrevió a proponer Melvin empezando a interrogar con la mirada a los demás, sobre todo a los hombres.

Sin embargo, o sacudieron la cabeza nerviosos o hicieron como si ese comentario no fuera con ellos.

—¡Oh, maldita sea! De acuerdo, lo haré yo —exclamó Melvin asqueado por la cobarde reacción de sus congéneres.

Armándose de valor por no saber si estaba a punto de tocar un cadáver o el cuerpo de un hombre inconsciente —y sin saber decirse cuál de las dos situaciones era peor—, Melvin se acercó lentamente al mayordomo y, como si lo hubiera hecho toda la vida, palpó con los dedos el cuello y las muñecas. Al no sentir el latido de Bernard, le desabrochó la pechera de la camisa y apoyó la palma de su mano sobre el esternón.

Mientras el valiente guionista actuaba de médico forense improvisado, los demás seguían de pie, a su alrededor, observando cada uno de los movimientos de Melvin, esperando a que les confirmara la situación de Bernard. Pero él seguía en silencio, concentrado en lo que tenía entre manos.

Como el pulso de Bernard seguía resistiéndosele y no quería dar por muerto a aquel hombre, Melvin hizo lo último que cualquiera de los demás hubiera esperado. Sin más, abrió la bragueta de los pantalones de Bernard y metió la mano por ella, provocando que Gladys se tapara la cara sonrojada y Edna exclamara con repugnancia:

—¿Se puede saber qué haces?

—Comprobar el pulso —respondió Melvin echando mano a la ingle de Bernard.

—¿En la entrepierna? —preguntó sorprendido Kenneth.

—Claro, por ahí también pasa una importante arteria y se puede saber si el hombre está vivo o muerto.

Al escuchar la respuesta de Melvin, Edna no pudo contener un comentario sarcástico:

—Seguramente te sería más fácil comprobar si está vivo si fueras una exuberante mujer, ¿no crees?

—Pero ¿está vivo? —preguntó Grace titubeante, dando su brazo a torcer ante la técnica de su prometido para comprobarlo.

—Un segundo, por favor —respondió Melvin sin sacar la mano de la entrepierna del mayordomo.

Los demás permanecieron atentos, esperando mientras Melvin palpaba ahí donde un hombre no debería palpar a otro hombre, a no ser que el segundo lo permita y el primero lo desee... Que no era el caso.

Tras unos interminables segundos que parecieron horas contemplando cómo Melvin metía mano a un supuesto cadáver, Richmond preguntó:

—¿Y bien?

Melvin lo miró con los ojos achinados como si no estuviera seguro de ello:

—Sí..., no..., sí..., no..., no... Definitivamente, no. —Al descubrir lo que estaba buscando, Melvin quitó rápidamente la mano con cara de asco, levantándose a la vez que la frotaba contra la pernera de su pantalón, añadiendo—: Está muerto, muy muerto, muerto del todo.

—Y ¿podemos fiarnos de su palabra? —preguntó Richmond—. Que yo sepa, usted no es médico, ¿cierto, Drake?

Melvin, que había regresado al lado de Grace, se encogió de hombros y mostró las palmas de sus manos.

—En efecto, no lo soy —contestó—, pero para un guion de un drama médico tuve que documentarme, y pueden estar seguros de que sé cómo detectar el pulso de alguien.

Durante un segundo las cabezas de los demás le dieron vueltas a eso para saber si creer en la palabra del guionista o no, hasta que todos fueron asintiendo, dándole el visto bueno a la actuación de Melvin como médico forense.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Edna mirando al mayordomo.

Los demás hicieron lo mismo, hasta que, poco a poco, dejaron el cuerpo de Bernard para centrar su atención en Richmond por ser el anfitrión, y en

Melvin por la iniciativa mostrada hasta entonces.

—Deberíamos llamar a la policía, ¿no? —preguntó Richmond sin estar muy seguro, a la vez que miraba a Melvin a la espera de su confirmación.

—Sin duda, eso es lo más sensato —afirmó Melvin.

Sin dar tiempo a que nadie reaccionara antes que él, Richmond se abalanzó como un torbellino sobre el teléfono que había a la derecha de la sala, al lado de la biblioteca. Sin dudarlo ni un segundo, y con el auricular en la mano izquierda, Richmond empezó a accionar la rueda para marcar el número de la policía, pero, aun con su empeño, pareció no lograrlo, obligándole a optar por una segunda opción.

—¿Operadora? —preguntó a través del auricular.

Mientras Richmond permanecía en silencio, a la espera de una respuesta, los demás fueron ocupando de nuevo los sofás y las sillas de la sala, pasando con mucho cuidado y reparo al lado del cuerpo sin vida de Bernard. Edna volvió a acomodarse en un sofá; frente a ella, Gladys y Jacqueline ocuparon el otro. Melvin y Grace se sentaron en las sillas de la mesita. El único que quedó de pie, de espaldas a los demás, fue Kenneth, que permaneció junto a la mesa de los canapés.

—¿Oiga? ¿Operadora? —insistió Richmond pulsando los botones del teléfono.

—¿Consigue ponerse en contacto con la comisaría? —preguntó Melvin.

Richmond miró a su guionista con el auricular en la mano y, negando con la cabeza, respondió:

—No, por un segundo ha parecido que conseguía línea, pero enseguida se ha cortado y ahora no responde nadie.

—Pruebe de nuevo, ¿no? —preguntó inocentemente Gladys.

—Creo que sería inútil —respondió Richmond colgando el auricular en su sitio—, seguramente la línea ha caído por la tormenta. —Tras un silencio dramático, añadió—: Además de aislados, estamos incomunicados con el exterior.

—¡Pues qué bien! —exclamó Edna dando una calada a la boquilla de su cigarrillo—: sin cenar, aislados y con un cadáver para los postres.

—¿Crees que es correcto llamarle *cadáver*? —preguntó Gladys un tanto incómoda por la palabra.

—Puede que lo correcto fuera *cuerpo* —intervino Grace.

—¿No suena un tanto vulgar? —preguntó Gladys antes de repetir muy lentamente la palabra—: «Cu-er-po».

Sin poder contenerse más, al oír aquellas palabras que definían al hombre con el que, apenas unas horas antes, había estado manteniendo las relaciones más apasionadas que había conocido, Jacqueline rompió a llorar apoyando su cabeza en el hombro más cercano, el de Gladys. Sorprendida por el contacto de la criada, Gladys solo pudo abrazarla e intentó consolarla.

—Llamémoslo como sea —dijo Edna sin mostrar ningún tipo de empatía por Jacqueline—, el caso es que aquí estamos, con esto tirado en mitad del salón —añadió señalando el cuerpo de Bernard, y sentenció con desprecio—: ¡Qué mal gusto!, morirse en una cena.

Al oír aquellas palabras, Jacqueline soltó otro exagerado berrido entre lágrimas, al que ninguno pareció prestar mucha más atención que Edna. Como Melvin, que se había levantado de nuevo y había regresado junto al cadáver.

—Melvin, deja en paz al muerto —le advirtió Grace—, eres peor que un crío.

—A mí lo que me escama es cómo ha muerto —respondió Melvin como si no hubiera escuchado las palabras de su prometida.

—Pero no eres policía, por lo que lo mejor será que lo dejes —insistió Grace.

Pasando por alto las palabras de Grace, Melvin empezó a registrar el cuerpo del mayordomo con avidez, haciendo que las miradas de todos los presentes se fijaran en él, incluso la de Jacqueline, que parecía haber olvidado el llanto.

—Puede que haya sufrido un infarto —dijo Richmond sin estar muy convencido de ello, buscando una explicación práctica y lógica para la muerte de Bernard.

—Nadie sufre un infarto por un trueno —replicó Edna.

A pesar de lo que pudieran decir, Melvin estaba pensando en otra posibilidad, pero prefirió no intervenir para evitar ser interrogado de nuevo, y más cuando en el bolsillo interno del chaqué de Bernard encontró un frasquito de cristal vacío. Con sumo cuidado lo cogió con un pañuelo y lo examinó con discreción. Llevado por un acto instintivo, olfateó su interior, teniendo que apartar la cara de inmediato al sentir un fuerte olor a... ¿almendras?

«¿Qué huele a almendras y mata?», se preguntó para sus adentros mientras se guardaba el frasco en el bolsillo sin que nadie lo viera, envuelto en su pañuelo.

—Puede que haya sido un disparo y con el ruido del trueno nadie lo haya escuchado —propuso Gladys sonriendo con inocencia, provocando que

Jacqueline volviera a estallar en lágrimas.

—¡Un disparo! —exclamó alarmado Richmond.

—No te alarmes, Charles, es absurdo —dijo Edna intentando evitar que su jefe se comportara como un energúmeno—. ¿Y quién le ha disparado? ¿Uno de nosotros?

—Me da igual quién le haya disparado: me preocupan mis alfombras —replicó el anfitrión—. Las manchas de comida aún pueden quitarse, pero la sangre, no.

Al escuchar aquello, Grace se llevó la mano a la frente, sorprendiéndose de que las preocupaciones de Richmond y los demás giraran alrededor de sus cosas y no de la vida que acababa de terminar frente a sus ojos; y más todavía cuando Edna empezó a recomendar tintorerías a su jefe.

—No se preocupe por la sangre, señor Richmond; a Bernard no le han disparado —dijo Melvin con extrema seriedad, como si acabara de convertirse en el detective de una de sus películas—. Ha sido envenenado.

Sin embargo, el clímax con el que intervino Melvin se vio interrumpido cuando una lluvia de canapés cayó sobre él y sobre el cuerpo de Bernard.

—¿Envenenado?! —preguntó con un grito Kenneth, culpable del curioso efecto provocado tras haberse girado de un bote, con la boca rebosante de los canapés que no había lanzado por los aires.

Nadie respondió, simplemente lo miraron en silencio, sorprendidos al ver como su cara y gran parte de su ropa estaban cubiertas de migas, al igual que sus manos.

—¿Qué? —preguntó un tanto ofendido por aquellas miradas—. Cuando me pongo nervioso, como.

Edna ahogó una carcajada, y no fue la única; los demás también se controlaron para no mofarse del «gran galán» que el cine había fabricado.

—No te preocupes, Kenneth —respondió Melvin desenganchándose un canapé que tenía pegado en la nariz y sacudiéndose el traje—, no ha sido envenenado con la comida.

Sin añadir nada más, Melvin volvió a agacharse junto a Bernard. Una idea había cruzado su mente. Sin miedo a ser reprochado por su comportamiento, el guionista empezó a olfatear a Bernard como un perro cuando va en busca de un rastro. Olió la cara del mayordomo con fuerza, la boca, empezó a bajar por el hombro derecho y el respectivo brazo, hasta llegar a la mano y a la copa que seguía tirada a pocos centímetros de ella.

—¡Almendras! —exclamó Melvin levantándose de golpe, sabiendo que la idea que había tenido era cierta.

—¿Almendras? —preguntó Richmond sin comprender a qué se refería su guionista.

—¿Lo han envenenado con almendras? —insistió Edna.

—Eso es imposible —intervino entre sollozos Jacqueline—, no había almendras en los canapés.

Al oírlo, Kenneth, llevado por un nerviosismo y una gula extremos, volvió a atacar los canapés.

—No, no lo han envenenado con almendras —contestó Melvin suspirando al comprobar que el ingenio de los demás dejaba un poco que desear—, huele a almendras. Lo han envenenado con algo que huele a almendras... Cianuro —concluyó.

A diferencia de las almendras, todos comprendieron a qué se refería Melvin al hablar de cianuro y se alarmaron: todos habían bebido champán. Sin ir más lejos, en ese mismo instante, el propio Kenneth estaba tragando sonoramente una copa llena hasta arriba mientras los demás lo observaban, esperando que de un momento a otro se desplomara sin vida.

—Y, por cómo huele, en esta copa había más cianuro que champán, pero...

—¡Vamos a morir! —exclamó Kenneth llevado por la histeria, arrojando la copa al suelo, que estalló en mil pedazos, y empezando a escupir como un paleta.

—¡Maldito seas, Kenneth! —exclamó Richmond llevándose las manos a la cabeza—. ¡Deja de escupir, mendrugo! ¡Las alfombras!

—Pero Melvin ha dicho que vamos a morir y... —intentó excusarse el actor.

—Si me hubieras dejado terminar... —lo interrumpió Melvin—. No tenemos de qué preocuparnos: la comida y la bebida están bien, el veneno está solo en esta copa.

—Menudo imbécil —murmuró Edna con sorna.

—¿Cómo puede estar seguro, Drake? —preguntó Richmond, habiéndose calmado al ver que Kenneth había dejado de actuar como un loco.

—Muy sencillo: por la cantidad de cianuro. Toda la comida debería oler a almendras, y alguno de nosotros lo hubiéramos notado. Además de algo más obvio.

—¿Más obvio? ¿El qué? —preguntó Edna.

—Si todo estuviera cubierto de cianuro, ahora mismo habría uno o dos cadáveres más tirados por el suelo —explicó y, señalando a Kenneth, que volvía a comer con desenfreno de la mesa de los canapés, concluyó—: Y, seguramente, uno de ellos sería Kenneth.

—¡Será tarugo! —refunfuñó Edna poniendo los ojos en blanco—. ¿Seguro que no había nada más con veneno?

Melvin negó con la cabeza.

—Lástima —contestó Edna.

—¿Cómo? ¿Te gustaría que estuviera muerto? —preguntó Kenneth lo suficientemente molesto como para dejar de comer.

—Quién sabe —respondió con malicia Edna—, puede.

—Malvada —la insultó su marido.

—Idiota —replicó ella levantándose de su asiento.

—Zorra.

—Capullo.

—Putá.

A cada insulto que se dedicaban mutuamente, marido y mujer fueron acercándose el uno al otro como atraídos por una fuerza invisible de odio, pero se detuvieron cuando Richmond se puso en medio e intervino.

—Suficientes insultos por hoy, amigos —dijo separándoles con su cuerpo—. Mantengamos la calma, por favor. La noche será larga y creo que no solucionaremos nada enfrentándonos.

—Exacto —lo respaldó Melvin—, lo que deberíamos hacer es apartar a Bernard para que deje de ponernos nerviosos su presencia.

Habiéndose asegurado de que Edna volvía al sofá, Richmond hizo lo mejor que se le daba: dar órdenes.

—Kenneth, si quieres ayudarnos —le ordenó educadamente.

El actor, sin querer seguir la discusión con su esposa, a la que sin embargo seguía mirando con malicia, igual que ella a él, se sacudió de migas las manos y se acercó al cuerpo sin vida del mayordomo.

Sin que nadie dijera nada, como si todos quisieran respetar el descanso eterno de Bernard, Richmond lo cogió por los pies mientras Kenneth y Melvin lo levantaban por los hombros.

—Madre mía, cómo pesa —murmuró Kenneth por el esfuerzo. Jacqueline lo oyó y soltó un nuevo berrido seguido de lágrimas.

A duras penas y con el sonido de la criada plañidera de fondo, los tres hombres sacaron de la habitación a Bernard por la puerta derecha.

En el pasillo

Sin saber exactamente por qué el espigado cuerpo del mayordomo podía pesar tanto, los tres hombres salieron a trompicones de la sala y, a pesar de las buenas intenciones iniciales, se encontraron en mitad del pasillo sin saber dónde dejar el cuerpo.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Kenneth rojo por el esfuerzo.

—Debemos buscar un lugar plano... Una mesa... Una cama... —empezó a decir mirando a Richmond, que, al ser el propietario del lugar, debía tener una idea de un lugar donde un cadáver podía reposar tranquilo unas horas mientras llegaban la policía y la autoridad competente. Sin embargo, Richmond no dijo nada.

—¿Dónde le parece que lo podemos dejar, señor Richmond? —insistió Melvin.

—Eeeh... La verdad es que no lo sé.

Entre el esfuerzo y la pobre reacción de su anfitrión, Melvin empezaba a perder la concentración. Así que, sin más, miró a su alrededor en busca de algo que sirviera de cama, descubriendo un gran arcón de madera trabajada arrimado a una de las paredes del pasillo. Sin preguntar qué les parecía a los otros dos, el guionista empezó a tirar del cuerpo de Bernard hacia el arcón.

—¿Adónde va, Drake? —preguntó Richmond.

—Hacia aquel arcón —respondió Melvin señalando con la cabeza el susodicho mueble.

—¿El cofre renacentista italiano? —interrogó el anfitrión.

—No sé... Sí..., supongo —contestó un tanto molesto Melvin; qué sabía él sobre el exótico origen de ese cofre venido a más.

—¡Ah, no! —exclamó Richmond tirando de los pies de Bernard, obligando a los otros a detenerse.

—¿Cómo que no? Solo es un arcón —replicó Melvin tirando de los hombros del cadáver.

—Un arcón valorado en miles de dólares, para su información, y no voy a poner un cadáver sobre él —respondió Richmond volviendo a tirar de los pies del muerto.

—¡Pero si es el cadáver de su empleado! —dijo Melvin tirando de los hombros.

—Me da igual, ese arcón no tiene precio.

—Por lo que más quiera, señor Richmond, actúe con sensatez.

A partir de este punto, ambos hombres empezaron a tirar sin decirse nada, como si estuvieran jugando a saber quién tenía más fuerza.

—Estoy en mi casa, y cuando digo que no es que no —dijo Richmond tirando con tanta fiereza de los pies de Bernard que los hombros resbalaron de las manos de Melvin y Kenneth y la cabeza del malogrado mayordomo golpeó contra el suelo produciendo un ruido parecido al que se hace al casarse un huevo.

—Mire lo que ha hecho —reprochó Melvin a su jefe.

Richmond contemplaba el cuerpo sin vida de su empleado sin soltar sus pies.

—Y luego el tarugo soy yo —intervino Kenneth con una sonrisa.

—Cállese, Kenneth —bufó Richmond, y, tras unos segundos en los que parecía estar pensando en lo que estaba haciendo, añadió—: Está bien, Drake, tiene razón, no sé en qué estaría pensando.

Sin responder, Melvin y Kenneth volvieron a coger los hombros de Bernard y, con sumo cuidado para que el cadáver no volviera a caerse, se encaminaron hacia el arcón.

Tras unos segundos que se les hicieron eternos, llegaron al lado del valioso mueble, sobre el que depositaron al mayordomo.

—Bueno, ya está —anunció Kenneth sacudiéndose las manos alegremente, como si acabara de cargar un saco de patatas.

—No del todo, Kenneth —dijo Melvin y, mirando a Richmond, preguntó —: ¿Tiene alguna manta, una sábana o alguna cosa para cubrirlo?

Richmond pensó durante unos segundos, tras los que soltó un resoplido.

—¿Qué sucede? —preguntó Melvin—. ¿Lo tiene o es demasiado valioso para usarlo?

Richmond lo miró recriminatoriamente.

—Sí, sí que lo tengo. El problema es dónde.

—¿Dónde?

—Dentro del arcón.

Al escucharlo, Melvin también soltó un resoplido.

—¿Ve cómo era para resoplar?

—Vale, está bien —respondió Melvin levantando las palmas en señal de paz—. Kenneth y yo levantamos la tapa y usted coge lo que sea para cubrir a Bernard, ¿de acuerdo?

Los otros dos asintieron y se pusieron manos a la obra.

Debido al sorprendente peso del mayordomo, sumado al de la tapa de madera maciza del arcón, el actor y el guionista se las vieron y se las desearon para sostenerla abierta.

—No se les ocurra soltar la tapa —advirtió Richmond mientras metía el brazo derecho en busca de algo para cubrir a su mayordomo.

Cuando los brazos de Kenneth y Melvin empezaban a temblar por el sobreesfuerzo, Richmond exclamó:

—¡Lo tengo! —Sacó el brazo un instante antes de que la tapa resbalara de las manos de los otros—. Suerte que les he dicho que no la soltaran.

—¿Lo tiene o no? —preguntó Melvin con la cara enrojecida y respirando con fuerza.

—Sí —respondió Richmond mostrando una fina tela de colores rojizos que le fue arrebatada de inmediato por Melvin, que la utilizó para cubrir el cuerpo sin vida de Bernard.

—¿Ahora sí? —preguntó Kenneth, más interesado en regresar junto a los canapés que en prestar ayuda.

Melvin no respondió. Estaba cubriendo con sumo cuidado el cuerpo del mayordomo; nunca había tenido un cadáver frente a él, y su cabeza bullía con un millar de ideas para historias de misterio de todo tipo.

—¡Quién le iba a decir al desgraciado de mi mayordomo que moriría sobre mis alfombras persas, bebiendo mi mejor champán, para después descansar sobre un arcón del siglo XVI cubierto por las sedas más caras de China! —pensó en voz alta Richmond—. Hay quien muere con estilo.

Al no recibir respuesta, Kenneth se encaminó hacia la sala donde le esperaban su mujer y el resto de damas invitadas a la velada.

Por su parte, Richmond esperó a que Melvin terminara su labor de médico forense de guardia para regresar junto a él con el resto.

En la sala de estar

Durante la ausencia de Kenneth, Richmond y Melvin, las damas guardaron el más incómodo de los silencios, solo roto por el suave lloriqueo de Jacqueline, que estaba siendo consolada por Gladys, mientras Edna las observaba con un incomprensible desprecio y Grace se abrazaba impaciente por el regreso de su prometido. Por lo que cuando los tres hombres regresaron, parecía como si el tiempo no hubiera pasado en aquella sala.

Kenneth fue el primero en entrar y, sin decir absolutamente nada, cruzó la sala y prosiguió con la minuciosa tarea de comerse todos y cada uno de los canapés que había en la mesilla.

Antes de que la puerta se cerrara por su propia inercia, Melvin y Richmond entraron en la sala, siendo el guionista el primero en hablar.

—Bien, ahora Bernard ya no está aquí y está a buen recaudo hasta que la policía pueda llegar.

—Exacto —confirmó Richmond—, así que cuando amaine la tormenta nos pondremos en contacto con la policía para que resuelva este... este... Écheme una mano, Drake, estas cosas no se me dan bien.

Drake lo miró de reojo sorprendido. A pesar del estúpido enfrentamiento que habían tenido en el pasillo, parecía haberse convertido en la mano derecha del jefe, al menos en lo que respecta a la cuestión del cadáver.

—Bueno —prosiguió Melvin aclarándose la garganta—, teniendo en cuenta lo que ha sucedido, la cosa está clara: estamos hablando de un asesinato, y eso es lo que la policía deberá investigar en cuanto llegue aquí.

—¿Y nosotros? ¿Cuándo amaine podremos irnos? —preguntó Edna, mostrando, por primera vez en aquella noche, algo de preocupación.

—Eso, eso —dijo Kenneth con la boca llena.

—Seguramente... —Melvin hizo una pausa dramática casi adrede—. No, somos testigos de un crimen y tendrán que hacernos muchas preguntas.

—¿A cuántos crímenes ha asistido, Drake, para saberlo tan bien? —insistió Edna, hasta cierto punto interesada en la respuesta del guionista.

—Me documenté para un guion hace un tiempo y pude hablar con varios agentes de policía de Los Ángeles para saber cómo actuaban —respondió

Drake, a lo que Edna le dedicó una amable sonrisa, casi flirteando.

—Disculpen —intervino Gladys con su vocecilla inocente—, pero, si somos testigos y ha habido un asesinato...

Un nuevo berrido de Jacqueline interrumpió las palabras de la joven actriz. Todos la observaban preguntándose a qué venía ese exceso de dramatismo.

—¿Quién ha sido el asesino? —acabó preguntando Gladys aprovechando que Jacqueline cogía aire antes de soltar un nuevo lamento.

Al principio la pregunta pareció un tanto, por decirlo llanamente, tonta, pero poco a poco todos se fueron dando cuenta de la razón que tenía Gladys al lanzarla. Llevados por esa desconfianza innata que anida en el corazón de todos los hombres y mujeres de este mundo, los presentes empezaron a lanzarse miradas cargadas de interrogantes, sospechas y miedos.

—Querida señorita Goodwind —dijo Richmond tosiendo con suavidad a su joven actriz—, ¿no estará insinuando que quien sea que haya matado a Bernard sea uno de nosotros, no?

—Exactamente eso es lo que estoy diciendo —respondió ella asintiendo con fuerza sin ningún tipo de reparo.

Al oírlo, Richmond alzó las cejas alarmado a la vez que buscaba ayuda de nuevo:

—Drake, por favor, explíqueme a nuestra querida amiga que eso no es posible.

El guionista observó a su jefe y se frotó pensativamente la barbilla.

—Bueno —respondió Melvin—, en cierto modo la señorita Goodwind tiene razón.

—Lo ve, no tiene de qué preocuparse... —empezó a decir Richmond con una sonrisa de satisfacción, sin ser consciente de lo que Melvin acababa de decir, hasta que lo hizo—. ¡¿Qué?! ¿Se puede saber de qué habla, Drake?

—De que lo más probable es que el asesino sea uno de nosotros —dijo Melvin.

Como para dar más dramatismo a la escena, Jacqueline ahogó un grito de terror al oír las palabras de Melvin.

—Pero ¿cómo?, ¿por qué? —preguntó con desesperación Richmond.

—Siendo lógicos, y teniendo en cuenta que la causa más probable de la muerte sea el envenenamiento...

—¿Cómo que más probable? Hace un instante estabas seguro de ello —dijo Edna interrumpiendo a Melvin.

—Puedo estar seguro, pero no soy médico forense, por lo que podría equivocarme —replicó Melvin un tanto molesto por la duda, teniendo en cuenta que era el único que había hecho algo más que quejarse o comer canapés.

—Ya —dijo Edna con la única intención de tener la última palabra.

Melvin la observó durante unos segundos para estar seguro de que le permitiría seguir su explicación. Cuando vio que la actriz daba una nueva calada a su cigarrillo y expulsaba el humo con todo el estilo que se puede tener al hacerlo, prosiguió:

—Si consideramos el envenenamiento como causa de la muerte, cualquiera de nosotros pudo envenenar la copa que Bernard tenía en la mano cuando la luz se fue. Él, asustado por el trueno y el apagón, ha dado un buen trago a la copa y... Bueno, lo obvio: ha estirado la pata.

Las desacertadas palabras escogidas por Melvin hicieron que Jacqueline lanzara un berrido, que cada vez parecía más potente, rompiera a llorar y lo rematara todo al sonarse la nariz con su diminuto delantal.

—¡Melvin! No seas desaprensivo —le reprochó su prometida.

—Lo siento, pero viene siendo así. A no ser...

—¿A no ser qué? —interrogó Richmond.

—A no ser que la víctima tuviera que ser otra y Bernard simplemente cogiera la copa equivocada —reflexionó Melvin golpeándose la nariz con el dedo índice a la vez que paseaba por la sala, exactamente por donde unos instantes atrás estaba el cadáver de un mayordomo muerto.

—Qué emocionante, como en las novelas —dijo exultante Gladys.

—Señorita Goodwind, no me esperaba ese comentario por su parte —bufó Richmond un tanto molesto.

—Lo lamento, no quería ser grosera y... —empezó a disculparse Gladys, pero Edna la interrumpió:

—Nada de grosera, me ha quitado las palabras de la boca —dijo con una sonrisa de orgullo que iba de oreja a oreja.

Ante aquel peculiar elogio de la gran actriz de Hollywood, Gladys sonrió sonrojándose. Grace sintió que se la llevaban los demonios al oír las palabras de las dos mujeres.

—En cualquier caso —dijo Melvin volviendo la conversación a su cauce —, sea emocionante o no, fuera o no Bernard el destinatario del veneno, lo que está claro es que uno de nosotros ha sido el asesino. A no ser...

—¿A no ser qué? —volvió a preguntar Richmond un tanto cargado por la repetición de la situación y comprobando que a Melvin le encantaba ser escuchado.

—A no ser que haya alguien más en la casa.

—No diga sandeces, estamos solos, ¿verdad, Bernard? —dijo Richmond seguro de sí mismo, sin percatarse de lo que acababa de decir hasta que Jacqueline volvió a llorar sonoramente—. ¡Oh, lo siento! La fuerza de la costumbre.

—No se preocupe, señor Richmond —respondió Jacqueline entre sollozos—, pero tiene usted razón, estamos solos, no hay nadie más en la casa aparte de los que nos encontramos ahora mismo en esta sala.

—Gracias, Jacqueline —dijo Richmond acercándose a la criada, a la que puso la mano derecha sobre el hombro.

—¿Seguro que no existe la posibilidad de que alguien se haya colado? —insistió Melvin.

—Imposible —respondió Jacqueline.

—Imposible —repitió Richmond—: una vez sube la marea, la casa queda completamente aislada.

—Bueno, puede que haya entrado antes y ahora no pueda salir... —empezó a decir Melvin antes de ser interrumpido por Kenneth.

—Por lo que podemos atraparlo antes de que se dé a la fuga.

—¡Exacto! —exclamó Melvin al comprobar que Kenneth sería el voluntario perfecto para inspeccionar la casa.

—Si es que soy un genio —dijo satisfecho el actor, haciendo que su esposa suspirara poniendo los ojos en blanco, al comprobar, una vez más, que era todo lo contrario.

—Sí, querido, un auténtico genio.

Kenneth la miró ofendido, pero enseguida pasó por alto el comentario de su mujer cuando Melvin prosiguió con su magnífica idea.

—Kenneth y yo mismo podemos salir a dar una vuelta por la mansión en busca de alguien.

—¿Qué?! —exclamó el actor al descubrirse convertido en un valiente investigador.

—¿No pretenderás salir con este tiempo? —preguntó Grace nerviosa mirando a su prometido—. Y con un asesino correteando por ahí.

—Creo que es lo que se debe hacer —respondió él con voz grave, acercándose a Grace y agarrándola por los brazos.

—Ni se te ocurra hacerlo —insistió ella.

Al ver tan conmovedora escena, Kenneth miró a su esposa con gesto interrogativo, esperando a que se comportara como Grace.

—¿Qué quieres? —fue la respuesta que recibió de su esposa.

—¿No tienes miedo de que me pase algo ahí fuera? —preguntó Kenneth adoptando la misma pose de galán que tan a la mano tenía.

—¿Eeh?... No —dijo Edna un tanto sorprendida mientras miraba a su alrededor en busca de alguien que le dijera a su marido que su comportamiento era más estúpido de lo habitual.

Todos pudieron ver como a Kenneth se le rompía un poco el corazón. Melvin lo agarró por el cuello de la americana y le dijo:

—De acuerdo, vamos.

—¿Y si no vuelves? —preguntó Grace al ver como su prometido salía por la puerta que daba al pasillo.

Melvin no respondió, pero Kenneth volvió a entrar con gesto aterrorizado antes de que la puerta se cerrara por sí sola. No llegó muy lejos, ya que Melvin regresó para agarrarlo y llevárselo de nuevo fuera de la sala.

—Si no vuelve uno de nosotros, sabréis que el asesino es el otro —respondió el guionista mientras forcejeaba con Kenneth.

—¿Y si no vuelve ninguno de los dos? —insistió Grace.

—Significará que hay un asesino suelto por la casa —replicó Melvin con dureza justo en el instante en que conseguía sacar a Kenneth de la sala, a la vez que las mujeres soltaban un grito ahogado al verse amenazadas por un misterioso y desconocido asesino.

Explorando la mansión

Cuando la puerta de la sala se cerró tras ellos, Kenneth y Melvin no pudieron evitar dar un bote hacia delante. No es que tuvieran miedo, pero la situación era poco menos que tensa y los nervios estaban a flor de piel. Podía ser que hubiera un asesino en la casa, y ellos dos iban a cazarlo... O, al menos, intentarlo. Así que tenían derecho a ponerse nerviosos y saltar al menor ruido, aunque hacía un instante que habían abandonado la calidez de la sala de estar de la mansión Richmond.

Sin embargo, seguramente si alguien los hubiera visto, les hubiera preguntado si tan tensos estaban como para abrazarse mutuamente mientras miraban alrededor en busca de alguien que ni tan siquiera tenían claro que estuviera allí.

Al sentir que lo único que les acompañaba era el silencio en la penumbra de los pasillos, sin olvidar el cadáver de Bernard, que, evidentemente, no se había movido de donde lo habían dejado unos minutos antes, se miraron el uno al otro prácticamente rozando una nariz contra la otra. De un salto se separaron, se sacudieron y alisaron sus respectivos trajes.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Kenneth cogiendo la pipa de uno de sus bolsillos y mordiendo la boquilla con nerviosismo.

Melvin se arregló la elegante pajarita que llevaba bajo la nuez del cuello y miró a su alrededor, pero no respondió.

—¿Cuál es tu brillante idea para explorar la casa?

—La verdad es que ahora que estoy aquí, no lo sé —respondió al fin el guionista.

—Menudo detective estás hecho —replicó con un bufido Kenneth.

Durante unos segundos miraron a su alrededor. El pasillo en el que estaban se extendía en ambas direcciones y se bifurcaba en otros pasillos. Así que, sin contar las decenas de puertas que podían ver desde donde estaban, la exploración, si tenía que ser minuciosa, no sería breve.

—¿Y si nos separamos? —propuso Kenneth.

—No, no, no. No podemos separarnos. No debemos separarnos.

—¿Por?

—Si hubiera un asesino escondido en la mansión y estuviera al acecho, en cuanto uno de nosotros dos se acercara, podría acabar primero con él y después con el otro —respondió Melvin—. Debemos cubrirnos las espaldas.

—¿Y si... —empezó a decir titubeante Kenneth— el asesino es uno de nosotros dos?

Melvin se volvió para mirarle directamente a los ojos, haciendo que Kenneth se pusiera nervioso imaginándose las mil y una maneras con las que el guionista podía acabar con él en ese preciso instante.

—Ha sido una reflexión lógica, pero no nos engañemos, Kenneth, no serías capaz de matar una mosca.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Melvin rio—. Soy aún más cobarde que tú, querido amigo. Soy guionista, no asesino. ¿Qué sacaría de matar a Bernard? ¿O de matarte a ti? Lo primero no tiene sentido y lo segundo sería tonto: perdería un gran actor al que le gustan mis guiones.

—Eso es cierto, eres un gran guionista.

—¿Lo ves?, no tienes de qué preocuparte —contestó Melvin—, debemos cubrirnos las espaldas e intentar averiguar si hay alguien en la casa, y de paso...

Las palabras de Melvin quedaron en el aire.

—Y de paso ¿qué?

—Pues que podríamos ver si hay alguna pista que nos sirva para saber lo que ha sucedido —concluyó Melvin sonriente.

Kenneth le devolvió la sonrisa con satisfacción; aunque no fuera Sherlock, podía convertirse en un excelente Watson.

—Empecemos.

—Ese es el ánimo —dijo Melvin.

Sin embargo, ninguno de los dos movió los pies de donde los tenía. Kenneth miró de forma interrogativa a su compañero. Melvin se rascaba el mentón en busca de algo con lo que empezar.

—¿Dónde te esconderías si fueras un asesino? —planteó al final el guionista.

Kenneth mordió con avidez la boquilla de su pipa.

—Si me estuviera escondiendo de todos los posibles testigos —dijo Melvin mientras Kenneth lo observaba atentamente—, y teniendo en cuenta el horrible tiempo que está haciendo fuera, estaría dentro de la casa. Eso seguro.

—Sí, sí, claro, claro.

—Además, lo primero que haría sería evitar los lugares más comunes de una casa en una noche de cena. Por lo que no estaría en la cocina —dijo Melvin señalando el final del pasillo—; evidentemente, tampoco estaría en la sala de estar ni en el comedor —añadió señalando la puerta por la que habían salido—. Supongo que tampoco estaría en el despacho, ni en la biblioteca, ni en los pasillos. Por lo que solo me quedan...

—¡Los dormitorios! —exclamó Kenneth emocionado, cogiendo con fuerza su pipa con la mano derecha.

—Exacto, pero no los de Richmond, ni los de invitados —siguió pensando en voz alta Melvin—. Serían los dormitorios que seguro que estarían vacíos durante la cena...

Melvin dejó el planteamiento en el aire, esperando que su improvisado escudero lo alcanzara al vuelo.

—¿Los dormitorios de los sirvientes? —dijo un tanto inseguro Kenneth.

—Ahí le has dado, Kenneth —afirmó sonriente Melvin palmeando la ancha espalda del actor—. Eres un genio.

—Sí, lo sé. Lo digo muchas veces, pero pocas me creen —dijo un tanto desanimado.

Llevado por el entusiasmo, Melvin cogió a Kenneth por los hombros y señaló el final del pasillo.

—¡A los dormitorios de los criados! —exclamó.

Kenneth lo miró de reojo sorprendido, ni que fuera Dick Tracy.

—Me parece que están en la otra dirección —dijo Kenneth señalando con el pulgar hacia atrás.

Melvin hizo una mueca y giró sobre sí mismo sin soltar al actor.

—¡A los dormitorios de los criados! —repitió guiñando un ojo a su improvisado colega.

Dicho esto, los dos detectives por una noche salieron corriendo por el pasillo haciendo que las suelas de sus zapatos traquetearan sobre el pulido suelo de parqué.

Para sorpresa de Melvin, Kenneth tenía razón. Tras recorrer el largo pasillo dejando atrás una docena de grandes y trabajadas puertas de madera maciza, llegaron al final del pasillo, donde encontraron una pequeña puertecita fina, pintada y decorada para que se confundiera con el resto de la pared.

—Debe de ser esto.

—Dudo que este sea un despacho secreto de Richmond —dijo Melvin—: no es, y seguro que no quiere ser, tan discreto.

Kenneth sonrió.

Al empujar la puertecita se descubrió ante ellos un largo y estrecho pasillo sin más luz que un resplandor al fondo.

—Tú primero —dijo Kenneth.

Sin ganas para discutir por algo tan estúpido como quién iba primero, Melvin se adentró en aquel pasadizo. Las paredes lisas y cubiertas de yeso estaban pintadas de blanco y tenían algún que otro golpe oscuro del paso y trasiego de personas, seguramente atareadas.

Sin duda, aquel pasillo era lo que estaban buscando, aunque su extraña situación los despistaba un poco, haciendo que, a esas alturas, no pudieran ubicar el norte. Seguramente aquello no estaba en la construcción original, pero Richmond lo habría querido incluir para que los criados tuvieran acceso a la casa fácilmente, a la vez que su presencia quedaba disimulada. Además, al estar en aquel peculiar islote en la costa de Malibú, era imposible que existiera un sótano en el que poner al servicio.

Tras recorrer el pasillo llegaron a una pequeña sala que hacía las funciones de recibidor, algo así como una sala común para los criados, con una mesa y unas sencillas sillas, rodeada por cinco puertas que daban acceso a las habitaciones.

—Hemos llegado.

—¿Cuál será la de Bernard? —preguntó Kenneth.

—¿Por?

—No sé, siendo el cadáver ¿no debería ser lo primero en examinar?

Melvin se quedó perplejo. Kenneth había demostrado una lucidez increíblemente sorprendente.

—Pues sí, la verdad es que sí.

Decidido, pero con sumo cuidado, Melvin abrió la primera puerta, una que estaba situada un poco más apartada de las demás. Al abrirla descubrió una escalera que subía de forma bastante empinada.

—¿Una escalera?

—Algo me dice que este es el acceso al dormitorio del chófer —dijo Melvin—. No sé exactamente dónde estamos, pero podría ser que estuviéramos encima del garaje.

Sin más, Kenneth abrió la puerta que estaba más cerca.

—Tenías razón —dijo al ver lo que había dentro—, aquí está el garaje.

Melvin se acercó y miró al interior.

—Sí, y aquí está el hueco del coche que falta, el que se ha quedado en el continente. Luego lo examinaremos, primero tenemos que dar con el dormitorio de Bernard.

—¿Pero no estábamos buscando a un asesino? —preguntó Kenneth—. ¿No deberíamos mirar en todas partes?

—Sí, sí, pero, como puedes ver —respondió Melvin señalando el garaje—, aquí no hay nadie.

—¿Y en el dormitorio del chófer?

—Oiríamos a la perfección el ruido al descender los peldaños.

Kenneth reflexionó unos segundos frunciendo el ceño, hasta que sonrió comprendiendo lo que quería decir el guionista y se tocó la nariz con complicidad.

Después de cerrar la puerta del garaje abrieron las demás, hasta que dieron con el dormitorio del difunto mayordomo.

—Debe de ser este.

—Sin duda, los otros indicaban lo contrario.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Uno olía a comida recién hecha y el otro a perfume de mujer —aclaró Melvin.

—Cierto, pero...

—El olor a comida era de la ropa de la cocinera, mientras que el perfume era el de Jacqueline... Ella misma se ha encargado de que lo percibiéramos en la sala.

Al recordar cómo Jacqueline se le había insinuado, Kenneth sonrió y enrojeció.

«Si en algún momento está fingiendo ser tan estúpido, es, sin duda, el mejor actor de todos los tiempos», pensó Melvin para sus adentros mientras entraba en la habitación de Bernard.

El lugar, si bien sencillo, era acogedor y en apariencia cómodo. Una cama, un armario, una cómoda y una butaca junto a una estantería repleta de libros.

—Se ve que Bernard era un hombre culto —indicó Kenneth señalando los libros.

Melvin dudó y se acercó a ellos para examinar los títulos. Kenneth empezó a abrir las puertas del armario y los cajones de la cómoda.

El guionista repasó los títulos y llegó a la conclusión de que Bernard no era tan culto como había deducido Kenneth. La mayoría eran novelas

populares de cinco centavos o menos, con cierta predilección por los argumentos que tiraban hacia lo erótico.

«Menudo pillín», pensó Melvin.

Además, entre aquellas pobres y delgadas ediciones manoseadas había alguna novela mejor editada con tapa dura cuyo estado hacía pensar que se trataba de un regalo que no se había disfrutado.

A medida que fue descubriendo los hábitos lectores del mayordomo, Melvin fue perdiendo interés por lo que podía ofrecerle aquella estantería hasta que descubrió el lomo de un libro sin título. Era rojo y un poco más pequeño que los demás. El guionista miró a su alrededor y vio a Kenneth enfrascado en revolver la ropa del mayordomo, así que cogió el libro.

Al tenerlo en sus manos descubrió que era una libreta con anotaciones a mano en su interior. Algo así como un diario o un libro de registros. Empezó a leer con avidez y se quedó de piedra al descubrir lo que había en su interior.

«Ese Bernard era todo un bribón», pensó mientras absorbía toda la información que era capaz de digerir.

«Aquí dice mucho más de lo que cualquiera podría imaginar y...»

—Aquí no hay nada —dijo Kenneth interrumpiendo los pensamientos de Melvin.

—A-aquí tampoco —respondió Melvin titubeante mientras se guardaba la libretita roja al lado del frasco que había cogido del chaqué de Bernard.

«Ya tengo por dónde empezar —se dijo Melvin—. Seguro que con lo que hay en este cuaderno podré saber quién es el asesino.»

—¿Vamos? —preguntó Kenneth.

—Sí, sí —respondió Melvin saliendo de la habitación, dispuesto a regresar a la sala de estar.

—¿No deberíamos registrar el resto de habitaciones del servicio? —preguntó Kenneth un poco sorprendido por la prisa de Melvin en irse.

—Claro, claro —dijo Melvin deteniéndose y caminando hacia la puerta del dormitorio del chófer.

«Ya sabes que es emocionante lo que acabas de descubrir, pero cálmate o se te verá el plumero», se dijo.

Así que, decidido a aparentar que la exploración no había terminado, Melvin acompañó a Kenneth mientras registraban con la misma avidez el resto de dormitorios, así como el garaje, en busca del asesino.

—Aquí no hay nadie —anunció un tanto desanimado Kenneth, como si esperara encontrarse un criminal con el que pelearse como había hecho en

algunas películas—. Entonces, ¿volvemos?

Por un segundo Melvin estuvo tentado de responder afirmativamente, pero sabía que debía seguir con el cuento de la exploración para que fuera creíble.

—No —contestó—, no podemos dejar de examinar nada hasta que estemos seguros de que no hay nadie más en la mansión.

Kenneth sonrió motivándose de nuevo para seguir siendo un detective privado, aunque por su manera de examinar la casa parecía más un policía camorrista.

Abandonaron los dormitorios del servicio saliendo por el mismo pasadizo por el que habían accedido, y se encontraron de nuevo en el amplio pasillo. Volvían a estar como antes: no sabían a ciencia cierta si había alguien más en la casa y no tenían ni idea de por dónde seguir. Solo Melvin parecía un tanto satisfecho gracias al pequeño pero importante descubrimiento que había hecho en la librería de Bernard.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kenneth, sintiendo que estaba viviendo un *déjà vu*.

—Es obvio —respondió Melvin mirando hacia el resto del pasillo con los brazos abiertos—, iremos entrando en todas las salas hasta que encontremos a alguien o hasta que podamos regresar con los demás.

Kenneth se encogió de hombros aceptando la idea y admitiendo que era obvia, pero algo cruzó su mente.

—¿Y si hay alguien? —preguntó.

—Pues lo detendremos.

—No me refiero a eso. Si abrimos una puerta y entramos, y, sin saberlo, se nos echa encima un asesino, ¿cómo podremos evitarlo?

Melvin observó al actor. Era sorprendente que alguien con ese impresionante físico, no solo de galán, sino también de héroe mítico, pudiera ser tan cobarde. Cansado, soltó un resoplido y se dirigió a la primera puerta que había a su derecha.

—Lo haremos así —ladró a la vez que abría la puerta de par en par y entraba en la sala como un torbellino dispuesto a embestir a cualquiera que se cruzara en su camino, provocando unos extraños ruidos al cruzar el umbral.

Kenneth lo observó hasta que desapareció en el interior de la oscura sala. No sabía si el método de Melvin había funcionado o no.

—¿Drake, estás bien? —se atrevió a preguntar en un susurro, acercándose a la puerta mientras palpaba la pared interna de la sala en busca

del interruptor de la luz, hasta que notó algo que no era la fría piedra de la pared y lo accionó de forma intuitiva.

De repente las luces se encendieron y Melvin apareció ante sus ojos. Estaba sentado del revés, con las piernas por encima del respaldo de un diván de piel en mitad de la biblioteca.

—Más o menos.

Kenneth contuvo una carcajada, y aunque el resultado había sido poco digno, el método de Melvin no había sido tan malo.

—¿A por la siguiente? —preguntó el actor.

—A por la siguiente —respondió Melvin, levantándose mientras intentaba recuperar la dignidad—. Pero esta vez lo haremos a la vez.

Kenneth asintió sin estar muy convencido de ello.

Cuando Melvin estuvo listo, los dos hombres abandonaron la biblioteca y salieron de nuevo al pasillo encarándose hacia la siguiente puerta.

—A la de tres —dijo Melvin dispuesto a adentrarse en la siguiente sala.

—Pero ¿contamos hasta tres y a la de tres entramos, o a la de cuatro? —preguntó Kenneth.

—¿Cómo? —preguntó Melvin completamente descolocado, sin comprender exactamente a qué se refería el actor.

—¿Decimos «uno, dos y tres» y entramos, o decimos «uno, dos, tres» y entramos a la de cuatro? —preguntó Kenneth intentando aclarar su planteamiento.

—Da igual.

—Pero tenemos que hacerlo a la vez.

—Sí, pero da igual.

—No, porque si tú entras a la de tres y yo a la de cuatro, tú entrarás antes.

Melvin puso los ojos en blanco y se frotó la cara con ambas manos. Por un segundo comprendió los constantes insultos que Edna dedicaba a su marido.

—No importa, pero tú escoges —decidió proponer para evitar que la discusión se extendiera.

—Vale —respondió con una amplia sonrisa de orgullo el actor—, contamos hasta tres y entramos a la de cuatro.

—De acuerdo.

Melvin abrió lentamente la puerta que tenían enfrente, rezando para que cuando entrara cargando como el séptimo de caballería no acabara empotrado y del revés en un sofá, una butaca o cualquier otro tipo de mobiliario. Pero, al

abrir, un embriagador olor a mar los envolvió, así como un suave murmullo de agua.

—¿No sientes como un olor a agua, a agua salada? —dijo Melvin.

—Puede —respondió Kenneth encogiéndose de hombros.

—Y un ruido como de agua.

—Sí —afirmó el otro frunciendo ceño.

—Tal vez es algo así como una terraza que da al mar —imaginó Melvin.

—Sí, pero no importa, tenemos que examinar la sala igualmente, sea lo que sea ¿no? —preguntó el actor.

—Sí, sí, claro —repuso Melvin palmeando la espalda de Kenneth—. Venga.

Kenneth sonrió satisfecho, se guardó la pipa en un bolsillo interno de la americana, carraspeó aclarándose la garganta y se relamió los labios dispuesto a hacer algo tan importante como contar hasta tres.

—Vamos, Kenneth, no tenemos todo el día —protestó Melvin.

—Sí, sí, ya voy. —Tosió con suavidad y con la mejor de las dicciones dijo—: Uno..., dos..., tres y... ¡ahora!

Al escuchar las palabras del actor, y siguiendo lo que tan tontamente les había costado acordar, él y Melvin entraron a la vez en la oscura sala que olía a agua de mar lanzando un profundo grito que los ayudó a armarse de valor.

Al principio sintieron como sus talones golpeaban un firme suelo de piedra, pero, tras unos pocos pasos, el suelo desapareció y ambos se sumergieron en algo húmedo, frío y salado.

—¡Mierda! —exclamó Melvin saliendo a flote. Oyó a Kenneth chapoteando tras él.

Otra vez en la sala de estar

Tras la marcha de Kenneth y Melvin, la sala de estar de la mansión Richmond permaneció en un silencio casi absoluto, solamente roto por los sollozos de Jacqueline, que se habían convertido en la tonadilla de fondo de la velada.

Richmond se quedó solo con todas las damas y, a pesar de verse cada vez más superado por la situación, su educación, así como su larga trayectoria en los negocios, le obligaron a comportarse como lo que era, un caballero. Tras unos largos minutos en los que nadie dijo absolutamente nada, el anfitrión se vio en la obligación de hablar.

—Lamento muchísimo todo lo ocurrido —empezó a decir mirando a las mujeres que le rodeaban—. Solo quería que fuera una cena para una ocasión especial, sin embargo, se ha convertido en la peor noche de nuestras vidas.

Jacqueline soltó un nuevo berrido; parecía que la muerte de Bernard la había afectado más que a los demás... En realidad, parecía ser la única afectada por ella, y no podía evitar sollozar, llorar o lanzar gritos desaforados cada vez que se hacía mención a la trágica y extraña muerte del mayordomo. Pero tras haberla visto llorar durante un buen rato, ninguno de los demás le hacía ya mucho caso.

—Tranquilo, cualquiera puede quedarse sin cena —dijo Edna despreocupadamente.

—Edna, por favor, compórtate como una persona adulta —le recriminó Grace.

—Lo mismo podría decirte, querida Grace, y quítate esa boina —replicó Edna.

Al escuchar la puya de Edna, Grace frunció los labios enfurruñada y agarró con fuerza su boina con ambas manos.

—Edna, de verdad, no es el momento para ser una cínica —intervino Richmond, sintiendo que uno de sus papeles de la noche era el de pacificador.

—Está bien, está bien —respondió la actriz—. De todas formas, no debes preocuparte por ello, no es tu culpa, Charles.

Richmond se encogió de hombros sin estar del todo convencido, ya que si bien creía que no era su culpa que alguien hubiera matado a Bernard, no podía dejar de pensar que había sucedido en su cena, en su mansión y ante sus ojos.

—Por extraño que parezca, en eso estoy de acuerdo —dijo Grace relajándose y soltando la boina—: no debe hacerse responsable de ello; su idea para esta velada era completamente distinta a la que estamos teniendo.

—Su idea, y la de todos los demás —apuntó con ironía Edna.

Grace no insistió más en el tema, aunque lanzó una dura mirada de odio a la actriz.

—Además, todo se solucionará. El señor Drake parece saber muy bien lo que hace —afirmó Gladys.

—En mi opinión, demasiado bien —dijo Edna.

—¿Qué insinúas, Edna? —preguntó Grace

—¿No está suficientemente claro? —preguntó la actriz como si fuera una obviedad para los demás—. Puede que ese papel de detective de novela que está interpretando tu prometido tenga que ver con que está involucrado en la muerte de Bernard.

—¿¿Qué?! ¿Cómo osas acusar a Melvin de asesinato? Si se comporta de ese modo es porque...

—No me lo digas —dijo Edna interrumpiendo a Grace—: se documentó para algún guion.

Grace no respondió, simplemente le dedicó una falsa y forzada sonrisa a Edna.

—Señoritas, cálmense —dijo Richmond, viéndose obligado una vez más a intervenir—. Estoy seguro de que Drake no es un asesino, al igual que ninguno de nosotros. Seguro que la explicación será mucho más sencilla de lo que cualquiera podamos imaginar.

Ninguna de sus invitadas respondió. Gladys miraba la puerta por la que se habían ido Melvin y Kenneth con una entusiasta sonrisa de expectación: estaba disfrutando de aquella situación que la había llevado al interior de los libros que tanto le gustaba leer. Edna y Grace seguían dedicándose miradas de desaprobación, como si estuvieran manteniendo un duelo con los ojos, a ver cuál de las dos podía mantener la mirada fija en la otra más tiempo. Mientras que Jacqueline, cuya sonrojada cara y los ojos completamente rojos dejaban claro que hacía mucho rato que lloraba sin poder parar, no dejaba de mirar adonde no hacía mucho rato habían hallado el cadáver de Bernard.

—Lo mejor será tomar algo un poco fuerte y calmarnos —prosiguió Richmond levantándose y dirigiéndose al desvalijado mueble-bar—. Mañana será otro día y la policía se hará cargo de todo.

Por un segundo pareció que las palabras del señor Richmond habían calmado los ánimos de las presentes, pero fue algo que duró muy poco. A través de la puerta por la que Kenneth y Melvin habían abandonado la sala, se oyó el alarido de dos hombres antes de perderse y fundirse en el silencio, como si hubieran caído en un abismo.

—¿Melvin? —susurró Grace con voz preocupada a la vez que se abrazaba a sí misma y miraba hacia la puerta.

Los demás hicieron lo mismo, a excepción de Gladys, que dirigió la mirada a su compañera de reparto.

—¿Qué? —preguntó en un ladrido Edna.

—¿No se preocupa por su marido?

—No, ¿por qué? —respondió Edna encogiéndose de hombros, antes de añadir—: ya es mayorcito.

Antes de que la joven actriz pudiera empezar a curiosear en la extraña relación que existía entre Edna y Kenneth, la puerta de la sala se abrió de par en par. Al otro lado, dos hombres, los mismos que habían salido por ella unos minutos antes, aparecieron de pie, el uno junto al otro, con cara de pocos amigos y completamente empapados de pies a cabeza.

—¿Han encontrado a alguien? —preguntó Richmond acercándose a ellos.

—¿Se puede saber qué os ha pasado? —preguntó Grace preocupada.

Ninguno de los dos respondió. Melvin permaneció en el umbral de la puerta sin saber qué hacer. Kenneth cruzó la sala a grandes zancadas para devorar los escasos canapés que aún quedaban.

—Estaba preocupada cuando os he oído gritar; ¿qué ha sucedido? —insistió Grace mirando a su prometido.

—Nada importante: hemos puesto el pie donde no debíamos —respondió Kenneth entre bocado y bocado.

—Melvin, ¿qué os ha pasado? —volvió a preguntar en un tono más severo su prometida.

Al ver la insistencia de Grace, Melvin se vio obligado a responder, pero lo único que consiguió articular fue un murmullo avergonzado.

—Más alto, que no te oigo —replicó Grace.

Entonces, sin levantar la cabeza, completamente avergonzado, Melvin respondió:

—No sabíamos que había una piscina interior y, al entrar de golpe y a oscuras, hemos caído dentro.

Inmediatamente después de las palabras de Melvin todo el mundo guardó silencio, todos excepto Edna, que no pudo contener una carcajada antes de empezar a reírse descontroladamente.

Los otros, al principio, no se sumaron, pero poco a poco los demás fueron riéndose. Melvin y Kenneth, los dos detectives improvisados de aquella noche, se morían de vergüenza.

Nadie que hubiera escuchado el escándalo de aquellas risas se hubiera podido imaginar que, un rato antes, un hombre había perdido la vida.

—Resuelto el enigma de por qué habéis gritado —empezó a decir Richmond mientras dejaba de estar colorado por las risas y recuperaba la compostura—, ¿habéis encontrado a alguien?

—Ni un alma —respondió Kenneth.

—Absolutamente nadie —aseveró Melvin.

—Ya se lo dije, Drake, estamos solos —contestó Richmond.

Melvin se encogió de hombros, dándole la razón a su jefe.

—Entonces la cosa está clara: tenemos un cadáver, un crimen y, por lo tanto, un asesino, que, inevitablemente, es uno de nosotros —intervino Gladys pensando en voz alta.

—Sí, claro, así es —respondió Melvin.

—Entonces —dijo Grace titubeante, levantándose y acercándose a su prometido sin dejar de mirar a los demás—, ¿pasaremos la noche con un asesino?

—¿Y sin comida? —preguntó Kenneth mostrando la reluciente y vacía bandeja de canapés.

—¿Y completamente aislados? —añadió Edna.

—Simple y llanamente, sí —respondió Melvin—. Y, en ese caso, lo mejor será que ninguno salga de esta sala. Si el asesino es uno de nosotros y no nos separamos, no podrá actuar.

—¿Por qué debería actuar? —preguntó curioso Richmond.

—Pues porque todos somos testigos de su crimen. Así que de aquí no salimos —explicó Melvin.

—¿Y si queremos ir al baño? —preguntó con inocencia Gladys.

—Iremos en grupo.

—Pues menudo plan —protestó Edna—. Como he dicho antes, nada puede ir a peor.

—Por favor, no llame al mal tiempo —le reprochó Richmond preocupado.

Y casi como si el dios de las tormentas hubiera sido invocado por las palabras del anfitrión, un rayo resplandeció a través de las ventanas e, inmediatamente después, un trueno hizo temblar los cristales e incluso las paredes de la mansión. A diferencia de cuando había muerto Bernard, en esta ocasión no se fue la luz, aunque había sido suficiente para que todos los presentes se quedaran envarados esperando lo peor: que otro de ellos apareciera muerto en mitad de la sala. Por suerte, no fue así.

Al comprobarlo, todos lanzaron un suspiro de alivio, aunque fue más un acto reflejo que un alivio real, ya que el ambiente seguía siendo muy tenso.

—¡Quien haya sido que lo diga ahora mismo! —dijo Edna como si fuera una orden.

—Edna, por favor, no seas así —le reprochó Richmond.

—Lo siento, pero no lo soporto más —respondió ella—. Quiero saber quién se ha cargado al maldito mayordomo; personalmente no me importa, simplemente quiero saber de quién me tengo que guardar las espaldas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Richmond.

—Y tan en serio —contestó la actriz—; al fin y al cabo, solo era un mayordomo, nada más...

Un berrido de Jacqueline interrumpió a Edna, pero esta, nerviosa como estaba, no dudó ni un segundo en continuar:

—Lo siento, querida, pero a nadie le va a preocupar la muerte de un sirviente.

—¡Por Dios, Edna, compórtate! —exclamó Richmond.

—¿Y quién me va a obligar?

—Tu esposo, por ejemplo —respondió el productor.

—¿Kenneth? ¡Ja, déjame que me ría!

—Kenneth, ¿es que no puedes controlar a tu esposa? —preguntó Richmond.

—Eso, Kenneth, ¿no puedes controlarme? —repitió Edna con sorna a la vez que se levantaba y se encaraba con su marido de una forma muy poco apropiada, sobre todo para una gran actriz como ella.

Después de ver que su marido ni la controlaba ni le respondía, empezó a mirar a los demás de la misma forma, como si intentara sonsacar una confesión con tan solo el poder de sus ojos, que, por muy bonitos que fueran, no eran más que eso: ojos.

—Estoy harta —ladró en una exclamación—, no quería venir y aquí estoy, y encima alguien se ha cargado al mayordomo. Al menos que confiese, que no se preocupe, yo no diré absolutamente...

La llorera de Jacqueline fue súbitamente interrumpida cuando Grace se acercó a ella sin que nadie se diera cuenta y le soltó una sonora y contundente bofetada.

—Deja de hacer la estúpida, engreída energúmena.

La sorprendente acción de Grace no solo calló a Jacqueline, sino también a todos los demás, que miraron perplejos cómo regresaba a su asiento, al lado de su prometido. Este, sin saber exactamente qué había ocurrido, la observó con una expresión que estaba a mitad de camino entre el orgullo y el miedo.

Tras unos segundos en los que nadie se atrevió a decir absolutamente nada, Melvin se aclaró la garganta y volvió a tomar las riendas de la situación, aunque aquella situación no era un caballo salvaje y desbocado.

—Bien, aunque pueda parecer un tanto estúpida la manera como lo ha expresado, creo que Edna tiene parte de razón.

Nadie dijo nada, seguían en silencio, pero lo escuchaban atentamente y lo interrogaban con la mirada a la espera de que se explicase, y así lo hizo.

—Se puede decir que faltan unas ocho horas para que amanezca —dijo mirando el reloj que había extraído del bolsillo de su chaleco—, y algunas más para que baje la marea y podamos pedir ayuda, así que tampoco resulta tan absurdo el hecho de intentar averiguar por nosotros mismos quién ha sido el culpable.

—¿Y quién va a investigarlo?, ¿tú? —preguntó Edna frotándose la mejilla con la mano.

—Por ejemplo.

—¿Y cómo sabemos que no has sido tú y ahora tratas de esconder tu crimen investigando en otra dirección? —siguió interrogándolo Edna.

—En eso tiene razón, Melvin —dijo Grace apoyando las palabras de Edna.

—Gracias por tu apoyo, querida —contestó él con ironía.

Sin embargo, ninguno de los demás le dio mayor apoyo que su prometida; tan solo Kenneth le miró levantando los pulgares de ambas manos. Todos lo miraban esperando a que se justificase como detective improvisado.

—Bien —dijo al final el guionista, viendo que no tenía más opción que explicarse—, en primer lugar, no conocía a la víctima hasta esta misma noche, y aunque una persona te cause una muy mala primera impresión, no es motivo

suficiente como para acabar con su vida. En segundo lugar, aunque sea yo, por mucho que quiera, es evidente que el culpable es alguien de esta sala, por lo que es casi imposible no dirigir la acusación hacia alguien sin que tenga una explicación que lo exculpe. Y, en tercer lugar...

—Espera, espera, no me lo digas —lo interrumpió Edna—: te documentaste para una historia de policías.

—Casi: de detectives privados —contestó Melvin, haciendo que Edna soltara un resoplido—. Así que, a menos que haya algún voluntario para ocupar el lugar de detective, y si el señor Richmond, como anfitrión, me lo permite, intentaré esclarecer lo que ha sucedido aquí esta misma noche.

Habiendo dicho esto, Melvin miró a los demás, esperando que le dieran la aprobación. Pero justo cuando parecía que sería el detective de aquella noche, el que había sido su ayudante fuera de la sala, Kenneth, alzó la mano e intervino:

—Bueno, creo que yo también podría...

—Kenneth, lo mejor será que te calles —cortó Richmond; después se dirigió a Melvin—: Drake, adelante, a ver si es tan buen detective como guionista.

—Gracias, señor Richmond —respondió Melvin. Kenneth se sentó desanimado.

Todos volvieron a volcar las miradas en Melvin, que permaneció en silencio mientras se paseaba por la sala dando grandes zancadas como Groucho Marx.

—Repasemos —anunció deteniéndose de repente—. Todos estábamos rodeando esta mesa —dijo acercándose y tocando la mesa de los aperitivos—, comiendo como si no hubiera mañana.

Los demás asintieron.

—Sin embargo —prosiguió Melvin—, no era así del todo: había uno que estaba lejos de la mesa, sentado en una de esas sillas —añadió señalando las sillas situadas alrededor de la mesa de juegos—. ¿No es así, señor Richmond?

Al escuchar la pregunta, todos dirigieron la mirada hacia el productor, que, inevitablemente, se sintió acusado por todos los presentes.

—¿Qué insinúas, Drake? —preguntó ofendido Richmond.

—Algo tan sencillo como que usted no estaba junto a los demás —respondió Melvin encogiéndose de hombros con una sonrisa.

—Y así es. Jacqueline me había traído un plato y una copa, algo que a nadie se le ocurrió hacer, ni tan siquiera al desafortunado Bernard —se

justificó el productor.

Cuando Jacqueline escuchó el nombre del mayordomo continuó la llantina, haciendo que todos suspiraran cansados por el espectáculo de la criada. Incluso Gladys y Grace, que habían sido las que más atención le habían prestado, se dedicaron sendas miradas de agotamiento.

—Así que era el único que no estaba alrededor de la mesa cuando se fue la luz, y, por lo tanto, el único que, supuestamente, no tuvo la oportunidad de introducir el veneno en la copa de Bernard —dedujo Melvin.

—Así es —dijo asintiendo Richmond.

—Sin embargo, hay una cosa que sigo sin entender —prosiguió el guionista mientras emprendía de nuevo la marcha por la sala—. ¿Por qué, cuando la luz volvió a encenderse, Bernard estaba en mitad de la sala, en lugar de estar junto a la mesa de la comida?

Los demás, que no habían dejado de observarlo y escucharlo, se encogieron de hombros sin saber qué responder y sin que nadie pudiera contribuir a resolver el misterio.

—Cuando se va la luz, la reacción más común es permanecer quieto hasta estar seguro de que no hay peligro —reflexionó Melvin mientras daba unos pasos desde la mesa hasta el lugar donde habían encontrado el cadáver de Bernard—. Entonces, ¿por qué estaba aquí?

—¿Tan relevante es dónde cayó muerto? —preguntó Edna.

—Relevante, puede que no, interesante, sí.

—¿Por? Si se puede saber... —insistió la actriz.

—Muy sencillo: porque eso querría decir que el asesino sabía de sobra dónde estaba Bernard para verter el veneno en su copa —explicó Melvin.

—¿Y no lo pudo hacer antes del apagón? —preguntó Gladys.

—Posiblemente, pero alguno de nosotros hubiera visto algo raro, o incluso coger la copa equivocada y tomar lo envenenado —contestó Melvin rascándose la sien con el dedo índice.

—Puede —afirmó Gladys.

—Otro detalle que me escama es que si bien alguien vertió el veneno, ese veneno debería estar en algún frasco o algún contenedor por el estilo. Pero nadie vio a nadie trasteando con un objeto de ese tipo, ¿cierto? —dijo Melvin lanzando la pregunta al aire.

Los demás asintieron con claridad.

—Bueno, si yo fuera el asesino, intentaría ocultarlo —intervino Kenneth haciendo evidente que su cabeza estaba realizando un gran esfuerzo para llegar

a esa conclusión—, por lo que...

—¿Por lo qué? —preguntó Melvin esperando a que Kenneth diera la respuesta por sí mismo.

—Venga, querido, no es tan complicado —lo atosigó su esposa.

Kenneth se frotó las sienes con fuerza, muy presionado por el esfuerzo mental que estaba haciendo.

—Por lo que aún lo llevaría encima —afirmó al final, haciendo que Edna aplaudiera con mofa.

—Exacto —dijo Melvin palmeando la espalda del actor para darle ánimo—. Así que, si sois tan amables, deberíamos ver lo que tenemos en nuestros bolsos y bolsillos.

A pesar de que algunos, como Edna y Richmond, eran reticentes a ver su privacidad violada de esa forma, todos empezaron a dejar lo que llevaban encima de la superficie plana más cercana que tenían: la mesa vacía de canapés o la de juego. Como si lo hubiera hecho toda la vida, Melvin fue acercándose para observar lo que los demás dejaban a la vista. Sobre las mesitas había relojes, monederos, pequeños espejos y maquillaje, llaves y todo lo que habitualmente lleva una persona en los bolsillos.

Tras un rato observándolo y examinándolo todo para que no se le escapara ningún detalle, Melvin anunció:

— Bueno, parece que nadie tiene algo por el estilo y...

—No tan rápido, detective; y tus bolsillos ¿qué? —lo interrumpió Edna.

Melvin sonrió y empezó a vaciar sus bolsillos para contentar a los demás, aunque con sumo cuidado de no revelar el frasco y el cuadernillo rojo, ocultos en el interior de su americana. Tras dejar el reloj, la cartera y las llaves sobre la mesa, volteó del revés todos sus bolsillos, prosiguiendo en su explicación:

—Como decía, nadie tiene un frasco de veneno ni lo veo tirado por el suelo de la sala.

—Alguien podría haberlo tirado en algún lugar de la casa, ¿no? —preguntó Gladys.

—Cierto, pero nadie ha abandonado la sala.

—Eso no es cierto, querido: Kenneth y tú lo habéis hecho, y el señor Richmond también, cuando habéis sacado el cuerpo de Bernard —contestó Grace.

—Cuando hemos sacado el cuerpo de Bernard, ninguno de los tres ha tenido tiempo material para deshacerse del veneno —respondió Melvin

sonriendo al verse de nuevo acusado.

—¿Y cuando habéis ido a inspeccionar el resto de la casa? —insistió su prometida.

—Cuando quieres eres un encanto —le dijo sonriendo con burla—. Pero no nos hemos separado, y yo no he visto que Kenneth se deshiciera de nada por el estilo. ¿Y tú, Kenneth, me has visto a mí comportándome de forma extraña?

—No, no nos hemos separado y no he visto que hiciera nada raro —respondió el actor.

—Salvo cuando os habéis caído a la piscina, ¿no? —intervino Edna con sorna.

Al recordarlo, todos tuvieron que controlar una risilla que pretendía escaparse. Kenneth y Melvin fruncieron el ceño avergonzados.

—Bueno —dijo Melvin queriendo cambiar de tema para regresar al asesinato—, en ese caso, supongamos que nadie ha vertido veneno en la copa de Bernard, nadie se ha deshecho de un frasco de veneno, y Bernard ha decidido moverse en la oscuridad porque sí. ¿Estamos todos de acuerdo? —Los demás no supieron si asentir o no—. Por lo que ahora mismo no tenemos ni arma del crimen, ni oportunidad, ni explicación por el lugar de la muerte de la víctima —concluyó Melvin siguiendo las deducciones a las que había llegado con la escasa ayuda de los demás.

Un tanto frustrado por la conclusión anterior, Melvin empezó a pasear de nuevo por la sala, molesto por haber descartado de un plumazo los clásicos elementos de una investigación de este tipo. Sin embargo, aún tenía un as en la manga...: la libretita roja.

Se detuvo en seco, dudando por un segundo si utilizar aquella baza o no, pero acababa de comprobar que la verdad no saldría a la luz tan fácilmente, así que debía seguir apretando las cuerdas, y qué mejor modo que aprovechando lo que había escrito Bernard en aquella libretita.

—Sin embargo —anunció Melvin con un chorro de voz, alzando el índice de su mano derecha—, todavía nos queda algo a lo que podemos recurrir para descubrir quién acabó con la vida de Bernard...: ¡el motivo! —Los demás lo observaron atentos para ver cuál era el siguiente paso del guionista convertido en detective—. Aunque parezca mentira, todos los presentes teníamos motivos para desear acabar con la vida del mayordomo del señor Richmond, incluido un servidor —reveló a los demás.

—Esto empieza a ponerse interesante —dijo Edna.

Sin embargo, la actriz había cometido un error, ya que al oír sus palabras, Melvin sonrió complacido y la miró mientras se acercaba a ella.

—Cierto, Edna, muy interesante, sobre todo para ti, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—A que ahora ya no tendrás por qué preocuparte de que nadie te haga chantaje, como lo hacía Bernard, ¿no es así?

Edna dio un respingo tenso, casi ofendiéndose, admitiendo con el gesto que Melvin no iba muy desencaminado.

—No te entiendo, no sé de qué me estás hablando —dijo intentando sonar distante.

—De algo muy evidente, pero que al mismo tiempo muchos ocultan —Melvin hizo una pausa dramática antes de añadir—: de tu matrimonio con Kenneth.

—¡Oh, por Dios! No sea tan simple, Drake, todos saben que el matrimonio de estos dos fue un montaje del estudio. Edna ni tan siquiera se cambió el apellido —puntualizó Richmond.

—Eso es cierto, ¿por qué no lo has hecho nunca? —le preguntó Kenneth a su esposa.

—Cierra el pico, Kenneth —ladró Richmond. El silencio de Edna sorprendió a todos los demás, que hasta entonces la habían escuchado meterse de forma continua con su marido. Edna estaba nerviosa.

—Si me permite, señor Richmond —contestó Melvin—, tiene razón en ese detalle, pero no me refiero al secreto a voces que Edna se encarga de demostrar con su comportamiento constantemente. Me refiero al otro secreto.

—¿Qué otro secreto? —se atrevió a preguntar Edna.

—Que, en realidad, a pesar de que constantemente ridiculizas a tu esposo, lo amas con locura, y que ahora mismo estás haciendo lo imposible para tener un hijo, ¿me equivoco?

Edna no respondió; a duras penas pudo tragar saliva, cada vez más nerviosa.

—¿Y eso qué importancia tiene? —preguntó Richmond.

—Pues que tanto Edna como Kenneth obtienen unos jugosos ingresos derivados de la prensa que gira alrededor de sus constantes infidelidades y sus romances secretos. Si en realidad fueran una familia feliz, ¿qué les reportaría? —planteó Melvin con una sonrisa al haber conseguido, aparentemente, dar un paso en la investigación.

—¿Co-cómo lo...? —intentó preguntar la actriz.

—¿Que cómo lo sé? Muy sencillo: nuestro querido mayordomo tenía bien apuntados los chismorreos más jugosos en este cuaderno —dijo revelando el pequeño cuadernillo rojo que había cogido en el dormitorio del mayordomo—, con el que hacía chantaje a todos los implicados.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Edna señalando el cuadernillo que Melvin sostenía en su mano.

—Mientras intentaba averiguar con Kenneth si había alguien más en esta mansión, he encontrado esta libretita acusadora en una de las estanterías del dormitorio de Bernard —explicó Melvin mientras la hojeaba—. Y, por lo que parece, Bernard pretendía cubrirse las espaldas de todos y cada uno de nosotros y del resto de empleados del estudio. —Con una sonrisa que parecía traslucir envidia, añadió—: Lo que se dice un tipo con recursos.

Después de que Melvin hubiera revelado el origen de la libreta, el señor Richmond se levantó de un salto y se la arrebató de las manos.

—No me lo puedo creer —dijo el productor mientras repasaba la libreta página a página sin dejarse ninguna palabra de lo que allí había escrito el difunto mayordomo.

Melvin, que había adoptado la actitud de Holmes o Poirot, no dudó un instante en arrebatarse el cuadernillo de nuevo.

—Pues créalo —dijo un tanto ofendido por la interrupción de Richmond.

Mientras la libretita había cambiado de nuevo de manos, los demás, al saber que en ese pequeño objeto estaban los secretos más jugosos de todos, no podían evitar morirse de ganas por echarle un ojo. No solo para descubrir los de los demás, sino para saber si había algo sobre ellos.

Sin embargo, de entre todos los presentes, hubo uno que no le había prestado demasiada atención al cuadernillo. Kenneth seguía absorto, pensando aún en lo que Melvin había revelado de su esposa.

—Así que, en realidad..., me amas —dijo con tono inocente.

Edna lo observó. Tal vez sí sabía qué decir, pero no cómo actuar. Además, Melvin intervino antes de que pudiera abrir la boca.

—Muy oportuno, Kenneth. Porque resulta que, a pesar de tu aspecto de bobalicón, según esta libretita en realidad eres una lumbrera.

Al escucharlo, la agradable expresión de niño grande de Kenneth fue sustituida por una inteligente mirada con la que agujereó a Melvin mientras se acercaba a su esposa, a la que abrazó con ternura.

Melvin no se sintió intimidado y prosiguió:

—Tras el seudónimo de Kenneth Wilcox se esconde Lawrence Freeman, primero de su promoción en ingeniería, diploma *cum laude* en estudios avanzados de mecánica y uno de los hombres con más patentes del Medio-Oeste. ¿No es así?

Kenneth siguió observándolo con cara de póker; ni afirmó ni negó nada de lo que acababa de decir el guionista.

—Un hombre lo suficientemente listo como para hacerse pasar por estúpido y, aprovechándose de su físico, convertirse en un muy bien remunerado galán de los Estudios Richmond —concluyó Melvin.

Al descubrir la noticia, el señor Richmond se tapó la boca con la mano derecha para evitar lanzar un grito de frustración, mientras que la izquierda, convertida en un puño, se tornaba blanca de tanto apretarla.

—Todo este tiempo... ¿me habéis engañado? —preguntó el productor.

Kenneth y Edna no dijeron nada, guardaron el más absoluto de los silencios, aunque inevitablemente con ello admitían que aquello era verdad.

—Ya sabía yo que eráis buenos actores; tendremos que renegociar vuestros contratos —dijo Richmond—. Lo que no sé es si a la baja o al alza.

A pesar de que no respondieron a las palabras de Richmond, Kenneth y Edna no pudieron mirar de nuevo a Melvin, demostrando que tras esas caras bonitas había un cerebro que podía competir con el del guionista.

—Si eres tan buen detective, nos podrías contar cuál es tu supuesto motivo para acabar con Bernard —dijo Kenneth con seriedad.

—Exacto: ¿qué ocultas tras toda esta pantomima de detective? —preguntó Edna con una sonrisa de superioridad.

Ante aquella acusación, cualquiera hubiera podido temblar; sin embargo, Melvin sonrió una vez más: él sabía algo que los demás desconocían.

—No os preocupéis por ello, es algo que tengo en cuenta —respondió el guionista abriendo de nuevo la libretita de Bernard—. Ahora mismo os lo leo: «Según he podido descubrir en mi última visita al estudio, el gran guionista Melvin Drake...».

—¿Lo de *gran* lo has añadido, no? —le preguntó su prometida interrumpiendo la lectura.

—No, no, mira, aquí lo pone —respondió Melvin satisfecho, acercándose a Grace y mostrándole lo que había escrito en la libreta.

—Muy bien, querido, un mayordomo te cataloga como gran guionista —dijo Grace sin darle mucha importancia.

—De aquí a los Óscar, Melvin —añadió Edna con ironía.

Melvin prosiguió sin hacer caso a las puyas:

—Como iba leyendo: «... el gran guionista Melvin Drake, al que el señor Richmond está confiando los últimos grandes proyectos del estudio, y algunos otros que el autor desconoce, saca provecho de esto escribiendo de tapado algunas películas para otros estudios».

—¿Eso es cierto? —preguntó Richmond.

—Sí, nunca lo hubiera confesado ante usted, pero entre estar acusado de asesinato por chantaje y ser despedido, prefiero ser despedido —contestó Melvin sin reparos, encogiéndose de hombros.

Durante unos segundos, Richmond lo observó con suspicacia, hasta que dijo:

—Dígame qué películas y veremos si lo mantengo en nómina.

—*Terror en el bosque, Más allá de la oscuridad, El miedo vino del pantano, La última campanada de Notre Dame...*

Richmond alzó la palma de la mano para obligar a Melvin a que dejara de mencionar títulos de películas que a él le sonaban a chino, y eso que chapurreaba el mandarín.

—¿Alguna buena? —le preguntó el productor.

—No, la verdad es que no —respondió Melvin—: con la excusa de ser su guionista, les endoso auténticas porquerías que escribo en un fin de semana a precio de oro.

—Y menudas basuras —apuntó Grace.

—Así que, aunque mintiéndome, sigue siendo leal al estudio —dijo Richmond.

—Como el que más.

—Vale, vale, puede seguir haciéndolo —aceptó el productor—, pero si me da un quince por ciento.

—El diez —rebatió Melvin.

Richmond perforó con la mirada a su guionista, pero sabía que el trabajo de ese hombre merecía la pena.

—De acuerdo, el diez.

—Por escrito —añadió el guionista.

—Está hecho un lince, ¿eh, Drake?

Melvin sonrió al escuchar el supuesto halago de su jefe.

—Está bien, cuando salgamos de aquí lo redactamos —concluyó Richmond. Melvin se acercó para darle la mano.

—Trato hecho —dijo satisfecho Melvin.

—¿Hola? Os recuerdo que estamos aquí esperando saber quién de nosotros ha acabado con el mayordomo —intervino Edna completamente sorprendida, levantándose para hacerse notar.

—¿Es que acaso ahora te importa? —le reprochó Grace.

—No más que antes, pero me gustaría poder acabar con esta historia antes de que pueda llegar la policía.

—Vamos, Drake, siga, siga, dígame quién más me está mintiendo —ironizó Richmond.

—Sí, por favor, Melvin, ilumínanos —añadió la actriz con sorna.

Con la intención de reconducir la situación hacia la inexplicable muerte de Bernard, Melvin empezó a pasearse de nuevo por la sala.

—De momento tenemos a un tonto que es una lumbrera, a unos esposos que se odian pero que en realidad se aman con locura, a un guionista que saca provecho de su contrato con el estudio, a una diseñadora de vestuario que realquila los vestidos del estudio por su cuenta...

—¡Melvin! Eso era un secreto entre nosotros dos —lo interrumpió su prometida al verse acusada.

—Lo sé, lo sé —respondió él encogiéndose de hombros—, pero es lo que dice en esta libretita, aunque aquí también...

La bomba ya había sido lanzada. Con una sonrisa maliciosa, Edna se relamió los labios para atacar a Grace.

—Así que, pudiendo cogerte lo que te venga en gana del estudio, sigues encasquetándote esas estúpidas boinas —soltó cargando cada palabra con todo el veneno que su lengua pudo lanzar.

Al oírla, Grace la observó con odio y, sin dudarle un segundo, se abalanzó sobre la actriz llena de furia homicida... Aunque, si le hubieran preguntado, no la suficiente como para matar a un mayordomo, por supuesto.

Cuando Grace atacó, todos se apartaron, y solo Richmond intentó separarlas para que aquello no llegara a mayores.

—Señoritas, ¡por favor! —exclamó entre los gritos de las dos mujeres, que le estaban arañando y golpeando. Mirando a Kenneth y Melvin, añadió—: Hagan el favor de ayudarme ustedes dos.

Aunque probaron a separarlas, las dos mujeres estaban enzarzadas de una forma imposible, lanzándose todo tipo de improperios, bofetadas y tirones de cabello.

—¡Serás desagradable! —chilló Grace.

—¡Eso, tú y tus modelitos, hortera! —ladró Edna.

—¿Hortera? Y eso me lo dice la persona que lleva los modelitos con menos estilo que las putas.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Edna deteniéndose.

Grace enseguida lo comprendió: había metido la pata hasta el fondo y prefirió callar y separarse de la actriz.

—¡Has metido la pata! ¿Verdad, Melvin? —exclamó Edna satisfecha señalándola como una niña pequeña; solo le faltó sacarle la lengua.

—Melvin, no se te ocurra abrir la boca —dijo Grace a su prometido en tono amenazante.

—Lo siento, querida, pero lo mejor es seguir con las revelaciones —contestó el guionista encogiéndose de hombros.

Grace lo miró hinchando la nariz y apretando los labios con una furiosa mirada.

—Por lo que parece —dijo Melvin prosiguiendo con la historia de Grace —, Bernard descubrió que mi encantadora prometida se dedicaba a alquilar los vestidos a espectáculos de variedades y a prostitutas por módicos precios, dejando escoger cualquier prenda de los estudios.

—¿Me estás diciendo que me he puesto la misma ropa que una puta? —preguntó alarmada Edna—. ¡La habrás lavado, al menos!

Grace no le respondió, solo le dedicó una maliciosa sonrisa de venganza.

—¡Serás guarra! —espetó la actriz al suponer que no lo había hecho.

—Al menos ellas saben combinar mejor los colores —replicó Grace.

Como si de polos opuestos de un imán se tratara, las dos mujeres se lanzaron la una encima de la otra con la intención de pelearse de nuevo. Por suerte, esta vez sus respectivas parejas las atraparon antes de que llegaran a tocarse.

—¡Furcia! —exclamó Grace.

—¡Mal follada! —contestó Edna, que, sin que Kenneth pudiera evitarlo, se escurrió de sus brazos y volvió a lanzarse sobre Grace. En lugar de golpearla o abofetearla, decidió atacar donde supuso que más le dolería: de un tirón le quitó la boina.

En ese preciso instante, en el que la cabeza de Grace quedó al descubierto y Edna sostenía su boina, pareció como si el tiempo se detuviera en aquel pequeño lugar del mundo. Todos se quedaron perplejos al descubrir lo que Grace escondía siempre bajo sus peculiares sombreros, mientras ella intentaba taparse por todos los medios.

—¡Calva! ¡Eres calva! —empezó a burlarse Edna mientras bailoteaba alrededor de Grace.

Ninguno de los demás podía acabar de creérselo: la joven y atractiva Grace Pennington era calva, solo tenía algún que otro cabello rubio que asomaba fuera de la boina creando la ilusión de que, en realidad, tenía pelo.

—Ahora lo entiendo: por eso vas siempre con la boina, incluso en interior —reflexionó Melvin en voz alta. Edna no dejaba de reírse y burlarse de su prometida.

—Por favor, Edna, respeta un poco a Grace —dijo Kenneth cogiendo a su esposa por los brazos—. Mi abuela también era calva y...

—¡Calva como una abuela! —exclamó Edna interrumpiendo a su marido.

Completamente avergonzada y sin nada más que ocultar, Grace se acercó a Edna hecha una furia y le soltó una bofetada. Tan fuerte fue el golpe que la actriz trastabilló hacia atrás, cayendo de espaldas sobre el sofá que había ocupado gran parte de la noche. Aturdida por el golpe, Edna dejó caer la boina, que rápidamente fue recuperada por su propietaria, quien volvió a encasquetársela aún más que antes.

—Querida, no te preocupes, sigues siendo la más bella de...

—Cierra el pico, Melvin —gruñó Grace, interrumpiendo las halagadoras palabras de su prometido.

—¿Y ahora qué he hecho yo?

—Tú y tus malditos juegucitos de detectives. Ahora por tu culpa todos sabrán que soy calva, seré la comidilla del estudio...

—O peor aún, de la ciudad. Y más cuando sepan que te codeas con las mujeres de la calle —se burló Edna interrumpiendo a Grace, ya que, a pesar del golpe, seguía con el oído bien atento. Mirando a Melvin le preguntó—: ¿Estás seguro de que no es una de ellas?

Grace miró con resentimiento a su ya declarada enemiga.

—Sí, lo estoy —respondió convencido el guionista—. Por lo que se refiere a su problema capilar, en realidad, es algo que alguien ya sabía —concluyó sosteniendo en alto el cuadernillo rojo.

—¿¿Qué?! —exclamó Grace.

—Es lo que quería decir antes de vuestra pequeña discusión. Resulta que no sé cómo, pero Bernard también sabía lo de tu alopecia.

Grace se cogió la boina con fuerza, como si con aquello pudiera evitar las habladurías.

—Muy bien, ahora lo sabemos todos, podemos cambiar de tema, ya no tengo nada más que esconder.

—Pues prosigamos y...

Pero Grace todavía no había terminado con su prometido. Se acercó a él con rapidez y lo agarró con fuerza por la pajarita, haciendo que le costara respirar.

—¡Ah! Y, por cierto, Melvin: vuelve a decir que tengo alopecia y serás el siguiente cadáver que haya en esta casa.

Melvin intentó tragar saliva, pero el nudo de la pajarita se lo impidió y no pudo hacerlo hasta que Grace lo soltó para apartarse a un rincón después de que su prometido asintiera.

—Bueno, se van aclarando las cosas... —prosiguió Melvin intentando recuperarse ahuecando el cuello de la camisa—. ¿Quién queda?

En un acto completamente instintivo, todos los demás miraron a la criada, a la pobre y desconsolada Jacqueline, que dejó de llorar al sentir como todas las miradas se fijaban en ella.

—Exactamente: la sufrida criada que no ha parado de llorar desde que Bernard ha pasado a mejor vida —dijo Melvin respondiéndose a sí mismo, a la vez que hablaba por todos los presentes.

Al sentirse amenazada, Jacqueline hizo lo único que parecía saber hacer, sollozar y echarse a llorar.

—¿Quién podría ser nuestra asesina sino otra que la pobre y dulce Jacqueline? Por ejemplo —prosiguió el guionista.

—Eh, ¿por qué?, yo, yo lo...

—Usted lo quería, ¿no es cierto? —preguntó Melvin interrumpiendo los tartamudeos de la criada.

—Así es —afirmó asintiendo con la cabeza Jacqueline—: Bernard y yo manteníamos una relación desde hacía ya más de un año.

—¿Pero sería, o como la que tenías con el resto de los hombres de este planeta? —preguntó Edna.

—¡Edna, por el amor de Dios! Sé un poco más sensible con la chica —exclamó Grace sin poderse contener.

—¿Por qué? Si digo la verdad: se ha ventilado a medio estudio, y porque el otro medio son mujeres, que si no...

—¿De verdad? —preguntó inocentemente Gladys.

—Sí, querida —respondió Edna mirando a su compañera actriz como si fuera una niña pequeña—, todos han pasado por sus faldas, y cuando digo

todos, son todos. ¿Verdad, Kenneth? ¿Señor Richmond?

En ese momento pareció que los dos aludidos hubieran perdido la lengua y no se atrevieron a articular palabra alguna. Grace miraba a su prometido sometiéndolo al tercer grado con sus ojos.

—¿Tú también, Melvin? —preguntó.

—No, ni por asomo —respondió rápidamente el guionista, evitando la interrogativa mirada de su prometida—. De verdad, cariño, nunca me he acostado con Jacqueline.

—Es cierto, nunca lo he conseguido, y mira que lo intentado —explicó Jacqueline como si fuera lo más normal que se podía decir a una mujer sobre su prometido.

Al sentirse aliviado, Melvin tragó saliva, pero se atragantó y tosió cuando Grace le dijo:

—Nunca me habías contado que la criada del jefe se te había insinuado.

—Pero no respondí a las insinuaciones, eso es lo que importa, ¿no? —replicó con voz ronca el guionista.

Tras la defensiva respuesta de Melvin, todos permanecieron callados. Habían visto de lo que era capaz Grace cuando se enfadaba. No había dudado en arrearle un buen par de bofetadas a Jacqueline, por lo que todos esperaban que reaccionara de forma similar con su prometido. Sin embargo, durante unos segundos que se alargaron como horas, no sucedió nada, solamente un silencio extremadamente incómodo.

—Bueno, volviendo a lo que nos ocupa —dijo Melvin frotándose las manos, aliviado por haberse salvado del rapapolvo de Grace—: Jacqueline tenía una relación con Bernard, bastante intensa, a juzgar por sus constantes sollozos. —Miró a la criada—. Aunque también podría ser que intentara ocultar la verdad y que, en realidad, fuera la culpable.

—¡No! Eso es imposible, además estaba esperando un hijo suyo —confesó Jacqueline.

—¿Un hijo? Todo eso ocurría en mi casa y yo sin enterarme. ¿Por qué no me lo dijeron? —protestó Richmond sorprendido por la cantidad de mentirosos que le rodeaban.

Al oírlo, Edna soltó una carcajada, riéndose abiertamente de su jefe.

—Yo quería decírselo, pero Bernard insistía en que si usted sabía que estábamos juntos, nos bajaría el sueldo a ambos —se justificó la criada.

—Yo no hubiera hecho eso, ya sabe que la aprecio mucho, Jacqueline —contestó Richmond.

—¿Cuánto la aprecia, señor Richmond? ¿Tanto como para acabar con su mayordomo? —preguntó Melvin acercándose a Richmond.

—Melvin, por favor, no haga ese tipo de insinuaciones.

—¿O tanto como a su fallecida esposa? —insistió el guionista.

—¿A qué viene sacar ahora a mi esposa?

—A algo tan evidente como un error que usted mismo ha cometido.

—¿Disculpe?

—No hace mucho rato, cuando Bernard ha provocado que Kenneth metiera la cabeza en el regazo de Gladys, Edna le ha insinuado que podría despedir al desafortunado mayordomo. Sin embargo, usted ha dicho que no podía porque sabía cuidar una casa. Pero durante unos segundos ha dudado porque era otro el motivo por el cual no podía despedirle.

—¿Ah, sí? Debe de haber sido un fugaz lapsus.

—Nada más lejos de la realidad; todos sabemos que es un buen orador, exceptuando cuando Jacqueline se pavoneaba frente a nosotros, aunque, a decir verdad, es algo complicado centrarse cuando...

—Melvin, vuelve a tu cauce —lo interrumpió Grace, recriminándole el tono de las palabras que estaba escogiendo.

Melvin se frotó la frente y prosiguió:

—Por lo que es difícil de creer que tuviera un lapsus, a no ser que estuviera ocultando información sobre la extraña muerte de su esposa.

—Eso no es así —negó contundentemente el productor.

—No se engañe, señor Richmond, todos conocemos la trágica historia que contó a la prensa sobre cómo murió la señora Richmond. Misteriosamente, una mujer, que está aparentemente sana, enferma, desaparece de la faz de la tierra durante meses, ingresada en un privadísimo hospital de Nuevo México, y ya no se la vuelve a ver hasta su muerte.

—¿Está poniendo en duda mi palabra?

—Puede —respondió Melvin encogiéndose de hombros.

—¿Y cuál es su versión? —preguntó Richmond, sabiendo que Melvin no tenía nada a lo que agarrarse.

—Mía mía no es, sin embargo, toda la ciudad, por no decir el país, tiene su versión...: que usted mató a su esposa y después, con su poder, lo tapó todo para que el país lo viera como un pobre viudo y así seguir con la aventura que mantenía con su criada.

—¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo para que me acuse de algo tan horrible? ¿Cómo puede decir que maté a mi amada esposa? —preguntó Richmond entre

exclamaciones, completamente ofendido por las palabras de su guionista.

—Bueno, yo solo me remito a los rumores que corren por los pasillos del estudio desde la muerte de su esposa. Y teniendo en cuenta lo bien informado que parecía estar Bernard, no me sorprendería que estuviera haciéndole chantaje y, por ello, no pudiera despedirlo porque sabía que desvelaría todo.

—Yo no maté a mi esposa. Nunca le puse la mano encima más que...

—¿Para qué, señor Richmond? —lo interrumpió Melvin acusadoramente. El productor cerró la boca y se negó a responder.

Melvin hubiera intentado apretar un poco más las tuercas a su jefe, pero la que estalló fue otra persona.

—¡Confiese que la mató! —exclamó Gladys levantándose de su asiento y señalando a Richmond con un dedo acusador.

Todos se quedaron atónitos al ver a la tímida y silenciosa actriz actuando de aquel modo tan apasionado fuera del plató.

—Vaya, vaya con la mosquita muerta —dijo Edna alzando las cejas sorprendida.

—Vaya chorro de voz —señaló Grace.

—¡Oh, disculpen! No pretendía...

—Tranquila, Gladys, tranquila, su intervención es más que oportuna —dijo Melvin interrumpiendo el intento de disculpa de Gladys.

—¿Ah, sí? —preguntó la joven actriz recuperando la actitud que había mantenido hasta entonces.

—Por supuesto, ya que habrá un interesante motivo para haber actuado de ese modo —insinuó el guionista.

—Bueno, me he dejado llevar por la tensión y...

—No mienta: quiere que el señor Richmond nos cuente a todos la verdad, del mismo modo que se lo contó a Bernard.

A pesar de los nervios por haber sido, en parte, descubierta, Gladys asintió con la cabeza.

—Por favor, señor Richmond, si es tan amable —dijo Melvin mirando a su jefe.

Richmond seguía sin abrir la boca, afianzándose cruzando los brazos sobre su pecho elegantemente ataviado.

—¿No? ¿Está seguro? —insistió educadamente el guionista.

Richmond no dijo nada, solo lo miraba enfurruñado.

—Está bien —dijo Melvin encogiéndose de hombros—. Si bien es cierto que su esposa no murió como usted se lo contó a la prensa, también es cierto

que usted no la mató.

—¿Qué? Eso no es posible —protestó Gladys.

—Pues parece que sí, querida señorita Goodwind. Tal y como Bernard explica, la muerte de la señora Richmond, aunque provocada por otra persona, nunca fue una enfermedad.

Todos lo observaron expectantes. Parecía que aquella noche no solo se desvelaría quién había matado al mayordomo del señor Richmond, sino también lo que había ocurrido realmente con su esposa.

—Todos teníamos razón al no creernos la triste historia que nos contó el señor Richmond —explicó Melvin con una falsa voz de pena—, sin embargo, nuestras perversas mentes nos hicieron pensar en algún arrebato de celos por parte de la señora Richmond al descubrir a su amante con su amante, fuera quien fuera, y Charles Richmond solo pudo reaccionar como los hombres lo hacen en las películas: de forma ruda y definitiva.

—Pues sí —afirmó Edna convencida.

—Pues no —respondió Melvin.

—¿Y se puede saber qué sucedió en realidad? —preguntó Grace ansiosa por saciar su corazón de cotilla.

—Como la propia Gladys, la señora Richmond nació en pueblecito apartado de la gran ciudad y fue descubierta por un productor, en aquel entonces joven productor, que la convirtió en la gran estrella que todos recordamos y en su esposa —dijo Melvin como si estuviera explicando un cuento a un grupo de niños.

—Déjate de rollos, Melvin, queremos saber cómo murió —espetó Edna, que empezaba a estar cansada del numerito del guionista.

—Por favor, Edna, estamos hablando de mi esposa —le reprochó Richmond abriendo por primera vez la boca en un buen rato, con la esperanza de que dejaran de hablar de su difunta mujer, pero Melvin prosiguió con sus explicaciones.

—Resulta que, en realidad, antes de ser descubierta como actriz, la señora Richmond era..., ¿cómo decirlo sin resultar ofensivo?... Era..., era... una...

—Sí, era una puta, así de claro —exclamó Richmond perdiendo los nervios definitivamente y en el intento de evitar que sus secretos fueran descubiertos por otros que no fueran él—. Me enamoré de una puta mientras buscaba localizaciones en el desierto de Nuevo México. Pero hice lo

imposible para sacarla de las calles y nunca me arrepentí de haberlo hecho; fue la mujer de mi vida hasta que...

A pesar de la fuerza con la que había empezado a explicar el principio de su no tan idílica historia de amor, Richmond se atragantó con un nudo que apareció en su garganta e hizo un gesto a su guionista para que lo relevara en la explicación.

—... hasta que la señora Richmond decidió regresar a su pueblo natal para llevar a cabo una misteriosa investigación que la llevaría a la muerte, cuando dos criminales acabaron con su vida tras haber hecho preguntas que no debía hacer —dijo Melvin soltando de golpe todo el secreto, casi como si lo hubiera vomitado.

—No me digáis que los chulos la recordaban de cuando era joven —dijo Grace.

—No lo sé, pero dudo que fuera eso —respondió Richmond con la voz cortada—. Simplemente, una mañana, tras meses sabiendo de ella solo por carta, recibí una llamada de la policía diciéndome que había sido asesinada. Hice cuanto estuvo en mi mano para evitar el espectáculo, y por eso la versión que conté cuando murió.

Fue entonces cuando Melvin tosió, sonriente, para llamar la atención de todos, que así lo hicieron. La verdad era que estaba disfrutando con aquello de ser detective; era tan emocionante que todos lo escucharan explicando historias... Era algo que apenas podía ser, aun siendo guionista. La gente solo prestaba atención a lo que explicaba si lo hacía a través de un actor o una actriz muy guapos.

—Pero resulta que Bernard sí que sabía el motivo por el cual se fue la señora Richmond y por el que fue asesinada, y lo descubrió al saber cuál era su nombre de soltera —añadió satisfecho Melvin.

—Eso no es ningún secreto; se llamaba Waterfield, Amanda Waterfield —aclaró Richmond, molesto por tener que decir una obviedad.

—Siento decirle, señor Richmond, que lo engañó como a un tonto —le dijo Melvin, haciendo que Richmond lo observara sorprendido—, ya que su esposa se llamaba Amanda... —Melvin hizo una pausa dramática para asegurarse de que todos lo observaban— Goodwind... ¿No es así, Gladys?

Las palabras de Melvin hicieron que todos se volvieran a mirar de nuevo a Gladys.

—La señora Richmond, cuando dejó Nuevo México, dejó tras de sí muchas cosas: una vida pobre, un nombre y... una hija. La joven e inocente

Gladys es la hija secreta de la señora Richmond, la hija de un embarazo no deseado que tuvo durante su breve vida como chica de compañía, a la que quiso recuperar. No consiguió sacarla del mismo mundo del que ella había huido años atrás, y un par de mafiosos de tres al cuarto acabaron con ella —concluyó Melvin.

Una exclamación de sorpresa inundó la sala. Todos estaban perplejos. Los secretos que hasta entonces se habían puesto al descubierto eran meros cotilleos comparados con la historia de la esposa del señor Richmond.

—Por eso recibí el currículum de Gladys en un correo anónimo. Lo había enviado Amanda —dijo Richmond empezando a atar los cabos de todo lo que no encajaba en la vida de su esposa.

—Así es —afirmó Melvin.

—Lo que no entiendo es por qué no me pidió ayuda desde un principio —preguntó Richmond, no porque quisiera que alguien le respondiera, sino porque era lo único para lo que no tenía explicación.

—Eso, estimado señor Richmond, es algo que ni siquiera Bernard sabe —le dijo Melvin mostrándole el cuadernillo rojo del mayordomo.

—Así que el señor Richmond no mató a mi madre —dijo Gladys mirando al guionista.

—Me alegra decirte que no, Gladys —contestó Melvin—. Aunque también sé que habías accedido a venir a Hollywood cuando creíste que era así. Por lo que supongo que, si no hubiera sido por la muerte de Bernard, nunca habrías descubierto la verdad y puede que tal vez estuvieses planeando el asesinato del señor Richmond.

Gladys no respondió a las deducciones de Melvin, pero por su expresión al escucharlas dejó traslucir que, aunque lejana, esa era una opción que se había planteado en algún momento.

—¿Qué? ¿Para hoy o para mañana? —preguntó impaciente Edna—. Te recuerdo, Melvin, que aparte de echar a volar nuestros trapos sucios, te habías propuesto descubrir quién era el asesino de Bernard.

—Lo sé, lo sé. Ya llegaremos a ello; de momento tenemos los motivos que nos hubieran podido llevar a cometer el crimen. Ahora solo falta ver quién lo hizo.

—¡Oh, madre mía! Esto es un no acabar. Necesito una copa —afirmó Edna levantándose y acercándose a la mesa de los aperitivos, buscando cualquier cosa que bajarse por la garganta y que la aliviara un poco de tanta tensión.

Sin mirar qué botella cogía, la actriz llenó un vaso de un licor escogido al azar y se lo bebió de un trago.

—¡Borracha! —dijo Grace aprovechando la ocasión para meterse con la actriz.

—¿Qué has dicho? —preguntó Edna sin dejar de servirse otra copa.

—Lo que has oído —respondió Grace con una sonrisa maliciosa.

—¡Cállate, calva! —le espetó Edna sin dudar en atacar donde más le dolía.

A pesar de estar en extremos opuestos de la sala, todos vieron como aquello podía derivar en una nueva discusión y, por enésima vez, Richmond se levantó para interponerse entre las dos mujeres.

—Ya está, señoritas, ya está, por favor. Todos hemos visto revelados ciertos detalles de nuestras vidas que hubiéramos preferido mantener en secreto; sin embargo, debemos mantener la calma.

—Por Dios, Charles, no estás en ninguna de tus presentaciones —dijo Edna asqueada por el comportamiento del productor.

—Lo sé, lo sé —admitió Richmond—. Sé que ha sido una noche larga e intensa, llena de sobresaltos a los que no estamos acostumbrados. Pero ese no es motivo para perder los nervios. Hemos comido poco, hemos bebido demasiado y puede que nos sintamos violentados por los secretos que creíamos nuestros. Pero lo mejor será respirar hondo, sentarnos, relajarnos y dejar continuar a nuestro detective particular.

—Menudo detective está hecho —protestó la actriz.

Mientras el señor Richmond había estado hablando, Melvin se había apartado, acercándose a la mesa de los aperitivos. Con calma, y sin apenas prestar atención a la conversación entre Richmond y Edna, sirvió una copa y la llevó cortésmente a su prometida, que, por primera vez en mucho rato, se relajó cogiendo lo que Melvin le ofrecía. El guionista la besó con cariño en la mejilla, algo que sorprendió a Grace, pero que al mismo tiempo la hizo sonreír agradecida.

Estaba claro que Richmond tenía razón. Los nervios de todos estaban a flor de piel, así que en lugar de provocar una nueva discusión, Edna regresó a su asiento en el sofá. Junto a ella se sentó su marido, intentando ignorar al resto de personas que había en la sala. Por su parte, Gladys seguía controlando que Jacqueline no se echara a llorar de nuevo.

Melvin, que había intercambiado unas pocas palabras cariñosas con su prometida, de pie junto a la librería, regresó al centro de la sala, decidido a

concluir de una vez por todas el caso de la muerte del mayordomo.

—Bien —dijo retomando la investigación donde la había dejado—, como hemos podido ver, todos tenemos motivos para haber matado a Bernard. —Hizo una pausa mirando a todos los presentes, mucho más relajados que instantes atrás, y más sabiendo que ahora no tenían nada que ocultar, por lo que Melvin aprovechó para continuar sin interrupciones—. Por increíble que parezca, y aunque queramos negarlo, todos tuvimos motivación y oportunidad para cometer el crimen. Aunque no podemos dejar de olvidarnos de que fuera cual fuera de nosotros lo hizo de forma premeditada. No es lo mismo golpear la cabeza de alguien con un objeto contundente que envenenarlo. En eso estamos de acuerdo, ¿no?

Nadie respondió. Por raro que pareciera, todos prestaban atención a Melvin, esperando que fuera él quien aportara la respuesta.

—La pregunta que ahora mismo no puedo quitarme de la cabeza es quién lo hizo —Melvin detuvo su constante paseo por la sala y puso las manos en los bolsillos—. Todos teníamos secretos que, de una forma u otra, Bernard había conseguido averiguar, y por ello motivos para hacerlo callar para siempre.

De nuevo detuvo su explicación para ver si alguien reaccionaba de alguna forma fuera de lo normal que pudiera ayudarle en su deducción.

—Pudo ser una hija —anunció mirando a Gladys— que pretendía matar a su padrastro, al que creía culpable de la muerte de su madre, y, por error, acabó con el mayordomo. —Gladys, sorprendida, se llevó la mano al pecho—. Pudo ser un hombre que se sentía traicionado por su amante y ha acabado con la vida del tercero en discordia de su particular triángulo amoroso —prosiguió Melvin mirando a Richmond, que lo observó frunciendo el ceño y apretando las manos, tenso—. O una amante que, tras quedarse embarazada, descubre que el supuesto padre de su hijo no quiere saber nada de ellos —dijo mirando a Jacqueline, que no pudo evitar sollozar de nuevo—. Puede que una trabajadora del estudio que se aprovechaba de este y que escondía bajo su gorra un vergonzoso secreto —insinuó mirando a Grace, que le devolvió una mirada preocupada—. Puede que un guionista insatisfecho, que sacaba tajada vendiendo guiones a otros estudios —dijo abriendo los brazos para acusarse a sí mismo, tras lo cual encogió los hombros, admitiendo que también hubiera podido ser él—. O una estrella de cine que vive a costa de las exclusivas de las revistas, a las que dejaría de vender sesiones fotográficas y entrevistas si se descubría que era más feliz de lo que realmente quería aparentar —

prosiguió mirando a Edna, que le devolvió una sonrisa cargada de ironía—. O, incluso, un actor que es mucho más listo de lo que aparenta y temía perder su puesto de galán si se sabía que podía exigir mucho más de lo que se le daba al no ser tan tonto como el estudio sospechaba —terminó diciendo Melvin mirando a Kenneth, que, callado, lo miró con recelo.

Tras repasar todas las posibilidades, Melvin guardó silencio mientras observaba sin cesar a los presentes.

—¿Algo más? —preguntó Richmond empezando a no poder contener su humor.

Melvin no respondió; simplemente siguió de pie, en mitad de la sala, como si esperara que el asesino confesara por sí solo.

—Muy ilustrativo, Melvin, muchas gracias —dijo Edna sarcásticamente —, pero ¿nos quieres decir quién ha sido?

La cuestión no podía ser más clara. Melvin tenía que decir quién había sido, o si no, todo su numerito de detective privado habría sido en balde. Tras unos segundos, en los que pareció que Melvin no tenía nada que decir, habló.

—No puedo, no puedo decíroslo.

—¿Cómo que no puede? —preguntó Richmond.

—Es que no lo sé —respondió el guionista encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que no lo sabe?! —exclamó alterado Richmond.

—Así de simple, soy incapaz de saber quién de nosotros ha sido.

—¿Ni una idea, ni un indicio, ni una pista, ni una sospecha?, ¿nada? —insistió Gladys.

Melvin sacudió la cabeza negativamente.

—¡Pues vaya investigador estás hecho! —le reprochó Edna.

—Esto no acostumbra a pasar en las novelas de Agatha Christie —dijo Gladys decepcionada.

—Si esto fuera una novela de Agatha Christie, creería que todos somos los asesinos y hemos matado a Bernard en una intrincada venganza —respondió Melvin.

—Pero no lo es —añadió Edna asqueada.

—Exactamente, esto no es una novela —apuntó Melvin.

—Pues qué decepcionante —protestó disgustada Gladys.

—Lo siento, señorita Goodwind, pero esto no es una novela de misterio y yo no soy Hércules Poirot.

—De eso ya nos hemos dado cuenta, Drake —afirmó Richmond molesto por haber perdido el tiempo con el juegucito de su guionista.

Las críticas que estaba recibiendo su prometido estaban cargando el ya de por sí tenso humor de Grace, que no dudó en ponerse junto a Melvin y mirar a los demás.

—Está bien, está bien. Melvin no es detective, y ninguno de nosotros lo somos, pero algo tenemos que no teníamos hace un rato.

—¿El qué?, si puede saberse —preguntó Edna dispuesta a iniciar una nueva batalla, al menos verbal, con Grace.

—Suposiciones —respondió.

—Esas suposiciones son muy interesantes y creativas, señorita Pennington, sin embargo, seguimos sin saber quién lo hizo —dijo Richmond, sabiendo que tenía toda la razón del mundo.

Grace se disponía a rebatir una vez más las palabras de su jefe en defensa de su prometido, pero Melvin la detuvo.

—Bueno, no exactamente, señor Richmond —dijo el guionista entrecerrando los ojos, como si aquello le ayudara a pensar.

Al escuchar a Melvin, Grace sonrió y se apartó, dejando espacio a su prometido para que siguiera pensando.

—¿No me va a decir que lo ha resuelto? —preguntó Richmond.

—Puede que sí... Aunque todavía no lo tengo del todo claro y...

Edna suspiró desesperada, pero Melvin no le hizo caso y empezó a pasearse de nuevo por la sala, adentrándose cada vez más en sus pensamientos. En su mente, como si de un puzle se tratara, todas las piezas de lo que había sucedido aquella noche fueron encajando. Solo faltaba encontrar las piezas apropiadas para completar la imagen.

—Digas lo que digas, no tienes ninguna prueba que lo pueda demostrar —dijo Edna.

—Lo tengo en cuenta...

—Casi lo tiene —dijo Grace sonriente, sabiendo que la mente de Melvin estaba a punto de conseguirlo.

—Es imposible que lo haya descubierto —afirmó incrédulo Kenneth.

—Ahora va... —siguió diciendo Melvin sin dejar de andar.

—Ese es mi chico —dijo Grace agarrándose las manos.

—Pero dínoslo ya —suplicó Gladys.

—Casi lo tengo...

—Dadle unos segundos más y...

Pero las palabras de Grace se interrumpieron cuando Melvin, que en ningún momento había dejado de andar de un extremo a otro de la sala, se

detuvo de repente como si algo hubiera estallado en su cabeza.

—Aunque no puede ser —dijo hablando consigo mismo—, es tan obvio que resulta incluso estúpido no haberlo visto antes.

Los demás lo escuchaban atentos.

—Sin embargo, es la única posibilidad, de lo contrario, esto no tendría explicación. Es imposible que haya sido...

—Ya lo sabe —anunció Grace orgullosa. Edna miraba con suspicacia al guionista, algo que no pasó desapercibido para su prometida.

—¡Ya lo tengo! —exclamó al fin Melvin.

—¿Lo ves? —dijo Grace a Edna con satisfacción.

—Pues venga, va, no te cortes e ilumínanos —le instó la actriz, más interesada en descubrir quién era el asesino que en pelearse con Grace.

Melvin quería disfrutar de aquel momento. Llevaba toda la noche esperando poder llevar a cabo la conclusión final, tal y como hacían los grandes detectives de la literatura. Así que miró uno por uno a todos los presentes, sospechosos y testigos a la vez del crimen que se había cometido, y carraspeó para aclararse la garganta, manteniendo en vilo a todos los demás.

—Desde un principio, el misterio de quién había matado a Bernard se ha planteado, como poco, complicado. Todos éramos sospechosos y testigos a la vez de un crimen que había tenido lugar frente a nuestros ojos, pero que un inesperado apagón nos ha impedido presenciar. —Melvin hizo una pausa dramática—. Sin embargo, algo que descubrimos pocos minutos después de la muerte de Bernard nos permitía descartar a más de un sospechoso por algo más que evidente. El crimen era premeditado.

—¿Premeditado? —preguntó Kenneth.

—¿En serio? —dijo Edna.

—Tal como lo oyen, queridos amigos —respondió Edna—. Algo que quiere decir que alguien vino a esta cena dispuesto a acabar con una vida porque tenía un motivo para acabar con esa vida.

—Eso es imposible. Como bien sabe, esta cena fue un poco improvisada —dijo Richmond.

—Sin duda, pero planeada con el tiempo suficiente como para que quien fuera se preparara para cumplir sus planes —explicó Melvin, haciendo que Gladys se sorprendiera por la noticia, más por la emoción que por el miedo. Melvin prosiguió sin prestarle más atención de la necesaria—. La manera de acabar con Bernard no es propia de alguien que ha decidido improvisar un asesinato, al contrario, sino de alguien que ya lo tenía en mente, y esta cena fue

su oportunidad. Por lo que lo siguiente en lo que tenemos que pensar es en el motivo, y muchos de esta sala teníamos motivos para acabar con él, pero solo uno era suficientemente fuerte.

Los demás empezaron a mirarse unos a otros sospechando de cuantos les rodeaban.

—¡Y esa no es otra que Jacqueline! —reveló Melvin en una exclamación, a la vez que miraba a la criada.

—¡No! Yo lo amaba, ya lo he dicho antes; además, esperaba un hijo suyo, no quería que creciera sin un padre —dijo Jacqueline intentando defenderse de la acusación.

—Sí, sí, comprendo —replicó Melvin—, pero eso no significa que no la corroyera por dentro cómo se estaba comportando el supuesto padre, negándose por activa y por pasiva a revelar su relación, ya que con ello, según él, dejaría de vivir a cuerpo de rey como había hecho hasta ahora a costa del señor Richmond. Además, usted preparó los canapés y tuvo una mayor oportunidad para echar el cianuro en la copa de su amante, ¿o no?

Nadie se atrevió a rebatir aquella deducción.

—Sin embargo —prosiguió Melvin—, Jacqueline no es la única que tuvo el motivo y la oportunidad; el otro, queridos amigos, no es otro que el señor Richmond.

—¿Cómo se atreve, Drake? Antes ya he dejado claro que no es así —protestó Richmond alterado.

—No lo niegue, señor Richmond, ya que desde que hemos descubierto que Jacqueline tenía una relación con Bernard, usted se ha mostrado más generoso de lo que sería habitual entre un señor y su criada, ¿no? En mi opinión, creo que Jacqueline también mantenía una relación con usted, y, ofendido porque Bernard le estuviera levantando la amante, decidió cortar por lo sano y acabar con él.

—¡Drake! ¿Cómo osa? Esto no terminará así —amenazó el productor.

—No se altere, por favor. Con todo esto quiero decir que fueron muchos los que tuvieron la posibilidad y los motivos de acabar con Bernard. Podría seguir con los demás, pero creo que el quid de la cuestión yace en este peculiar triángulo amoroso.

Mirando de reojo a su guionista, Richmond, aún alterado y ofendido, se sentó de nuevo controlando sus nervios e intentando recuperar la compostura.

—No obstante, por muy jugosa que fuera la historia de un mayordomo asesinado por su señor por celos, o por la criada despechada y embarazada, la

realidad fue otra —anunció Melvin, contradiciendo lo que había dicho él mismo hasta entonces.

—¿Quieres dejarte de rodeos y decir quién es el maldito asesino? —insistió Edna, exasperada por el espectáculo que estaba montando Melvin.

—Muy bien, si es lo que quieren —dijo el guionista encogiéndose de hombros—. El asesino de Bernard no es otro que...

Entre esa palabra y la siguiente que todavía no había pronunciado Melvin, el tiempo pareció ralentizarse. Todos los presentes se irguieron en sus asientos, esperando que Melvin no dijera su nombre y expectantes por saber quién era el auténtico asesino.

—... el mismo Bernard —dijo sin más Melvin, haciendo que el tiempo volviera a avanzar como siempre.

—¿Qué? —preguntó Richmond sin acabar de comprender.

—Tanto rollo para eso —se quejó Edna.

—¿Cómo? —preguntó Gladys.

—No lo entiendo —dijo Kenneth, volviendo a ser el bobalicón que había sido antes de aquella cena.

—El problema no es que tú no lo entiendas, querido, sino que no lo hagamos los demás —contestó Edna a su marido, recuperando su actitud de arpía, aunque ambos se miraron sonrientes. El juego entre ellos dos había vuelto, con la diferencia de que a partir de entonces lo disfrutarían.

—Melvin, ¿nos lo puedes explicar? —solicitó Grace.

—La explicación es muy sencilla —respondió Melvin con una sonrisa de satisfacción antes de aclararse la voz, preparándose para su intervención estelar—. Como hemos sabido, Jacqueline mantenía una relación con la víctima y, al mismo tiempo y por mucho que lo niegue, otra con el señor Richmond. Un día, de repente, descubre que está embarazada, pero no sabe de quién. Si se lo dice al señor Richmond, tiene todas las papeletas de perder su empleo, o eso cree, mientras que si designa padre a Bernard, el rango de empleados de los dos la puede llevar a un final feliz típico de Hollywood. Sin embargo, cuando le da la noticia al mayordomo, este echa cuentas y no ve posible que sus últimos encuentros hayan podido acabar en embarazo, por lo que llega a la conclusión de que el hijo es de otro. Si juntamos esto con el hecho de que nuestra víctima era un cotilla empedernido que se nutría del puesto de su señor para hacer chantaje a estrellas, guionistas y a todo aquel del que pudiera sacar provecho, no le debió costar demasiado descubrir quién era el otro: ni más ni menos que su jefe. A partir de ese momento, Bernard

empezó a planear cómo acabar con su señor, valiéndose de la confianza que este le había dado. Y llegamos a hoy, la cena, la oportunidad perfecta para que las sospechas del crimen caigan sobre cualquier otro que no sea él. Hay gente en la casa, cualquiera de ellos podía ser el culpable, y la tormenta y el aislamiento se plantean como una ventaja, algo que le dará tiempo de borrar las posibles pruebas incriminatorias. Así que prepara el veneno y, en cuanto tiene la oportunidad, lo echa en una copa para su amo... Pero ¿qué sucede? Que su querida Jacqueline se adelanta y le da otra copa al señor Richmond.

—Entonces, ¿qué? ¿Se la bebe para no desaprovechar el veneno? —preguntó Grace.

—Eso, ¿qué pasa entonces? —insistió Edna.

—Al contrario —respondió Melvin sin dejar de sonreír—, la sigue sosteniendo, a la espera de que su jefe termine la que le ha dado Jacqueline para poder darle la suya. Pero un trueno estalla y se va la luz, asustándonos a todos.

—¿Y? —preguntó de nuevo Grace.

—Pues, como bien hemos ido sabiendo, aunque fuera listo, Bernard era un tanto patoso y despistado, como hemos podido comprobar, y, para paliar el susto del trueno, se bebe de un trago la copa sin recordar que, además de champán, contenía una buena cantidad de cianuro.

Al escuchar la revelación, todos se quedaron sin habla, ya que, ahora que alguien lo había deducido, sin duda era la explicación más plausible.

—¿Y ya está? ¿Así de simple? —preguntó Edna.

Melvin miró a la actriz a la vez que ponía las manos en los bolsillos:

—Si quieres que te sea sincero, yo también me siento un poco decepcionado; esperaba alguna solución más espectacular, pero esta es la más sencilla y factible. Así que, una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad.

Edna, complacida por la respuesta, pero igualmente decepcionada por el resultado, volvió a recostarse en el sofá, del mismo modo que hizo Gladys. No obstante, la joven actriz volvió a incorporarse en el momento en que una idea le vino a la cabeza.

—¿Y el frasco de veneno? ¿Dónde está? —preguntó.

—Todos hemos mostrado el contenido de nuestros bolsillos, ¿cierto? —dijo Melvin—. Todos, excepto Bernard. Seguramente, si hubiéramos vaciado sus bolsillos, hubiésemos encontrado esto —afirmó sacando de uno de sus bolsillos, envuelto en un pañuelo, el frasquito de cristal.

—¿De dónde lo has sacado? —le interrogó Gladys.

—Mientras palpaba a nuestro difunto amigo me encontré con él. Al principio pensé que alguien lo había metido allí para eludir las sospechas, pero después he pensado en algo más obvio: que el que guardara el frasco del veneno sería el culpable.

—¿Y cómo sabemos que no has sido tú? —preguntó Gladys, sabiendo que aquello dejaba al guionista en jaque.

—En ningún momento lo he tocado con mis manos, siempre he usado este pañuelo, así que cuando lo examine la policía, las únicas huellas que encontrarán serán las de Bernard.

Admitiendo que la respuesta era la más apropiada, Gladys volvió a recostarse en el sofá desanimada. Su aventura en el interior de un libro de misterio había terminado sin grandes emociones.

—¿Bernard quería matarme a mí? —preguntó Richmond mirando el frasco que todavía sostenía Melvin en alto.

—Eso parece, señor Richmond. Por suerte, no fue lo suficientemente listo —respondió Melvin.

Richmond, aún atónito por saber lo cerca que había estado de morir, miró hacia Jacqueline, que le regaló una agradable sonrisa. Ambos sabían que su secreta historia de amor ahora no tendría impedimentos para seguir.

—Así que estamos libres de sospecha todos, ¿no? —preguntó el productor antes de empezar a imaginarse la vida al lado de su atractiva criada.

—Así es, señor Richmond, hasta que llegue la policía y pueda corroborar lo que yo he deducido —respondió Melvin.

—¿Incluida Jacqueline? —preguntó de nuevo Richmond, preocupado por el futuro de su criada al ser la sospechosa más evidente con la que se toparía la policía.

Melvin asintió con la cabeza, haciendo que todos se relajaran, sabiendo que, tras aquella larga noche, todo se había esclarecido y nadie había salido malparado... Bueno, nadie excepto Bernard, que había cometido el peor error de su vida.

Sin embargo, un relámpago iluminó la sala como ninguno lo había hecho aquella tenebrosa noche, un trueno retumbó entre las paredes de toda la mansión y la luz se fue, haciendo que todos y cada uno de los presentes gritaran aterrados por lo que podía pasar a continuación.

En el exterior

A la mañana siguiente salió el sol, a pesar de que después de lo ocurrido todos pensaron que no volvería a salir o, al menos, que no volverían a verlo. Y con las primeras luces del radiante sol de California pareció que todo había vuelto a la normalidad. La electricidad volvió a la mansión, del mismo modo que se restableció la línea telefónica, permitiendo que Richmond se pusiera en contacto con el exterior, sobre todo con la policía.

A pesar de la apresurada llamada, los primeros en llegar no fueron de la policía, sino Mildred y Jacob, y aunque Richmond y Jacqueline se alegraron de verlos, la cocinera y el chófer no estaban precisamente de buen humor.

—¿Dónde está ese cabrito de Bernard? —preguntó Mildred enfurecida cargando una bolsa de papel, sin dejar de mirar a los que los observaban desde la entrada de la mansión—, que voy a matarlo con mis propias manos.

—Mira que hacernos salir ayer con ese tiempo —protestó Jacob un poco más calmado—. Hemos tenido que pasar la noche en el coche; no había moteles, nada. Toda la noche sin nada más que la radio y comida que, por lo que he descubierto, no se puede comer sin haberla cocinado antes.

—¡Eh! ¿Dónde está ese mayordomo de pacotilla? —volvió a preguntar la cocinera acercándose a su jefe.

Richmond, con la mirada baja, puso una mano en el hombro de Mildred, que lo observó un tanto confundida.

—Mildred..., Jacob... Tengo que deciros que Bernard está muerto.

—¿¿Qué?! —exclamó Mildred—. ¿No será una de sus excusas para no tener que trabajar?

Richmond sacudió la cabeza, a lo que Mildred respondió mordiéndose el labio superior:

—Algo me dice que se lo tenía merecido.

—Y que lo creas, querida. Al final resultó ser una..., una... —Edna buscaba el insulto más apropiado sin que Jacqueline volviera a echarse a llorar—. Una mala persona —acertó a decir al final.

A pesar de odiarle con toda su alma, Mildred se calmó. No quería ponerse a insultar a un pobre difunto, aunque no pudo contener la risa cuando

le explicaron cómo había muerto. Al igual que Jacob, que no podía acabar de creerse que Bernard, el Bernard que todos conocían y que metía constantemente la pata, en realidad era un chantajista nato.

Las explicaciones no duraron demasiado tiempo, ya que tras la aparición de Mildred, la responsable de la cocina, Kenneth interrumpió la explicación pormenorizada que estaba haciendo el señor Richmond.

—Mildred, por favor, ¿puede prepararnos algo de comer?

La cocinera lo miró extrañada.

—¿No han comido nada?

Todos negaron con la cabeza y Kenneth apuntó:

—Solo unos pocos canapés.

—¿Y lo que dejé a medias?

—Bernard lo quemó —contestó Jacqueline con ojos vidriosos pero controlando el llanto.

—La última acción de un patán —afirmó la cocinera antes de entrar en la mansión seguida por todos los demás—. Vengan conmigo, les prepararé un desayuno de reyes.

Dicho y hecho, poco rato después, la mesa de la cocina estaba cubierta por un buen desayuno con huevos, panceta, madalenas, zumos y café. Por lo que cuando llegó la policía haciendo sonar la sirena a toda potencia, nadie les hizo caso. Y cuando los policías entraron en la casa aparentemente vacía, pensando que alguien había acabado con todos los que había en su interior, encontraron a los testigos de la muerte de Bernard comiendo en la cocina mientras la cocinera los observaba satisfecha.

—Esta es la mansión Richmond, ¿verdad? —preguntó un hombre vestido con un traje marrón con una gabardina encima, luciendo un sombrero de ala corta, encabezando una pequeña tropa de policías uniformados.

Mildred, la única que había visto que había llegado alguien más, asintió.

—¿Es aquí donde ha muerto un hombre? —preguntó un poco desconcertado el policía al ver cómo comía aquel grupo de personas.

—Así es.

El hombre fue a preguntar por lo que estaban haciendo, pero, antes de que lo hiciera, Mildred respondió:

—Es que esta noche no han comido nada.

—Pero debería pedirles que salieran de la casa para...

—Yo que usted —le cortó la cocinera— no lo haría. Espere unos minutos. Por lo que me han explicado, porque yo he llegado hace un rato, uno

de ellos..., ¿ve ese de la pajarita?... ha descubierto cómo ha muerto el mayordomo.

Ante las palabras de Mildred, y temiendo que lo devoraran como estaban haciendo con el desayuno, el hombre optó por permanecer en silencio en la puerta de la cocina, y con un gesto hizo que los policías uniformados se pusieran a examinar el resto de la casa.

Cuando los testigos fueron terminando de comer, se percataron de que junto a Mildred había un hombre observándolos.

—Soy el inspector Finnegan, de la policía de Los Ángeles —dijo presentándose—. He venido por la muerte de...

—Bernard, el mayordomo —interrumpió Melvin.

—¿Y usted es...? —preguntó un tanto molesto el inspector.

Mildred le dio un codazo y se señaló el cuello, haciendo ver al inspector la pajarita que lucía Melvin en el cuello.

—Melvin Drake, guionista —respondió adelantándose para ofrecer la mano al inspector.

Finnegan la sacudió con naturalidad, pero, antes de que pudiera preguntar nada más, Melvin lo agarró por el hombro y se lo llevó al interior de la mansión.

—¿Sabe?, los hemos llamado por cumplir con la ley, pero, para su suerte, el crimen ya está resuelto —apuntó Melvin.

—¿Ah, sí? —preguntó Finnegan con suspicacia.

—Sí, yo mismo me he encargado de ello.

—¿Y cómo lo ha resuelto?

—Verá —dijo Melvin aclarándose la voz, preparándose para disfrutar con su propia explicación—, todo comenzó cuando fui a buscar a mi prometida...

Tras dar un sinfín de rodeos en su explicación, haciendo que la policía lo siguiera por media mansión, Melvin relató al detalle todo lo que había sucedido aquella noche y cómo había concluido que el mayordomo se había asesinado, y entregó las dos pruebas claves: el frasco de cristal y la libretita roja.

—Comprendo, señor Drake, aunque en parte me cueste admitirlo, que el trabajo que ha hecho esta noche ha sido impecable —dijo Finnegan, sintiendo, por una parte, como se lo llevaban los demonios, y por otra agradeciendo el trabajo de Drake, que les había ahorrado muchas horas a ellos.

—Muchas gracias.

—Pero, como comprenderá, tenemos que revisar y confirmarlo todo.

—Por supuesto, no soy policía.

Sin decir nada más, Finnegan sacudió la mano de Melvin y se dio la vuelta para empezar a ladrar órdenes a sus hombres. Por delante tenían una investigación, que aunque no fuera muy laboriosa, sería poco menos que mediática, al ser la víctima uno de los criados de un importante productor de cine.

Mientras Melvin mostraba su recién descubierto talento para ser detective, el resto del grupo lo siguieron a él y a Finnegan de lejos. Querían saber si Melvin había tenido razón, y no querían que la explicación de sus secretos fuera más allá de lo imprescindible necesario.

Cuando el guionista hubo terminado, se unió a los demás fuera de la mansión, donde el sol de la mañana brillaba con fuerza, como siempre lo hace después de una tormenta, y donde la policía los estaba interrogando uno por uno para contrastar las explicaciones del guionista.

—Buen trabajo, Drake —dijo Richmond al ver salir a Melvin al exterior.

—Gracias, señor Richmond —respondió Melvin—. Y, por cierto, disculpe las insinuaciones de ayer, pero debía sacar a traslucir toda la verdad para comprender lo que había pasado.

Richmond lo escrutó con mirada severa mientras Melvin se tensaba esperando oír como lo despedía. Sin embargo, el productor enseguida se relajó y, acercándose a Melvin, lo abrazó por los hombros.

—No pasa nada. El pasado, pasado está —dijo sonriente antes de soltarlo para frotarse la mandíbula—. Escuche, Melvin, ¿qué le parecería hacer de esto una película?

—¿Perdone?, no le sigo —respondió Melvin interrogativamente.

—Sé oler una buena historia cuando la veo, o la vivo... —añadió sonriendo—. Así que, ¿qué opina de coger lo que ha sucedido esta noche aquí, cambiar algunos nombres propios, añadirle algo más de drama y comedia, y guionizarlo para una película? Tenemos todo lo que necesitamos, incluso al director.

—¿El director? —preguntó el guionista.

—Pues claro, Melvin, usted —contestó Richmond palmeándole con fuerza el hombro.

Melvin tardó un segundo en digerir lo que estaba diciendo Richmond, pero, mientras observaba a su jefe, poco a poco se le fue dibujando una

sonrisa en la cara, a la vez que Richmond sacaba un puro del interior de su americana y se lo ponía en la boca.

—Imagínese: una película escrita y dirigida por Melvin Drake.

Antes de que se lo pidiera su jefe, Melvin ya lo estaba haciendo.

Entonces Richmond, como si viera la marquesina de un cine, alzó las manos y exclamó:

—¡Incluso ya tengo el título!

Melvin lo miró sonriendo, esperando que su jefe soltara su gran idea.

—*Morirse es de mal gusto.*



Francesc Marí (Barcelona, 1988) es historiador y aficionado a la escritura desde pequeño, sin embargo, no fue hasta después de licenciarse que decidió centrarse de nuevo en su faceta de escritor.

Desde entonces, y como apasionado del séptimo arte, escribe sobre cine e historia en revistas universitarias y medios digitales especializados, como la web que él mismo administra junto a un amigo de toda la vida, a la vez que sigue creando sus propias historias.

Morirse es de mal gusto

Francesc Marí

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Woodhouse / Shutterstock

© Francesc Marí, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18767-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Los héroes del tiempo

Francesc Marí

Las dos caras de la sospecha

Francesc Marí

El renacer de los monstruos

Francesc Marí

Recuerda

Rubén Aído

Sociedad Literaria Tolbooth

Margarita García Gallardo

44 de la calle Armonía

C.D. Casino

La última semana del inspector Duarte

Pepe Payá

¡Matadme!

Valerio Cruciani

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

